

S. Castellote.

CONFERENCIAS.

DAD A LA UNIVERSIDAD DE NUEVA  
CIÓN CENTRAL DE BIBLIOT

BL263

C37

c.1

221800



1080020719

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFERENCIAS  
CIENTÍFICO-RELIGIOSAS

# UANL



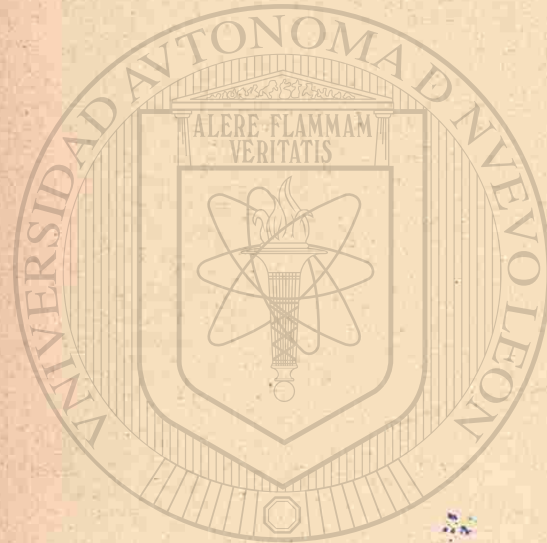
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U  
233.  
C



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

MADRID

# CONFERENCIAS CIENTIFICO-RELIGIOSAS

PRONUNCIADAS

EN LA

CATEDRAL DE MADRID

POR

**D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO**

Presbítero,

Doctor en Teología, y Canónigo, por oposición,  
de la mencionada Iglesia.

*Parati semper ad satisfactionem  
omni poscenti vos rationem de ea,  
quæ in vobis est spe.*

I Petr., III, 15.



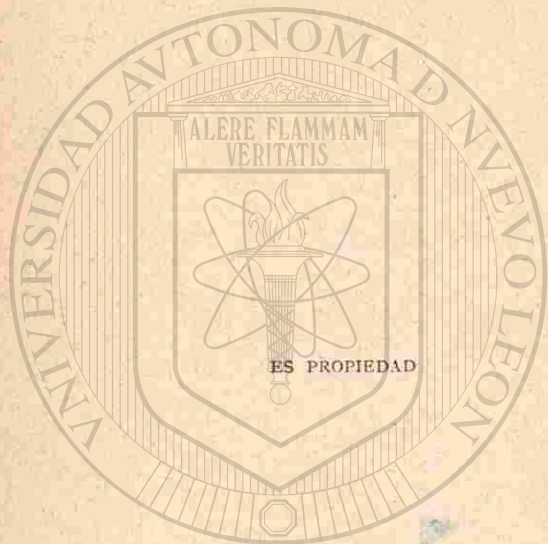
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

IMPRENTA CATÓLICA DE ADOLFO RUIZ DE CASTROVIEJO  
CALLE DEL FOMENTO, NÚM. 13.

1892

44776

BL263  
C37



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

AL

EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON CIRIACO MARÍA SANCHA Y HERVÁS

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ,

EN TESTIMONIO

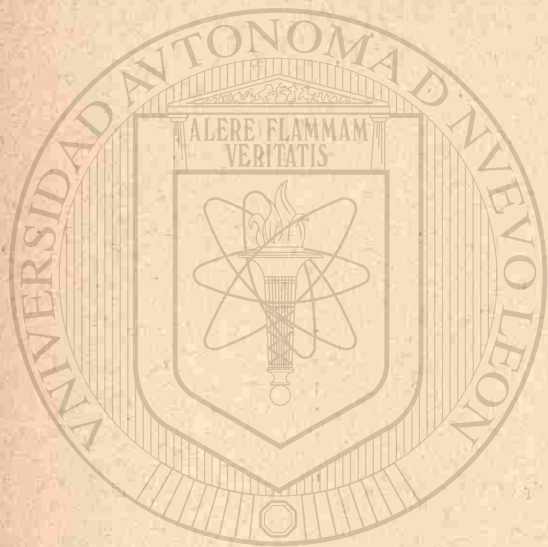
DE PROFUNDO RESPETO Y CORDIAL AGRADECIMIENTO,

*Salvador Castellote y Pinazo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

008122



PRÓLOGO

U A N L

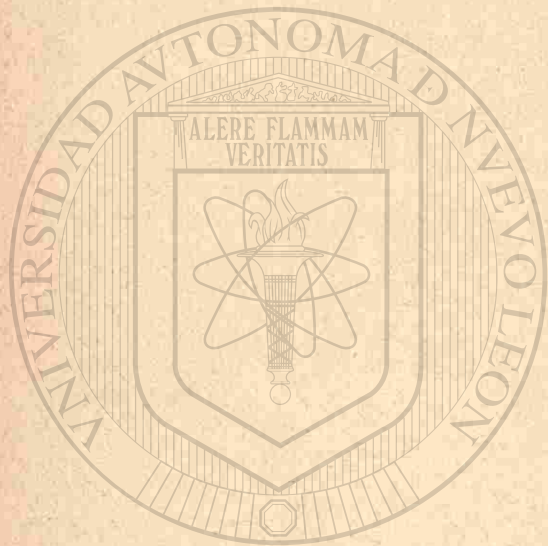
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO

« Fijando la vista en la triste condición del siglo, y abarcando con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan, es haberse corrido á todas las esferas de la vida social, siendo recibidas de muchos con aplauso, las dañadas sentencias que ya hace tiempo salen de las escuelas filosóficas, acerca de las cosas divinas y humanas. »

Con estas palabras señalaba el inmortal Pon-

tífice León XIII, en su Encíclica *Aeterni Patris*, la principal raíz de las perturbaciones morales, sociales y políticas que constituyen el malestar de la época presente, y fundadamente nos inducen á presagiar sucesos más lamentables para los tiempos venideros. Y no es que el error sea novedad nacida ayer en las escuelas donde se congregan los doctores y los maestros, ni plaga que de reciente haya extendido por el mundo su funestísimo contagio; flaqueza es el error del humano entendimiento, y flaqueza tan antigua como la primera rebelión del hombre contra los preceptos divinos.

Puede muy bien asegurarse que apenas hay error entre los modernos, y muy especialmente entre los que se oponen á las enseñanzas de la fe, que, presentándose con formas más groseras, y si se quiere, con menos aparato de argumentación filosófica ó científica, no haya sido victoriosamente refutado en tiempos anteriores á los nuestros, por los apologistas cristianos. Mas no por esto debemos mirar con indiferencia, ni mucho menos con desprecio, los ataques contemporáneos del error contra las verdades religiosas, más vastos y más terribles en opinión del Cardenal Newman, que la explosión de las más formidables herejías.

Deber nuestro es combatir las formas nuevas del error, con la verdad, siempre nueva y siempre

antigua, y, en cuanto sea posible, con las mismas armas con que luchan nuestros adversarios, para que los golpes sean más certeros y más eficaces los resultados. Que este género de polémica exige gran suma de conocimientos, y una atención siempre despierta para saber por dónde van las corrientes de última hora, es indudable; pero nunca han faltado en la Iglesia hombres eminentes en todos los ramos del saber, que cumplieron gallardamente su cometido y despojaron á los egipcios de sus alhajas, para fabricar con ellas el arca santa de la verdad. Buena prueba es de ello la egregia falange de apologistas católicos que ocupan hoy los puestos avanzados, y no dejan sin defensa los fueros de la fe.

Muy á la zaga de estos insignes debeladores de la impiedad, he tenido que marchar yo, más como admirador que como émulo de sus trabajos, para desempeñar el cargo que acepté al tomar posesión de la prebenda que, en franca oposición ganada, disfruto actualmente en la Catedral Basílica de Madrid.

El Excmo. Sr. D. Ciriaco María Sancha y Hervás, dignísimo Obispo de esta Diócesis, dispuso, con perfecto conocimiento de las necesidades de nuestros tiempos, y con el infatigable y discreto celo que en sus tareas pastorales le acompaña, de acuerdo con su Ilustrísimo Cabildo, que



quien esta prebenda poseyere, había de pronunciar cada año una serie de Conferencias científico-religiosas, en el lugar y forma que tuviese á bien determinar.

Dejada á mi arbitrio, con una fineza que me complazco en agradecer públicamente, la elección de los temas de estas mis primeras Conferencias, llamaron desde luego mi atención las gravísimas cuestiones que constituyen la base fundamental de la Antropología, y llenan hoy con ruidosas discusiones el mundo científico.

Los adelantos de la Fisiología, y la constancia con que se estudian hoy los fenómenos del sistema nervioso, han dado á estas cuestiones un interés capital, y de él se han aprovechado los materialistas para acometer en batallón cerrado á la Psicología cristiana. Taine, Charcot, Richet, Beaunis, Ferrière y Ribot, en Francia; Lombroso, Sergi y Mosso, en Italia; Spencer, Lewes, Maudsley y Bain, en Inglaterra; Fechner, Wundt y Helmholtz, en Alemania; Herzen y Vogt, en Suiza; Grote, en Rusia; Delbœuf, en Bélgica, y W. James, en los Estados Unidos, sostienen en libros y revistas la causa del positivismo, niegan radicalmente la espiritualidad del alma humana, y quieren elevar á la categoría de verdad, científicamente demostrada, que no hay más alma que la función del cerebro.

Era, pues, el asunto de actualidad, por más que á España solo de rechazo venga la contienda, y sin vacilar emprendí mi tarea. Las dificultades que he tenido que vencer han sido muchas: en primer lugar, era menester sintetizar la doctrina en muchos libros esparcida, y presentar en pocas palabras las objeciones con toda su fuerza, y la verdad católica en toda su claridad, desembarazada de opiniones de escuela, para no traspasar los límites harto estrechos de una Conferencia; era menester, además, llevar de frente las Ciencias humanas y divinas, interesadas en estas cuestiones, y dar á la exposición cierto atractivo que no la hiciese pesada y enojosa, huyendo en lo posible del tecnicismo científico, y evitando la vulgaridad de los tratados elementales.

He creído salvar estos escollos, buscando en la autoridad de hombres nada sospechosos de parcialidad, y muchas veces francamente hostiles á los principios católicos, lo que no podía yo alcanzar con mis limitados conocimientos, bebiendo en las fuentes más puras de la doctrina de la Iglesia, la interpretación de las verdades filosóficas ó dogmáticas, adoptando un método á la vez crítico y expositivo, y procurando dar á mi estilo la entonación severa de la oratoria sagrada, sin quitarle por eso los tonos animados de las discusiones científicas.

Con el sentimiento de la convicción más profunda, protesto mi adhesión incondicional al infalible magisterio de la Iglesia, y quiero que se tenga por no dicho, lo que de algún modo pudiera en mis palabras, por ignorancia mía, haberse apartado de la más rígida ortodoxia, y ruego al discreto lector que reciba este ligerísimo ensayo de Conferencias, que se da á la estampa, merced á la munificencia del venerable Obispo de Madrid-Alcalá, con la misma benevolencia con que escuchó mi palabra la distinguida y numerosa concurrencia que llenó durante ocho días la anchurosa nave de la Catedral de esta Corte.

Madrid, fiesta del Patrocinio de San José, 1892.

## CONFERENCIA PRIMERA

# EL PROBLEMA DE LA VIDA

ANTE

## LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

Este algo, que llamamos fuerza vital, es completamente distinto de los elementos inorgánicos; no es siquiera una de sus propiedades originales.

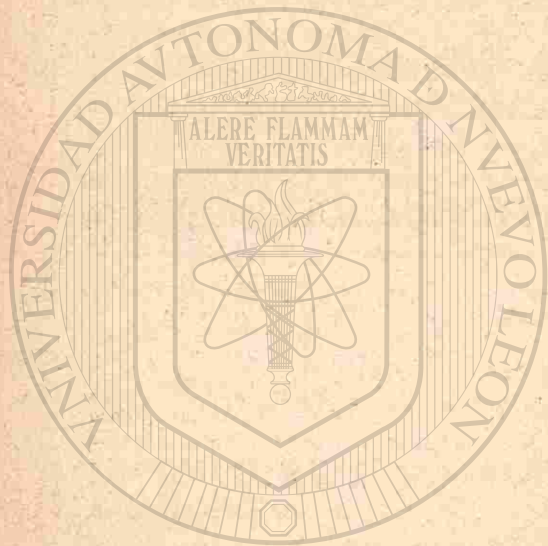
BERZELIUS, *Manuel de Chimie.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







## EL PROBLEMA DE LA VIDA

ANTE

### LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

EMMO. Y RVDMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES: <sup>2</sup>

No es frecuente en España traer á esta cátedra las cuestiones que se agitan en el vasto campo de las ciencias experimentales, y que de alguna manera se relacionan con los dogmas de la Religión. Ni la fe proverbial de nuestro pueblo, ni el ser por fortuna pocos los que, abiertamente y en nombre de la Ciencia, han combatido aquí sus creencias, exigían de nosotros que consagrásemos los

<sup>1</sup> El Emmo. Sr. Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza.

<sup>2</sup> Los Excmos. Sres. Arzobispos de Valladolid y de Santiago de Cuba, y los Excmos. Sres. Obispos de Madrid-Alcalá, Salamanca, Cádiz y Coria.

esfuerzos del apostolado á un género de apología que á muchos pareció más propio del estilo reposado del libro que de los grandes movimientos de la oratoria.

Las circunstancias nos aconsejan hoy otra cosa, imponiéndonos la necesidad de modificar nuestra táctica, si queremos que nuestra misión responda á lo que de nosotros exigen los tiempos difíciles que alcanzamos.

La conjuración universal del error contra la verdad que señaló con sus combates y con sus derrotas las épocas principales de la historia de la Iglesia, recoge del suelo sus vencidos estandartes, y escribiendo en ellos el nombre respetabilísimo de la Ciencia, se apresta de nuevo á la lucha; pretende haber demostrado que es absurda nuestra fe, que son vanas nuestras esperanzas; dándose aires de triunfo, aprovecha todos los medios de que dispone la actividad humana para la propagación de las ideas, y á todas partes lleva, juntamente con sus sofismas, la duda cruel que tortura las inteligencias. No retrocede ante las consecuencias desastrosas que se siguen de sus principios; nada le importan los trastornos sociales que traen aparejados sus negaciones radicales, porque el estudio empírico de la naturaleza, como ha dicho Cotta,<sup>1</sup> no tiene otro fin que la investigación

1 Citado por L. Büchner: *Fuerza y Materia*, pág. 358. Leipzig, 1859.

de la verdad, sea esta consoladora ó triste, estética ó antiestética, conforme con la lógica ó contraria á ella, racional ó absurda.

En su afán de acabar con las llamadas preocupaciones del linaje humano, sondea las profundidades de los abismos, para echar por tierra la inspiración divina de los libros santos; escudriña los dilatados espacios por donde giran los astros, para destronar al Señor que ordenó sus acompasados movimientos; mide la velocidad de la sensación á través de los nervios; pesa las cenizas del trabajo cerebral segregadas por el organismo; analiza el protoplasma y la célula, para negar la existencia y la espiritualidad del alma humana; busca en la estadística y en la ley de la *conservación de la energía*, argumentos para despojar al hombre de la libertad moral; interroga los momentos antiguos, para obtener de ellos una respuesta que confunda á los mantenedores de la divinidad del Cristianismo; y, después de haber amontonado tantas ruinas, siéntanse sobre ellas los titulados apóstoles de la Ciencia, no para entonar un cántico funeral semejante á los que entonaba el Profeta de las lágrimas sobre los muros rotos de Jerusalén, sino para repetir la báquica canción de los antiguos epicúreos: « Comamos y bebamos, que mañana no seremos »<sup>1</sup>.

1 Sap. cap. II.



Urge, pues, que levantemos nuestra voz, para *exhortar al pueblo fiel con doctrina sana y redarguir á los que la contradicen*<sup>1</sup>; que opongamos la afirmación cristiana á la negación materialista; que, seguros de la victoria, vayamos al combate con la visera levantada, no sea que se traduzca nuestro silencio por ignorancia y nuestra inacción por cobardía; que abordemos de frente y sin arredrarnos los grandes problemas de nuestro siglo, y no seamos de los optimistas que piensan conjurar la tempestad con el desprecio, pues si la Ciencia bastardeada por los enemigos de la fe, resucita hoy añejas teorías, para oponerlas, ataviadas con el brillante ropaje de los modernos adelantos, á las enseñanzas de la Iglesia, la Ciencia de los grandes maestros, la Ciencia de los legisladores de la Astronomía, de la Historia natural, de la Fisiología y de la Química, está con nosotros, para demostrar que no existen ni pueden existir los soñados conflictos entre la Religión y la Ciencia, y porque me he propuesto no adelantar ninguna afirmación que no vaya acompañada de sus pruebas, valga por todos los testimonios que podrían aducirse, la solemne declaración que, en Julio de 1864, y suscrita por doscientos diez de sus más esclarecidos miembros,

1 Ad. Tit. I, 9.

publicó la Sociedad Real de Londres: «Nosotros los naturalistas, que firmamos este documento, damos público testimonio con este nuestro acto, del dolor que nos causa el ver que algunos abusan hoy de las ciencias naturales, para impugnar verdad y autenticidad de las Sagradas Escrituras. Tenemos por imposible que la palabra de Dios, escrita en el libro de la naturaleza, y la palabra de Dios escrita en los libros santos, puedan contradecirse»<sup>1</sup>.

Digna es de aplauso, Eminentísimo Señor, la disposición con que el Excelentísimo Señor Obispo de Madrid, ordenó la celebración de estas Conferencias, secundando así los deseos repetidas veces significados por el gran Pontífice que gloriosamente rige los destinos de la Iglesia.<sup>2</sup> Conocía bien las necesidades de la sociedad en que vivimos, ve muchas inteligencias perturbadas por el error, aquí donde es más recio el choque de las ideas, donde se habla y se escribe para la nación entera, y con el celo pastoral que enaltece su Pontificado, ha querido confirmar en la fe á los creyentes, y enseñar á todos que estamos dispuestos á darles satisfacción de la esperanza ó Religión que profesamos<sup>3</sup>; que la Religión y la

1 *Athenacum*, 17 Sept. pág. 375.

2 Encíclicas: *Inscrutabili Dei consilio*, 1878. *Aeterni Patris*, 1879. *Etsi nos*, 1882.

3 I, Petr., III, 15.



Ciencia, lejos de contradecirse, se prestan mútuo y fraternal apoyo.

Grave es el compromiso á que me obliga el cumplimiento de mi deber, árdua la tarea, lleno de sudores y de vigiliás el trabajo, para quien como yo, conoce por experiencia la cortedad de su ingenio y la escasez de sus facultades, y he menester, para llegar á donde me empujan los requerimientos de la voluntad, alientos poderosos. Préstennelos la nobleza de la causa que definiendo, la benevolencia del auditorio que me escucha, y vuestra bendición paternal, prenda segura de la bendición de Dios.

Razones bien fundadas me han decidido á comenzar estas Conferencias, examinando el problema de la vida ante la Religión y la Ciencia.

A quien conozca las vicisitudes por que ha pasado este problema desde la *génesis* obscura de los fundadores de la escuela Jónica, hasta el *monismo* contemporáneo, no puede ocultársele la importancia capital de la cuestión escogida por los modernos apologistas de la materia, para hacer sus primeras armas contra la fe, sentando las premisas que más tarde habían de conducirles á negar la existencia y espiritualidad del alma humana y el orden sobrenatural, y porque son los

grandes errores como los ríos caudalosos, pequeños en su origen y fáciles de contener en su fuente, he creído necesario, para allanar el largo camino que juntos vamos á recorrer, plantear desde el principio el gran problema de la Fisiología moderna: la naturaleza de la vida.

¿ Qué es la vida ? ¿ Existen diferencias esenciales entre los seres inorgánicos y los seres vivos ? ¿ Es la vida la *resultante* de las fuerzas fisico-químicas que actúan sobre la materia en condiciones determinadas, ó un *principio* distinto de la materia ?

Tal es, señores, la cuestión. No temáis que al discutirla os obligue yo á subir á las elevadas cumbres de la Metafísica, exigiendo de vuestra atención un esfuerzo que os molestaría demasiado, ni que invoque en favor de las soluciones de la fe el testimonio de los doctores de la Iglesia, dando á mi discurso los tonos escolásticos de una disertación de Teología, pues por más que me duela mucho despojarme de las armas que estoy acostumbrado á manejar, vengo dispuesto, para dar contento á los más exigentes, á ventilar estas cuestiones en el terreno mismo en que las han planteado nuestros adversarios.

« La doctrina que no se apoya en hechos positivos, está destinada á desaparecer, quizá de una manera lenta, pero de una manera infali-



ble<sup>1</sup>.» Así ha formulado Herzen el principio fundamental de la dialéctica materialista, y bien podemos aceptarlo en la discusión que nos ocupa.

¿Qué es la vida? La Fisiología moderna, por boca de uno de sus más insignes maestros, nos asegura que es imposible definirla. Claudio Bernard ha demostrado esta impotencia en una de sus lecciones más interesantes, analizando las definiciones que se han dado de la vida, desde la *entelequia* de Aristóteles, hasta el *torbellino vital* de Cuvier;<sup>2</sup> desde la fórmula vaga y pretenciosa de Burdach: «la vida es la ecuación del universo,» hasta la simpleza de la Enciclopedia: «la vida es lo contrario de la muerte.» Discute la definición de Bichat: «la vida es el conjunto de las funciones que resisten á la muerte»<sup>3</sup>, y esta otra de Tiedemann: «cuerpos vivos son los que tienen en sí mismos un principio de acción que les impide caer en la indiferencia química»; y después de señalar en cada una los puntos defectuosos, termina así su concienzuda crítica: «En resumen, no es posible definir ó caracterizar la vida en una sola frase; las tentativas que hasta hoy se han

1 *Le cerveau et l'activité cérébrale*, pág. 7. Paris, 1887.

2 *La faculté, q'ont certaines combinaisons corporales, de durer pendant un temps et sous une forme déterminée, en attirant sans cesse dans leur composition une partie des substances environnantes, et en rendant aux éléments des portions de leur propre substance.* Le Regne animal, introduc., pág. 13.

3 *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, I, art. 1.

hecho, son obscuras, incompletas ó erróneas.»<sup>1</sup>

Indicios son estos de que la Ciencia experimental no ha conseguido todavía resolver satisfactoriamente el problema de la vida, que hay en la vida algo que se escapa á las investigaciones de los laboratorios, que no es fácil sintetizar los hechos cuando se prescinde por completo de sus causas; y si grandes son las alabanzas que tributa nuestro siglo á las ciencias naturales, y fuera manifiesta ingratitud de nuestra parte el no reconocer la grandeza de sus descubrimientos y los beneficios que nos proporcionan con sus aplicaciones, consideradas esas ciencias, no en lo que tienen de práctico, sino en lo que tienen de especulativo, forzoso nos será quedar confundidos ante la inmensidad de sus lagunas, y confesar que si la Religión tiene misterios inaccesibles á la razón humana, misterios encierra la naturaleza inaccesibles á la Ciencia.

No es este de la vida uno de los que menos preocupan, pues teniendo en su mano los datos del problema, y habiendo llevado los esfuerzos de

1 *Revue Scientifique*, Diciembre, 1877.

A las definiciones de la vida que cita C. Bernard, podemos añadir las siguientes: *Conservatio corporis in illa sua mixtione quidem corruptibili, sed sine omni corruptionis istiusmodi actuali eventu.* (G. E. Stahl, *Theoria medica vera*.) La vida es una forma servida por la materia. (Flourens.) La vida es todo aquello que no pueden explicar ni la física ni la química. (Kuss.)  $V = f(I, C)$  esto es: la vida es una función indeterminada de la energía individual (I) y de las energías cósmicas (C). (Letamendi.)



la observación y del análisis hasta los primeros elementos de los seres organizados, no ha conseguido aún que se pongan de acuerdo los jueces de la contienda para pronunciar el veredicto.

Dos sistemas, dice Herzen, tratan de explicar los fenómenos del universo: El *monismo*, que los atribuye todos sin excluir los fenómenos psíquicos á las modificaciones de una sola esencia desconocida; y el *dualismo*, que los atribuye á dos esencias diferentes que pretende conocer; la fuerza y la materia, el cuerpo y el alma. Ninguno de los dos está científicamente demostrado, ni es posible que se demuestre, porque sería preciso para hacerlo, conocer la esencia misma de las cosas, y esto es inaccesible á nuestra inteligencia... Ser dualista ó ser monista, no equivale á reconocer un hecho ó una conclusión científica; es *creer* en una ú otra teoría, es un acto de fe.<sup>1</sup>

Con estos antecedentes, lleguémonos al terreno experimental, para considerar la vida en el orden de la naturaleza, y veamos si la Ciencia, que se ha declarado impotente para formular el concepto esencial de la vida, ha conseguido determinar sus caracteres y conocer la naturaleza de la causa por la naturaleza de los efectos. Hasta tiempos muy cercanos á los nuestros, se dividían los seres

<sup>1</sup> Obra cit. Introd. párr. I.

que pueblan la tierra en tres grandes reinos, separados por fronteras infranqueables, se admitía sin discusión una diferencia esencial entre los cuerpos minerales y los cuerpos organizados, entre la *Litología* y la *Biología*, el reino de la materia inerte y el reino de la vida; pero la Ciencia ha visto recientemente nacer en su seno una especie de comunismo científico que pretende la nivelación de todos los seres, sujetándolos á las leyes universales de la materia. ¿Son racionales estas pretensiones? ¿Ha justificado la escuela materialista con hechos indiscutibles y científicamente comprobados sus conclusiones atrevidas? Rotundamente lo niegan hombres de autoridad nada sospechosa y que ocupan los primeros lugares en la jerarquía científica.

En el Congreso de los naturalistas alemanes, donde Haeckel, el patriarca del *monismo*, había defendido la opinión materialista, resumió el debate Virchow, con estas significativas palabras: «A mi juicio, sobre el segundo punto que trata de la unión del reino orgánico al reino inorgánico, debemos reconocer sencillamente que no sabemos nada, que no podemos presentar una hipótesis que tenga visos de certeza, ni un problema que se parezca á una teoría establecida.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Revue Scientifique*, Diciembre, 1877.



«Los cuerpos organizados, dice el gran fisiólogo Müller, no se diferencian solamente de los cuerpos inorgánicos por la manera con que están dispuestos los elementos que los constituyen; la actividad continua que se despliega en la materia orgánica viva, posee un *poder creador*, sometido á las leyes de un plan razonado, el plan de la armonía; las partes están dispuestas con arreglo al fin, en virtud del cual existe el todo, y esto es precisamente lo que constituye el organismo.»<sup>1</sup>

Liebig, llamado por Moleschott<sup>2</sup> «el primer químico de Alemania», se expresa de una manera terminante, reconociendo la existencia de una *fuerza vital*, superior á las fuerzas que actúan sobre la materia inorgánica: «La falta de conocimiento, dice, de las fuerzas orgánicas, es la única causa que obliga á muchos á negar la existencia de una fuerza particular que obre en los seres orgánicos, y atribuyen su formación á la eficacia de las fuerzas inorgánicas, que sin embargo están en oposición con la naturaleza de los organismos y obedecen á las leyes contrarias... Existe en todo cuerpo vivo una fuerza activa superior, de la cual dependen y á la cual se hallan sujetas las fuerzas inorgánicas; esta fuerza es la que produce en la materia orgánica una forma particular di-

<sup>1</sup> *Prolegómenos*. Versión franc. pág. 17.

<sup>2</sup> *La circulación et la vie*. Lettre 1.

ferente de la forma cristalina y la dota de propiedades vitales... Los naturalistas han hecho abstracción de ella, á fin de establecer hasta dónde podían llegar la Física y la Química en la explicación de la vida y de sus procedimientos: allí donde no bastan, interviene la acción de un principio nuevo y desconocido, que por semejante método se halla convenientemente definido y suficientemente determinado.»<sup>1</sup>

Es indudable, porque así lo ha demostrado la Química, que los elementos que componen los cuerpos inorgánicos entran á componer también los cuerpos organizados<sup>2</sup>, que está completamente desautorizada la hipótesis de las moléculas orgánicas sostenida por Buffon; que no hay dos químicas, y es puramente convencional, y para facilitar las clasificaciones, la distinción admitida entre la Química orgánica y la inorgánica; que los músculos obedecen en sus movimientos á las leyes generales de la Mecánica; que la respiración, des-

<sup>1</sup> Citado por Hettinger. *Apología del Cristianismo*. Tom. I, pág. 147. A los testimonios aducidos podrían añadirse los de hombres tan eminentes como M. de Quatrefages, Berzelius, A. de Jussieu, Cuvier, Bichat, Bernard Milne Edwards, Straus Durchein, Liverani, etc. El mismo E. Ferrère, rabioso materialista, sostiene que la vida en su origen es un principio (*La vie et l'ame*, Paris, 1883, pág. 550 y sig.). Cf. *Liberatore. Del Composto Umano*. Nápoles, 1880, cap. III.

<sup>2</sup> Los cuerpos orgánicos están compuestos de oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno, fósforo, azufre, cloro, yodo, bromo, fluor, silicio, magnesio, aluminio, potasio, sodio, calcio, hierro, manganeso, titanio, cobre, plomo y plata. Los cuatro primeros elementos son substanciales, por la parte principal que representan en los compuestos orgánicos.



pués de los experimentos de Lavoisier, es una operación análoga á las combustiones químicas; que las digestiones artificiales inauguradas por Spallanzani y continuadas por fisiólogos distinguidos, prueban que la digestión es una fermentación; que la endósmosis descubierta por Dutrochet, reduce la absorción á un fenómeno de capilaridad. Es también cierto que la Química ha obtenido por los procedimientos regulares de la síntesis, y empleando elementos del reino mineral, sustancias propias de la cuerpos vivos; que en 1828, Woeheleer obtuvo artificialmente la urea, y en 1856, Berthelot produjo el ácido fórmico y llegó á la síntesis de los cuerpos grasos; que los principios inmediatos que componen la materia animal, fijos ó volátiles, van sucesivamente saliendo del fondo de las retortas, en fuerza de los maravillosos adelantos de una ciencia con que jamás pudieron soñar los antiguos alquimistas<sup>1</sup>; pero es también indudable que siguen permaneciendo en pie las infranqueables barreras de la vida, que nadie ha conseguido echar puentes sobre el abismo que separa al cristal más perfecto del más rudimenta-

<sup>1</sup> El químico puede producir en su laboratorio varias sustancias que no se ven más que en los organismos de las plantas ó de los animales, puesto que puede hacer azúcar con madera y componer la taurina y la urea. Pero nunca se reunirán por sí mismos el carbono, el nitrógeno y los elementos del agua para producir una composición química, y mucho menos para una formación orgánica. Las formaciones que estos *dilettanti* llaman orgánicas, en realidad no lo son, sino químicas.—Liebig, *lug. cit.*

rio esporo; que la vara mágica de la Ciencia no ha podido evocar del seno de la materia el gérmen de la vida, y aún suponiendo, lo que se tiene por imposible, que llegue un día en que se produzca artificialmente un músculo ó un tejido por los mismos procedimientos por que se han producido el alcohol y la grasa, continuará sin resolver la dificultad y sin salvar la diferencia, porque un individuo vivo es algo más que un conjunto de principios inmediatos, es un sistema de órganos dotados cada cual de su forma propia y perfectamente relacionados entre sí, siendo á la vez, como ha dicho Claudio Bernard, autónomos y solidarios, obrando todos en común para producir el fenómeno general de la vida.

Esta ley de las correlaciones orgánicas es exclusivamente propia de los seres organizados, nada tienen que ver con ella los fenómenos de la cristalización que se observan en los minerales, porque como asegura Müller, «no hay en los cristales relación alguna entre su configuración y la actividad del conjunto, y para su conservación ninguna ventaja les proporciona su figura.» Una cosa es la simetría geométrica de las cristalizaciones, y otra profundamente distinta la correlación de los órganos señalada por Cuvier como ley capital de los seres vivos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Conocida es la aplicación que hace de esta ley á los animales car-



Además, señores, en las profundidades más ocultas de los seres vivos, existe una verdadera lucha, dos corrientes contrarias, que al chocar producen el torbellino de la vida: la una arrebatando al organismo molécula tras molécula; la otra rellenando sin cesar las brechas que, de ser demasiado grandes, franquearían la entrada a la muerte<sup>1</sup>, y este hecho, evidenciado por Flourens, en sus experiencias sobre los huesos, establece otra diferencia esencial entre el reino de la vida y el reino mineral<sup>2</sup>.

Los seres organizados recorren en un período relativamente fijo el ciclo de su existencia, crecen hasta llegar al límite para cada especie determinado, se debilitan y mueren, al paso que los minerales son capaces de un aumento indefinido

nivoros. Si los intestinos de un animal están organizados para digerir la carne, y la carne fresca, es preciso que sus mandíbulas estén dispuestas para devorar la presa; las garras, para cogerla y desgarrarla; los dientes, para cortarla y dividirla; el sistema entero de sus órganos motores, para perseguirla y alcanzarla; los órganos de sus sentidos, para verla de lejos; es preciso que la naturaleza haya puesto en su cerebro el necesario instinto para que sepa esconderse y tender lazos a sus víctimas. Tales serían las condiciones generales del régimen carnívoro, y todo animal que a él pertenece la reunirá infaliblemente, porque sin ellas no podría subsistir.—Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*.

<sup>1</sup> Al dar cuenta E. Ferrière, de las sorprendentes experiencias de Pasteur, Delavalle, de Sénarmont y Loir, sobre la recomposición de los cristales mutilados, cuando se les sumerge en sus aguas madres, dice que no debemos apresurarnos a deducir de estos hechos que se haya colmado el abismo que separa al mineral de la planta, pues como nota C. Bernard, no existe en el mineral la evolución que caracteriza a los seres orgánicos. *La vie et l'ame*, p. 32.

<sup>2</sup> Quatrefages, *Métamorphose de l'homme et des animaux*, cap. I.

por la yuxtaposición de la materia, indiferentes como son por su naturaleza a la masa y al volumen, y solo una causa extrínseca puede disolverlos si son compuestos, ó combinarlos si son simples.

El ser vivo puede perecer de una manera violenta; el mismo rayo que hiende las rocas y funde los metales, puede ocasionarle la muerte; pero, ¿por qué morimos, por decirlo así, de una manera espontánea y sin poder rebasar los límites de una edad determinada? Si un organismo no es una máquina cuyos resortes dejan de funcionar cuando están gastados por el uso, si con tiempo no se reparan, sino una circulación continua de moléculas que se van para ser reemplazadas por otras, ¿por qué llega el momento fatal en que la circulación se para, el movimiento cesa y el individuo perece? ¿Por qué las fuerzas físico-químicas, que todo lo explican en la hipótesis materialista, han agotado allí su energía, y al movimiento fecundo de la vida sucede el reposo estéril de la muerte?

Enigma indescifrable es para la Ciencia el problema de la vida, pero más obscuro es todavía el que le propone la esfinge de la muerte. «Habéis pensado, decía Schwann, el gran fisiólogo belga, en la causa de la muerte. También yo he pensado en ella muchas veces, y no sé deciros en



verdad por qué morimos<sup>1</sup>.» No vale responder con Dutrochet, que la vida es una excepción temporal de las leyes generales de la materia, una suspensión momentánea y accidental de las fuerzas físico-químicas, y que con la muerte recobran estas fuerzas y estas leyes la plenitud de sus dominios, porque la vida no es una excepción ni un accidente, sino uno de los fenómenos más generales y permanentes del Universo, y solo una causa general y permanente puede explicarlo<sup>2</sup>.

La muerte triunfa de la vida acabando con el individuo, pero su triunfo es incompleto, porque la especie le sobrevive. Los seres vivos están dotados de la facultad de reproducirse en otros individuos semejantes, y esta facultad constituye un atributo exclusivo de la vida, ahondando más el abismo que separa á la materia inerte de la materia organizada. El microscopio, revelándonos las maravillas del mundo infinitamente pequeño, y las notabilísimas experiencias del inmortal Pasteur, han dado el golpe de gracia á la hipótesis de las generaciones espontáneas que tanto tiempo mantuvieron en expectación al mundo sabio, haciendo firme y científicamente demostrado el principio fundamental de la generación; *omne*

1 Cit. por Delbœuf. *La matière brute et la matière vivante*. Paris, 1887, prólogo.

2 P. Janet, *Le matérialisme contemporain*. 5 edit. p. 89.

*vivum ex vivo*. Pero el materialismo se defiende, la necesidad de admitir una fuerza vital superior á la materia, destruye la base mal sentada de todo su sistema, y á cada demostración opone una hipótesis nueva, sin poder arrancar de sus carnes abrasadas la túnica de Neso.

La gran madre naturaleza lo explica todo, y ella, dice Moleschott, puede producir lo que el artificio de los hombres no consigue; químicamente ha producido los minerales, y el hombre no puede químicamente reproducirlos<sup>1</sup>. Extraño parece que el jefe del materialismo alemán, se aventurase á sostener afirmación semejante, en presencia de los adelantos de la Mineralogía química. Desde que James Hall, siguiendo los procedimientos de su maestro Nutten, consiguió reproducir el mármol por la calcinación de la creta, ¡qué de prodigios en la Ciencia de los laboratorios! Sénarmont, emulando á la naturaleza y procediendo por la vía de las descomposiciones dobles, reprodujo la plata y el cobre, el hierro oligisto y el sideroso, el cuarzo y la dolomia; Mitscherlich y Berthier, los silicatos; Ebelmen, la crisólita oriental y la esmeralda; Gaudín, el rubí; Daubrée, el topacio; Saint-Clair Deville, los minerales que se encuentran en las lavas, y

1 P. Janet, obra cit., p. 111.



como coronando estos esfuerzos, Despretz ha obtenido de una manera artificial el rey de los minerales, el diamante.

Tantas maravillas en la reproducción química de los minerales, tantas decepciones en la reproducción artificial de los seres organizados, hacen exclamar á M. de Quatrefages: «Con multitud de hombres eminentes de todos los tiempos y de todos los países; con la mayoría de los sabios que más han honrado á la Ciencia moderna, admito que los seres organizados deben sus caracteres distintivos á una causa especial, á una fuerza propia, á la vida que se asocia en ellos á las fuerzas inorgánicas<sup>1</sup>.»

Hora es ya, señores, de que recojamos las afirmaciones de la Ciencia experimental, y deduzcamos consecuencias. Como hemos visto, la Ciencia sensata se declara impotente para determinar el concepto esencial de la vida; la admite como un hecho, y esto le basta. En el estado actual de los conocimientos humanos, existe un abismo infranqueable entre el mundo de la materia inerte y el mundo de la vida, determinado por los cuatro caracteres de los seres vivos: organización, nutrición, evolución y generación<sup>2</sup>.

Luego la vida no es una propiedad esencial de

<sup>1</sup> *Espèce humaine*, cap. I.

<sup>2</sup> *Summa Theol.*, I. p. q. 78, a. 2.

la materia. Las fuerzas físico-químicas no explican ni son la causa de la vida, por más que concurren á los fenómenos vitales en calidad de medios, pero manejados por una razón más alta. Luego en nombre de la Ciencia, no puede negarse que la vida consiste en un *principio* distinto y diverso de las fuerzas que actúan sobre la materia inorgánica; centro único, en cada individuo, que coordina todos los fenómenos vitales, y del cual proceden, como de su causa principal, todas las operaciones de los seres vivos.

Vanas son, por consiguiente, las declamaciones de los doctores del materialismo, los cuales, sin haber conseguido dar explicación cabal de lo que es la vida, persisten en llamar *superstición* y error abandonado á la teoría del *principio vital*, que con Aristóteles defendió la Filosofía cristiana, y cuenta hoy con el sufragio de hombres eminentes en todos los ramos del saber humano<sup>1</sup>.

Inútil es que con afectada modestia confiesen otros su ignorancia, y no se atrevan á formular francamente su opinión acerca de la naturaleza de la vida, apoyándose en la imposibilidad de

<sup>1</sup> Además de los que citamos en el curso de esta Conferencia, admiten la existencia del *principio vital*: Wallace, Hyrtl, R. Wagner, Schmidt, Naegeli, Askenasy, Preyer, Fechner, Agassiz, de Baer, de Beaumont, Blanchard, Braun, Brogniard, Bronn, Burmeister, Delff, Goeppert, Griesbach, Heer, Kölliker, Mivart, Quenstedt, Spiess y Volger. — Cf. T. Pesch, *Inst. Phil. Naturalis, Fribourgi Brisgoviae*, 1880, p. 129.



analizar experimentalmente la causa de la vida, y negándose á admitir todo lo que de una manera ostensible no cae bajo la acción de los sentidos, porque si esa razón valiera, y de la naturaleza de los efectos no pudiéramos remontarnos al conocimiento de la naturaleza de las causas, flaquearían por su base las hipótesis más brillantes y mejor fundadas de la Física, y las nociones universales en que se apoya la más sana Filosofía. Ocultas é invisibles como el *principio vital*, son la atracción, la afinidad, la electricidad, el magnetismo, y, en general, todas las fuerzas de la naturaleza, y nadie, si del todo no ha renunciado antes á la razón y al discurso, pondrá en duda su existencia, patentes como están, no en sí mismas, sino en los efectos que de su actividad se derivan.

Es también error manifiesto el suponer que los filósofos cristianos determinaron *a priori* el concepto de la vida, aferrados como se les cree al método sintético, y sin cuidarse para nada del estudio práctico y analítico de la naturaleza, pues si bien es cierto, y no pudo ser de otra manera, que no alcanzaron en sus tiempos la perfección y la gallardía de los conocimientos experimentales y de observación á que nos han conducido en nuestro siglo los progresos de las Ciencias naturales, solo quien nunca los haya saludado

podrá incurrir en equivocación tan deplorable.

Véase si no cómo discurre acerca de la vida y de sus diferentes grados, Santo Tomás de Aquino: « Entre todos los seres, ocupan el ínfimo lugar los cuerpos inanimados, los cuales se comunican sus cualidades pasando de uno en otro, como un fuego viene de otro fuego, cuando el fuego reduce á su cualidad el cuerpo extraño á quien se comunica. Siguen á los cuerpos inanimados, las plantas, en las cuales la comunicación (*emanatio*) procede de lo interior, en cuanto el jugo interno de la planta se convierte en semilla, y la semilla arrojada á la tierra se desarrolla en una nueva planta. Este es el primer grado de la vida, porque *vivientes son aquellos seres que á sí mismos se mueven para obrar*, pues los que solo pueden mover las cosas exteriores, carecen por completo de vida. En las plantas encontramos el primer indicio de la vida, porque lo que en ellas reside es capaz de mover alguna forma. Pero la vida de las plantas es imperfecta, pues si bien procede de lo interior de ellas la emanación, poco á poco, de tal suerte sale á lo exterior, que al fin de ellas se separa. Así la sávia del árbol se convierte en flor, la flor en fruto adherido al árbol que lo produjo, hasta que llegado á su madurez, se desprende de él, cae en tierra y produce otro árbol con su semilla. Quien consi-



dere con alguna diligencia la causa de estos efectos, notará que las raíces toman de la tierra sus jugos, y con ellos su nutrición y alimento.

»Después de la vida vegetal, síguese la vida sensitiva, que es un grado más alto en el orden de los vivientes. Su emanación comienza por lo exterior, y se termina en lo interior, y cuanto más progresa esta emanación, tanto más íntima se hace, pasando de los sentidos, á quienes comunica su forma, á la imaginación, y guardándose, por último, en el tesoro de la memoria. En todo este proceso, el principio y el término pertenecen á cosas diversas, porque no hay potencia nutritiva que se repliegue sobre sí misma. Este género de vida es tanto más perfecto que el de las plantas, cuanto más en lo interior se verifica, pero todavía no puede llamarse del todo perfecto, porque la emanación es siempre de una cosa á otra.

»El grado supremo y perfecto de la vida es el del entendimiento, pues el entendimiento reflexiona sobre sí, y á sí mismo puede conocerse. Hay, sin embargo, en la vida intelectual diferentes grados. El entendimiento humano puede conocerse á sí mismo, pero necesita buscar fuera de sí el principio de sus conocimientos, porque no hay manera de entender sin los fantasmas de la imaginación. Más perfecta es la vida de los

ángeles, cuyos entendimientos, sin necesidad de recurso alguno exterior, por sí mismos á sí mismos se conocen; pero todavía no es esta la última perfección de la vida, pues si bien la cosa entendida les es totalmente intrínseca, en manera alguna se confunde con la substancia de ellos, por ser en ellos cosa distinta el entender y el ser.

» La última perfección de la vida es propia de Dios, en quien entender y ser son una misma cosa <sup>1</sup>.»

Así discurría el Príncipe de los filósofos cristianos, llevando la luz clarísima de su ingenio á las cuestiones más árdidas, y resolviendo de tan magistral manera los problemas más difíciles, sin que jamás hayan chocado sus conclusiones acerca de la vida, con los descubrimientos de las Ciencias experimentales <sup>2</sup>, siendo menester, para rechazarlas, venir á la discusión con juicios preconcebidos, y partir del falso supuesto de que solo es cognoscible lo que puede analizarse por medio de reactivos, ó sujetarse á la observación directa de los instrumentos científicos.

Íntimamente enlazadas con las enseñanzas de

<sup>1</sup> *Summa Phil. contra Gent.*, lib. IV, cap. XI.

<sup>2</sup> Muchos doctores en Ciencias físicas, que las cultivan en nuestros días con gloria singular, confiesan públicamente y sin rebozo, que entre los resultados ciertos y constantes de la Física novísima, y los principios filosóficos de la Escuela, no media oposición alguna real. — León XIII, Encíclica *Æterni Patris*.



la fe, las enseñanzas de la cristiana Filosofía, no debemos, sin embargo, confundirlas, y bueno será, antes de terminar, decir en concreto lo que la Religión prescribe acerca del problema de la vida.

Treinta y cinco siglos hace que un hombre, peregrino en los desiertos de la Arabia, capitaneaba un pueblo, emancipado de la esclavitud á que le tuvieron sujeto los Faraones en extranjera tierra; elevado por Dios desde el humilde arte del pastoreo hasta la excelsa dignidad de los grandes legisladores, llenó la historia del mundo antiguo con la memoria de sus proezas; puso el Señor en su diestra la vara de los prodigios, y quiso admitirle á la participación de sus consejos divinales; dejóle columbrar los esplendores de su gloria, y le reveló los secretos del Universo; para enseñanza de las gentes, mandóle escribir un libro que contuviese todo lo que el hombre había menester para hartar su alma y enfrenar los ímpetus de su soberbia, y fiel Moisés á la ordenación divina, en el comienzo de aquel Código que lo sabe todo: la *génesis* de la materia, la *génesis* de la vida y la *génesis* del hombre, escribió estas palabras inmortales: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*, palabras que consignaron los apóstoles de la Religión cristiana en el primer artículo de su credo, y que repite la Iglesia católica en sus ecuméni-

cas asambleas, desde Constantinopla hasta Letrán y desde Letrán hasta el Vaticano; palabras que la Religión opone siempre á las negaciones del error, manteniendo enarbolado el pabellón de la fe, en la almena más alta de los alcázares de la verdad.

La Ciencia presuntuosa, se ve obligada, para resolver el problema de la vida, á creer en la naturaleza madre omnipotente; nosotros lo resolvemos creyendo en Dios Padre Todopoderoso, en Dios, que dice de sí mismo que es la resurrección y la vida<sup>1</sup>, en Dios, que con el mismo poder con que hizo surgir los mundos de la nada, mandó á la tierra y á las aguas fecundizadas por su espíritu que produjesen los animales y las plantas, é infundió en el barro modelado por sus manos el soplo de la vida.

Breves son las enseñanzas de la fe, como breves son las leyes en que encerró Kepler la mecánica de los cielos. Escribalas la Ciencia en el frontispicio de sus templos que, lejos de amenguar el brillo de sus conquistas, ellas serán el firme pedestal que sustente su grandeza.

Era el año 1862, cuando Liebig, después de haber trabajado inutilmente en fecundizar con procedimientos químicos un suelo estéril, descubrió una ley hasta entonces desconocida, y al des-

<sup>1</sup> Joann. XI, 25.

cubrirla reconoció la sabiduría de Dios en esta admirable confesión con que remato mi discurso:

«Después de someter los hechos á nuevo y más detenido examen, reconocí la causa de mi error. Había pecado contra la sabiduría del Criador, y recibí el castigo merecido. Quise perfeccionar su obra, y en mi ceguera llegué á creer que en la admirable cadena de leyes que presiden á la vida en la superficie de la tierra y la conservan siempre en su frescura, faltaba un eslabón que yo, el débil é impotente gusanillo, debía colocar, cuando ví que de una manera tan maravillosa como jamás pudo ocurrirsele á la inteligencia humana, el eslabón estaba puesto'.»

Así, señores, la Religión y la Ciencia, sin jamás contradecirse, conducen al hombre á Dios, principio y fin de la Religión, *alfa* y *omega* de la Ciencia.

<sup>1</sup> Química aplicada á la Agricultura y á la Fisiología, 7.<sup>a</sup> edic. Introd. p. 69.

## CONFERENCIA SEGUNDA

### EL ORIGEN DE LA VIDA

Hay cierta grandeza en considerar la vida con todas sus propiedades, como un don primitivo del Criador.

C. DARWIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



cubrirla reconoció la sabiduría de Dios en esta admirable confesión con que remato mi discurso:

«Después de someter los hechos á nuevo y más detenido examen, reconocí la causa de mi error. Había pecado contra la sabiduría del Criador, y recibí el castigo merecido. Quise perfeccionar su obra, y en mi ceguera llegué á creer que en la admirable cadena de leyes que presiden á la vida en la superficie de la tierra y la conservan siempre en su frescura, faltaba un eslabón que yo, el débil é impotente gusanillo, debía colocar, cuando ví que de una manera tan maravillosa como jamás pudo ocurrirsele á la inteligencia humana, el eslabón estaba puesto'.»

Así, señores, la Religión y la Ciencia, sin jamás contradecirse, conducen al hombre á Dios, principio y fin de la Religión, *alfa* y *omega* de la Ciencia.

<sup>1</sup> Química aplicada á la Agricultura y á la Fisiología, 7.<sup>a</sup> edic. Introd. p. 69.

## CONFERENCIA SEGUNDA

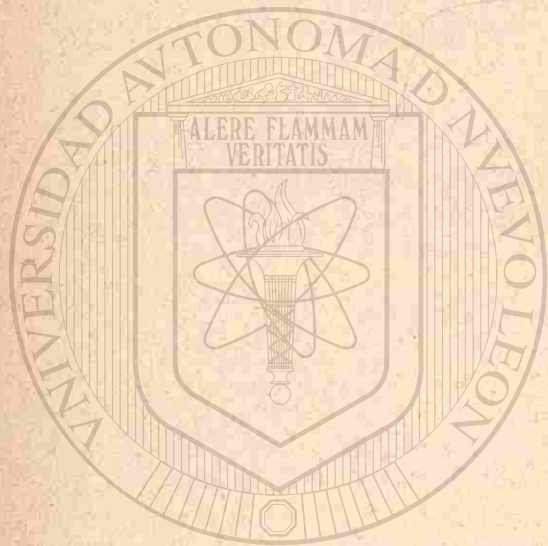
### EL ORIGEN DE LA VIDA

Hay cierta grandeza en considerar la vida con todas sus propiedades, como un don primitivo del Criador.

C. DARWIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL ORIGEN DE LA VIDA

EXCMOS. Y RVDMS. SEÑORES: <sup>1</sup>

Los esfuerzos hechos por el hombre para averiguar el origen primordial de los fenómenos que en la naturaleza se manifiestan, nos dan á conocer juntamente, el poder y las flaquezas del humano entendimiento. Cual si llevásemos en nosotros encarnado el deseo de saber qué fueron en su principio el mundo y los seres que en el mundo se contienen, remontamos la corriente de los siglos con el mismo afán con que el intrépido explorador que busca las fuentes ignoradas de caudaloso río,

<sup>1</sup> Los Sres. Arzobispos de Valladolid y Santiago de Cuba, y los Obispos de Madrid-Alcalá y Cadiz.



remonta su curso por entre salvajes riberas, y en llegando á las edades que envueltas en tinieblas yacen más allá de las columnas de la Historia, lejos de amenguarse nuestro natural deseo, parece como que aumenta, atraídos como vamos por el interés que en nosotros despierta lo desconocido, y empujados hacia adelante por la esperanza de poder llegar, cuando rompa un nuevo día, al término feliz de nuestras ansias.

Nunca se cansa el hombre de saber, como nunca se cansa la naturaleza de proponerle dificultades; si aumenta el poder de sus instrumentos, el campo de observación se agranda sin que pueda tocar sus aledaños; si abre nuevos surcos en la tierra, nuevas é inexplicables ruinas encuentra sepultadas en la gran necrópolis del planeta; cada descubrimiento es un abismo que atrae otro abismo, y no es la Ciencia quien puede llorar como Alejandro al verse detenido en su triunfal carrera.

El origen de la materia, el origen de la vida y el origen del hombre, preocuparon constantemente á aquellos que, prescindiendo de la fe, y saliéndose de las vulgares esferas, pusieron sus ojos en horizontes más anchos que los estrechos y limitados de la existencia personal, y llenos están los anales de la Ciencia de brillantes teorías y arriesgadas suposiciones, juntas y revueltas con errores crasísimos y desatinos lamentables.

Nosotros los creyentes, que sabemos de dónde venimos y adónde vamos, nada tendríamos que reprochar á los que tales cosas inventaron, veríamos pasar sin admiración ni extrañeza las hipótesis que desacreditadas desaparecen, y las que llenas de presunción vienen á reemplazarlas, asistiríamos tranquilos á las evoluciones de la Ciencia, esperando sus conclusiones definitivas, si no hubiese quien, abusando de nombre tan respetable, convirtiera en bandera de impiedad sus problemáticos adelantos.

Ningún hombre sensato, de los muchos que ennoblecen la historia del saber con sus nombres inmortales, se atrevió jamás á tanto: unos llegaron al límite más alto que pudieron alcanzar con su razón, pidieron alas á la fe, y llevados en sus plumas se remontaron á Dios, que les había convidado á contemplar las maravillas de su poder; otros confesaron su ignorancia y dejaron que la fe siguiese su camino; y no es, señores, que yo pretenda ahora negarles el talento á los que tanto empeño ponen en crear conflictos donde nunca pudo haberlos, que solo quiero poner de manifiesto el abuso que cometen comprometiendo á la Ciencia en tan innoble causa, solo por el deseo de abandonar los trillados caminos y alcanzar en el mundo una celebridad funesta. Y por que la Ciencia heterodoxa escoge con preferencia lo desco-



nocido, para preparar en sus obscuridades emboscadas á la fe, después de haber considerado el problema de la vida ante la Religión y la Ciencia, he creído conveniente, para más confirmar las soluciones de la fe, hablaros hoy del origen de la vida; cuestión que si en la actualidad ha perdido mucho del interés que hasta hace poco despertó, tiene todavía puntos que deben aclararse, para evitar torcidas interpretaciones por parte de los incrédulos, é injustificadas alarmas por parte de los creyentes.

¿Qué sabe la Ciencia acerca de la primera manifestación de la vida sobre la tierra? ¿Cómo explica la fe la aparición primordial de los seres vivos? ¿Existe oposición entre el Génesis de la fe y el Génesis de la Ciencia? He aquí, señores, los puntos que pienso dilucidar en esta segunda Conferencia.

El materialismo contemporáneo hállase necesariamente obligado á decidirse por uno de los dos términos opuestos y antitéticos de este dilema: ó el origen de la vida se explica por la existencia de una causa creadora, distinta del mundo y de la materia, ó se concede á la materia y á las fuerzas que sobre ella actúan, el poder de producirla. «No existe otra alternativa: quien no admite la

evolución secular de la materia, tiene que admitir el *milagro*, hipótesis necesaria que no puede destruirse ni con argumentos *a priori*, ni con experimentos de laboratorio'.» Pero el *milagro*, como no muy acertadamente llaman á la Creación los materialistas, es según ellos incompatible con la Ciencia, y quien lo admite, solo por este hecho, se hace indigno á la consideración de los hombres sabios; luego es preciso afirmar que la vida procedió, en su origen, fatalmente de la materia agitada y removida por las fuerzas brutales del Universo.

Si la Ciencia no hubiese demostrado que hubo un tiempo en que el planeta, envuelto todavía en los pañales de su infancia, cruzaba los espacios en estado incandescente, incapaz de sustentar la vida en aquella espantable fragua donde fundidos y volatilizados esperaban el momento de su formación los terrenos primitivos que constituyen el esqueleto de la tierra; si la Geología no admitiese como cierta la existencia de una época *azoica* en la historia de las revoluciones del globo en que habitamos, pudiera el materialismo negar el origen de la vida, como negó el origen de la materia, proclamándola eterna, resolver la dificultad cortando el nudo, salirse de las aperturas en que se

1 Soury, traduc. de Hæckel. *Preuves du Transformisme*. Pref.



ha puesto, oponiendo un absurdo metafísico al pretendido absurdo de la Creación *ex nihilo*. Pero esto no es posible: la vida ha tenido principio, y es preciso que si el materialismo ha de mantener sus categóricas afirmaciones, demuestre con hechos positivos y científicamente comprobados, que la vida en su origen procedió espontáneamente de la materia, sin la intervención de Dios. ¿Lo ha conseguido? Váis, señores, á responder en cuanto os hayáis enterado de la relación del proceso.

Tyndall, en su famoso discurso de Belfast, considerado por los materialistas como el credo de la nueva fe, se lamentaba de que Darwin y Spencer hubiesen tratado tan á la ligera el origen de la vida, y es preciso, añadía, que el problema de nuevo se plantee. Al oír estas palabras, parecía natural esperar una solución, cuando he aquí que el orador se desentiende de lo que al parecer tanto le interesaba, con esta frase vacía de sentido: «La vida se desprende de los elementos omnipotentes de la materia por la operación de un misterio insoluble en los abismos del pasado.»

«La Ciencia, dice Huxley, no encuentra la manera de formular su opinión acerca de los comienzos de la vida: solo puede adelantar simples conjeturas sin carácter científico.»

Para Du Bois-Reymond es el origen de la vida

uno de los siete enigmas que desafían á la Ciencia experimental, y Darwin con más sinceridad, afirmó que había cierta grandeza en considerar la vida con todas sus propiedades, como un don primitivo de la bondad del Criador <sup>1</sup>.

Con estos antecedentes, vamos á examinar las hipótesis de que se han valido los partidarios de la producción espontánea de la vida, para que, pesándolas en la balanza de una crítica imparcial, reconozcáis su insuficiencia. Mucho terreno llevamos adelantado para ello, después de haber visto en la Conferencia anterior las diferencias esenciales que separan á la materia inerte de la materia organizada, y cómo no es posible explicar el misterio de la vida por la acción de las fuerzas fisico-químicas, áun colocándolas en las más favorables condiciones.

Vieja es en el mundo la hipótesis de las generaciones espontáneas, desenterrada en nuestro siglo, y adornada por los modernos epicúreos con los brillantes atavíos de las Ciencias naturales. Aristóteles, explicaba el origen de todos los vivientes, por tres clases de generación: generación vivípara, generación ovípara y generación espontánea; Lucrecio, suponía que la tierra, re-

<sup>1</sup> *Apologie Scient. de la foi chrétienne*. F. Duilhé de Saint-Projet. II edit. Toulouse, 1885, p. 208.



blandecida por el agua de las lluvias y llegada á cierto grado de putrefacción, engendraba los gusanos; Virgilio, en sus Geórgicas, admite la generación espontánea de las abejas nacidas de las entrañas corrompidas de un toro; Avicena, en el siglo X, enseñó que todos los animales pudieron ser engendrados espontáneamente en la primera edad del mundo; los filósofos escolásticos, participando de la opinión de los naturalistas de su tiempo, admitieron la *heterogenia* de algunos animales, sin intenciones agresivas contra la fe; más ó menos exagerada, defendieron posteriormente esta doctrina Van Helmont, los PP. Kircher y Buonmani, Sebastián Munster, Aldovrandi, y, por último Voltaire, que negaba á Dios el poder de sacar al mundo de la nada, reconocía en Needham habilidad suficiente para fabricar anguilas, esperando, decía él, que algún día será igualmente fácil fabricar hombres<sup>1</sup>.

Estas ridículas afirmaciones quedaron sin fundamento después de las experiencias del médico italiano Redi. Desde entonces nadie admite la generación espontánea de los insectos, y nadie ha defendido seriamente la de los *entoozoarios* ó parásitos intestinales, ni la de los infusorios, después de los notables trabajos de Van Beneden y de

<sup>1</sup> Hement, *L'origine des êtres vivans*, 1882, p. 57-58.

Balbiani. La causa de los *heterogenistas* parecía irremisiblemente perdida, cuando de nuevo salió á defenderla en 1859, Pouchet, con argumentos que parecían decisivos<sup>1</sup>. Los hombres de ciencia partiéronse en dos bandos, la Academia de París ofreció una recompensa á quien resolviese la contienda, y después de tres años de incansante lucha, triunfó Pasteur<sup>2</sup>, demostrando hasta la saciedad que el polvo de que está sembrado el aire atmosférico, lo que el gran micrografo Ehrenberg, llamó *la vía láctea de los organismos inferiores*, es el vehículo que transporta al seno de las infusiones orgánicas los gérmenes de la vida, y que bastaba hacerlo pasar al través de un filtro de amianto á elevada temperatura, para que esterilizado por la calcinación, dejasen de aparecer los infusorios<sup>3</sup>.

Tyndall reforzó con nuevos argumentos las conclusiones de Pasteur, declarando que en las Ciencias experimentales no hay posición más segura que la que niega la generación espontánea<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Pouchet, *Hétérogénie*, pág. 374-375, 431-432. Le auxiliaron en la defensa Joly y Musset, y tuvo por adversarios á Milne-Edwards, Payén, de Quatrefages, Claudio Bernard y Dumas.

<sup>2</sup> Los hechos observados por Pasteur, decía Balart, en nombre de la comisión nombrada por la Academia, son de la más perfecta exactitud.

<sup>3</sup> Pasteur, *Memoire sur les corpuscules organisés suspendus dans l'atmosphère*.

<sup>4</sup> Tyndall, *Les microbes organisés*, memorias de Tyndall y Pasteur, publicadas por el Abate Moigno, Paris, 1878, p. 19-22, 53 y sig.



No por eso arriaron su pabellón los materialistas empedernidos: era preciso explicar de alguna manera el origen de la vida, sin recurrir á la acción del Criador, y no faltó quien se prestase á fabricar nuevas teorías, á riesgo de sufrir nuevos y más deplorables desengaños.

Célebre es en la historia de los humanos desvarios, y en todas las lenguas andan traducidos sus escritos, el profesor de Zoología en la Universidad de Jena, Ernesto Hæckel, llamado por sus compatriotas el Darwin alemán. Este hombre soñador, impuso al materialismo moderno el nombre de *monismo*, y salió á defenderlo con razones de tanto peso como las que voy á exponeros, citando textualmente sus palabras, para que nadie me tache de parcial.

«La generación espontánea es una hipótesis necesaria, sin la cual no puede concebirse el origen de la vida sobre la tierra... ¿Cómo aparecieron los cuerpos vivos en un planeta puramente mineral? Químicamente se formaron á expensas de los compuestos inorgánicos: el ázoe y el carbono formaron esa substancia compleja que llamamos protoplasma, y en la cual radican constantemente todas las energías vitales. En el fondo del mar y á enormes profundidades, vive todavía un protoplasma homogéneo y amorfo, de extrema sencillez, llamado *bathybius*. Cada una de

esas partículas amorfas y vivientes se llama *mónera*. Las *móneras* primitivas nacieron en el mar por generación espontánea, como se forman los cristales salinos en las aguas madres. Esta es una hipótesis exigida por la ley de causalidad inherente á la razón humana<sup>1</sup>... Las primeras de estas *móneras* nacieron por generación espontánea cuando comenzaba el período *laurentino*, procedentes de compuestos inorgánicos, y como simples combinaciones de carbono, de ácido carbónico, hidrógeno y ázoe<sup>2</sup>.»

¿En qué apoya Hæckel sus dogmáticas afirmaciones? ¿Qué fundamento tiene su fantástico sistema, más digno de figurar entre los mitos cosmogónicos de la India que entre las hipótesis científicas del siglo XIX? La ley de causalidad inherente á la razón humana, y la imposibilidad de admitir el *milagro* de la Creación; pero eso no basta: la Ciencia rechaza las opiniones preconcebidas, el espíritu de secta ó de partido, y solo admite hechos positivos y demostrados; por eso los jefes del materialismo condenan la teoría hæckeliana, y ponen en caricatura las *móneras* y el *batibio*, que nunca han existido, fuera de la imaginación calenturienta de quien los dió á luz.

<sup>1</sup> E. Hæckel, *Anthropogénie*, pág. 321-332. *Histoire de la Création*, pág. 299.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 573. *Le règne des protistes*, pág. 74.



El año 1868, un naturalista inglés, Huxley, pescó en las profundidades del mar una substancia mucosa é informe que, con gran algazara de los materialistas, se creyó ser la más notable de todas las *móneras*, la columna principal de las teorías evolucionistas, el *bathybius Hæckelii*. Así fué apellidado por su afortunado descubridor, y así corrió por el mundo, llevado por los vientos de la fama, como máquina de guerra destinada á batir definitivamente los baluartes de la fe. ¡*Eureka!* decían los ateos; tenemos en la mano el protoplasma primitivo, la fuente y el origen de la vida; pero estaba escrito que habian de durar poco su entusiasmo y su alegría.

Ocho años después, Mæbius, profesor de Kiel, al regresar de una expedición que habia hecho á bordo del *Challenger*, para estudiar la fauna submarina, demostraba experimentalmente ante el Congreso de los naturalistas alemanes, celebrado en Hamburgo, que el tan decantado *batibio* era un producto artificial, un precipitado de sulfato de cal disuelto en el agua, merced al alcohol en que se habian conservado las preparaciones <sup>1</sup>.

Del mismo modo se expresó Milne-Edwards en la sesión solemne que en 25 de Octubre de 1882, celebró el Instituto de París, y en la cual el

<sup>1</sup> Citado por Hæckel, *Le règne des protistes*, p. 93.

distinguido naturalista dió cuenta de la misión científica que acababa de realizar á bordo del *Travailleur*. El batibio, decía, es una mucosidad segregada por las esponjas y algunos zoófitos, cuando sienten en sus tejidos el rudo contacto de los aparatos de pesca; el batibio que tanto tiempo ha ocupado al mundo, debe bajar de su pedestal y volver á la nada. <sup>1</sup> ¿Qué más, señores? El mismo Huxley, que lo habia dedicado á Hæckel, excitó la hilaridad del Congreso de la Asociación británica, celebrado en Sheffield, llamando al batibio, «quisicosa que no ha cumplido lo que sus primeros albores pronosticaban <sup>2</sup>.»

Así acabó la última esperanza de los *monistas*, y á esos lances les condujo el espíritu de partido que gobernaba el rumbo de sus investigaciones. ¡Ojalá que tantas desventuras les hubiesen abierto los ojos!

Por fin, no es posible eludir el testimonio concluyente de los hechos, suponiendo que las condiciones especiales en que se encontró la tierra en sus tiempos primordiales, pudieron producir la vida de una manera espontánea <sup>3</sup>, porque esta hipótesis echa por tierra uno de los principales fun-

<sup>1</sup> *Les explorations des grandes profondeurs de la mer, faites à bord de l'avisir "le Travailleur", Journal officiel, 28 Oct. 1882, p. 5839.*

<sup>2</sup> Duilhé, *Apol. scient.*, p. 230.

<sup>3</sup> Burmeister, *Hist. de la Création*, p. 304.



damentos de la Ciencia, la constancia é invariabilidad de las leyes naturales. Indudablemente las fuerzas fisico-químicas, la luz, el calor y la electricidad, fueron entonces más intensas, como más lo son actualmente en el ecuador que en los polos, pero las leyes de la vida, siempre y en todas partes son las mismas, y si hoy no son capaces de producir ni el infusorio, ni el musgo, sin gérmenes precedentes, ni en los tiempos más remotos ni en los siglos venideros, han tenido ni tendrán la virtud de que carecen<sup>1</sup>.

Para llevar esta cuestión al cabo, quiero ahora dar por supuesto lo que no han conseguido demostrar los heterogenistas, lo que la Ciencia rechaza: que se dan efectivamente generaciones espontáneas. ¿Se habrá de seguir de aquí la ruina del dogma de la Creación? ¿Acaso no las admitieron San Agustín y San Basilio, San Buenaventura y Santo Tomás, Pedro Lombardo y Suarez, y en general, los teólogos y filósofos de más nota en los siglos medios, sin que viesen en ello sombra de rozamiento con la fe? Una cosa es suponer que la vida en su primer principio procedió de esa manera, otra muy distinta pensar que sin gér-

<sup>1</sup> Observa Rodolfo Wagner que cuanto más energía adquieren los agentes fisico-químicos, más perjudican al desarrollo de la vida en vez de favorecerla, hasta el punto que llegados á cierto grado de intensidad, destruyen toda organización. — Cf. Hettinger, *Apol.* I, p. 79.

menes especiales y de la putrefacción de los cuerpos que alguna vez tuvieron vida, pudieron derivarse seres vivos; era para ellos esta una cuestión meramente filosófica, que nada tenía que ver con la fe; consideraban á Dios como el primer autor de todo lo criado, y á la eficacia suya, comunicada á los elementos en la Creación primitiva, atribuían estos efectos, que con otras razones no supieron explicar. Por eso, cuando Avicena aseguró que todos los animales pudieron ser obra exclusiva de las combinaciones de la materia, opusieron á su error lucidísimas reflexiones.

«La naturaleza, dice Santo Tomás, se endereza á sus efectos por medios proporcionados; por lo cual las cosas que naturalmente se engendran de semilla, no pueden sin semilla ser naturalmente procreadas... En la primera institución de las cosas, el principio activo fué el mandamiento de Dios que de la materia elemental hizo los animales, ya sea en el acto, como quieren muchos Santos Padres, ya sea virtualmente, según San Agustín<sup>1</sup>.»

De aquí podrán inferir los hombres dados á las investigaciones científicas, la libertad de que gozan los que voluntariamente se someten á las enseñanzas de la fe, y cómo la Iglesia, lejos de

<sup>1</sup> *Summa Theol.* I. q. LXXI ad 1. — Cf. P. J. Mir. *La Creación*, capítulo XXXV, art. II.



ser, como dicen, un estorbo para el recto adelantamiento de sus estudios, les da ya fabricada la sólida base en que deben apoyarse sus trabajos, para levantar con sus nobles esfuerzos el templo magnífico de la Ciencia. La condenación de las obras de Galileo por una Congregación romana, suceso providencial y único en la historia de la Iglesia <sup>1</sup>, á todos nos enseñó á proceder con cautela y á tomarnos tiempo para admitir ó rechazar las opiniones científicas. Procedan con el mismo tino los que se dedican al estudio de la naturaleza, y habremos encontrado la conciliación y la paz.

Parca ha sido la Ciencia en formular conclusiones acerca del origen de la vida, y parca es también la Religión en sus afirmaciones dogmáticas.

La vida comenzó en el mundo cuando el mundo estuvo en disposición de sustentarla; la Paleontología no ha encontrado rastro de vegetales

<sup>1</sup> Suceso providencial llamo á este, porque puso de manifiesto la asistencia que el Divino fundador de la Iglesia prometió y concede á su Vicario en la tierra, pues sin esa asistencia especialísima no se explica por qué el Papa no subscribió aquella condenación. « En esto, dice el sabio jesuita Tiraboschi, debemos admirar la Providencia de Dios en favor de la Iglesia, pues en un tiempo en que la mayor parte de los teólogos creían firmemente que el sistema Copernicano era contrario á la Sagrada Escritura, no permitió, sin embargo, que la Iglesia se pronunciasse sobre este punto por un juicio solemne. » « La divina Providencia, añade H. Martin, permitió que aquella falta de un tribunal particular, fuese cometida una vez para que sea imposible en lo porvenir. »

ni de animales en los terrenos primitivos<sup>1</sup>; el enfriamiento de la corteza terrestre, el esbozo de los primeros continentes y el encauzamiento de los mares, precedió á la flora y á la fauna de los tiempos paleozóicos, en la primera edad del mundo; simultánea ó sucesivamente aparecieron en el fondo de las aguas los *trilobites* y las algas, como primeros representantes de la escala biológica, definitivamente cerrada con la creación del hombre. Tal es, en resumen, lo que la Geología tiene por cierto y averiguado, y exactamente lo mismo que ella insinuó Moisés en el primer capítulo del Génesis.

De un solo rasgo describió la Creación del Universo, para empezar la historia de la tierra, por aquel estado yermo y tenebroso en que debió encontrarse en sus comienzos; el espíritu de Dios era llevado sobre el inmenso mar que por todas partes la cubría, y cuando alboreaba ya en los cielos aquella lumbré virginal que por mandamiento divino brotó de las tinieblas, puestos en paz los elementos que con sus ímpetus furiosos llenaron de catástrofes las primeras edades del planeta; congregadas en su lugar las aguas, y puesta al descubierto la tierra firme, dijo Dios:

<sup>1</sup> Corrió parejas con el batibío el no menos célebre *Eozoon Canadiense*, pretendido habitante de los terrenos primitivos, y reducido á la condición de simple accidente mineralógico. — A. de Lapparent, *Géologie*, p. 640.



«Produzca la tierra yerba verde, y que dé semilla, y árboles frutales que den fruto conforme á su especie, y contengan en sí mismos su fruto sobre la tierra», y así se hizo <sup>1</sup>.

¿Quién nos explicará el modo como se realizó aquel prodigio, lo que fué aquella vegetación que trajo al mundo las primicias de la vida, y por qué secretos caminos preparó Dios su advenimiento? La Geología dice que en la época carbonífera, correspondiente al tercer día genesiaco, la tierra desde las riberas del Spitzberg hasta los bosques de Australia, era un vasto archipiélago de verdura; que los helechos arborescentes levantaban sus pimpollos á treinta piés del suelo, y áun por encima de sus copas asomaban los tallos coronados de plumas de las gigantescas *colas de caballo*: que bajo la sombra de aquellas fantásticas enramadas brotaban de la tierra humedecida descomunales hongos, y que en el fondo de los mares formaban magníficos encajes las dilatadas algas; que aquella flora primordial de tejidos blandos, pulposos y deleznales, uniformemente repartida por la superficie del globo á consecuencia de la igualdad de su temperatura, purgó la atmósfera del ácido carbónico que la saturaba, para quedar sepultada más tarde en las entrañas de la tierra,

<sup>1</sup> Gen. I, 11.

y convertirse en el *pan negro* de que se alimenta la industria moderna; que aquella época es por excelencia la edad de las yerbas y de las plantas, como en breves palabras se insinúa en la primera página de los libros santos <sup>1</sup>.

Si Dios crió primero las semillas que las plantas, ó dió virtud especial á la tierra y á las aguas para que de golpe las produjesen, cosa es que no nos importa averiguar, ni hay en ello interés alguno apologético, presupuesta la intervención divina en el primer origen de la vida, como reconocen de común acuerdo la Revelación y la Ciencia.

Tampoco pretendo exagerar la concordancia entre el Hexámeron mosaico y el Hexámeron geológico, porque ni la Geología ha conseguido otra cosa que trazar limpiamente las líneas generales de la historia de la tierra, ni es la Biblia un manual de Ciencias naturales escrito con fines académicos, ni andan tan conformes los intérpretes católicos, que unánimemente crean ser posible semejante concordancia.

<sup>1</sup> Nada dijo Moisés de la flora submarina que probablemente precedió á la terrestre, porque su fin era hablar á un pueblo rudo de las cosas que estaban á su alcance. «El callar el sagrado escritor la creación de los primeros seres submarinos, solo probará que no pretendió tejer la historia de los reinos organizados, sino tan solamente revelarnos las cosas terrestres más visibles y de más tomo, porque el atender á sondear los mares y á narrar la creación de los peces, poco le importaba á su intento, y con hacer mención de estos en el vers. 20, había dicho lo bastante para satisfacer el deseo de los hombres». — P. J. Mir, *La Creación*, cap. XXII, art. I.



En los grandes archivos de la naturaleza, decía Vogt<sup>1</sup>, ha encontrado la Ciencia un volumen escrito en una lengua poco conocida; de ese volumen faltan muchas páginas, y en las pocas que ha encontrado, apenas si ha podido leer algunas líneas. La segunda mitad del siglo XIX, añade Lyell<sup>2</sup>, se ocupa en corregir las opiniones de la primera; por lo cual no debemos apresurarnos á establecer entre el Génesis y la Ciencia, armonías tan completas que tengamos después que retocarlas<sup>3</sup>.

Más altos eran los vuelos de Moisés, y á otros intentos se dirigía Dios cuando le dictó las páginas del admirable Pentateuco. El monoteísmo, opuesto á las supersticiones politeístas que entonces señoreaban en el mundo; el dogma de la Creación desarrollado en cuadros de entonación subli-

<sup>1</sup> *Traité de Géologie*, párr. 2.

<sup>2</sup> *Principes de Géologie*.

<sup>3</sup> Ténganse muy presentes en esta cuestión las siguientes reglas de San Agustín y Santo Tomás, dictadas por la prudencia: «In rebus obscuris atque á nostris oculis remotissimis, si que inde scripta etiam divina legerimus, que possint, salva fide qua imbuimur, alias atque alias parere sententias; in nullam earum nos præcipiti affirmatione ita projiciamus ut si forte diligentius discussa veritas eam recte labefactaverit, corruamus: non pro sententia divinarum Scripturarum sed pro nostra ita dimicantes, ut eam velimus Scripturarum, esse que nostra est; cum potius eam que Scripturarum est, nostram esse velle debeamus.» *De Genesi ad litteram*, lib. I. cap. XVIII. «Cum Scriptura divina, multipliciter exponi possit, nulli expositioni aliquis ita præcise inhæreat, ut si certa ratione constiterit hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturæ esse credebatur, id nihilominus asserere præsumat; ne Scriptura ex hoc ab infidelibus derideatur et ne eis via credendi præcludatur.» *Summ. Theol.* I, q. 68, a. 1.

me, y acomodados al caracter oriental del pueblo hebreo; la institución divina del sábado y de la semana como ley fundamental de Israel; la materia comenzando sus evoluciones con el tiempo; la vida comunicada por el Criador á la naturaleza; el hombre, recibiendo con el soplo divino el alma racional y hecho á imagen y semejanza de Dios, son las verdades que campean en la relación mosaica, las verdades que enseña la fe, las verdades que nunca desmentirá la Ciencia.

Libre es cada cual de seguir en los detalles la exposición que mejor le plazca; desde la *literal*<sup>1</sup>, que tiene por días naturales los días genesiacos, hasta la *ideal, alegórica ó mística*, sustentada por San Agustín, para quien todas las cosas fueron criadas en un solo instante y en el estado de perfección en que las vemos<sup>2</sup>; desde la *concordista*, propuesta por Cuvier, para harmonizar el Génesis con la Ciencia<sup>3</sup>, hasta la moderna *teoría de la res-*

<sup>1</sup> Siguen esta opinión entre los modernos: Bosizio, Sorignet, Eirich, Glaire, Veith y Keil.

<sup>2</sup> Algunos autores modernos, conformes en el fondo con la opinión de San Agustín, la modifican más ó menos, suponiendo que la relación mosaica no es *objetiva*, sino *subjetiva*. No da cuenta del orden con que aparecieron las cosas en la Creación, sino del orden con que Dios se las manifestó en diferentes visiones correspondientes á los días del Hexámeron. Estas visiones pudieron tener lugar en seis días diferentes. De este parecer son: H. Martin, Faye, Michelis, Kurtz y otros.

<sup>3</sup> Esta teoría, expuesta por Cuvier en 1827, es la más generalmente admitida, y cada día cuenta con mayor número de partidarios.



*tauración*, que supone formada nuestra tierra de las ruinas de un mundo más antiguo <sup>1</sup>; desde la *profética* de Kurtz <sup>2</sup>, hasta la *poética* de Monseñor Clifford <sup>3</sup>, todas caben dentro de la fe, y si á algunas de estas interpretaciones se las ha tachado de inexactas y poco conformes con las reglas de la *exégesis*, nadie se ha atrevido á calificarlas de contrarias al dogma, á todas ha respetado por igual la Iglesia, sin pronunciar sobre ninguna su fallo definitivo.

Vuelvan, pues, sobre su acuerdo los doctores materialistas, y no digan que la Iglesia es un obstáculo para el adelantamiento del estudio de la naturaleza, ni que la Ciencia ha de ser por necesidad atea y materialista.

<sup>1</sup> Defendida por Westermayer, Card, Wiseman, J. Hutton, Molloy, Bukland, Chalmers y Fabre d'Enviou.

<sup>2</sup> «Sienta este escritor que ni los hechos acaecieron por el orden que en el Génesis parecen delineados, ni ha de pedirse al repartimiento de los días hecho por Moisés, más realidad que lógica é intencional. Porque Moisés, como otro profeta cualquiera, en una visión que tuvo, vió el drama de la Creación puesto en escena, y le dividió en seis actos, que determinó apellidar días. Tenida la visión, fué trasladando puntualmente al papel las cosas vistas, por el mismo orden que se le habian representado al pensamiento cuando le fueron reveladas.» — P. J. Mir, *La Creación*, 2.<sup>a</sup> ed., p. 71.

<sup>3</sup> En Abril de 1881 apareció en la *Revista de Dublin (Dublin Review)*, un artículo suscrito por Mons. Clifford, Obispo de Clifton. Queriendo evitar las dificultades que ofrece la conciliación del primer capítulo del Génesis con las Ciencias naturales, cortólas de raíz despojando á este capítulo de todo carácter histórico, y suponiéndole himno destinado á cantar las glorias del Criador é introducción poética á la historia del linaje humano, que solo comienza en el vers. 4.<sup>o</sup> del cap. II. Esta opinión ha sido seriamente combatida, y por muchos intérpretes de nota del todo rechazada.

En 1874, decía el veterano Chevreuil, á la Academia de Ciencias de París: «Algunas veces me he preguntado si en una época en que tanto se dice que la Ciencia moderna conduce al materialismo, no era obligación de un hombre, que ha pasado su vida rodeado de libros y en un laboratorio de Química, buscando la verdad, protestar contra una opinión diametralmente opuesta á la suya... Estoy convencido de que existe un Ser creador de una doble armonía: la armonía que señorea el mundo inanimado, revelada por la Mecánica celeste y por los fenómenos moleculares, y la armonía que rige el mundo organizado y vivo. Jamás he sido materialista y en ninguna época de mi vida he podido concebir cómo esta doble armonía haya podido ser producto del acaso <sup>1</sup>.»

Tal es la consecuencia que lógicamente se desprende de las consideraciones que llevamos hechas acerca del origen de la vida, consecuencia que elocuentemente declaraba el patriarca Idu-meo, diciendo á sus amigos: «Interrogad á las bestias del campo y á las aves del cielo; hablad á la tierra y á los peces de la mar, y os responderán: ¿quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas? El tiene en sus manos el alma de todos los vivientes y el espíritu que anima la carne

de los hombres <sup>1</sup>. » Dios, señores, es el origen y la fuente suprema de la vida; Dios que, para confundir la arrogancia de los modernos Titanes, no ha necesitado echar sobre sus espaldas la pesadumbre del Universo, bastándole, para desbaratar sus proyectos, poner delante de sus ojos el polvo deleznable en que con mano pródiga sembró los gérmenes de la vida.

<sup>1</sup> Job. cap. XII, 7-10.

### CONFERENCIA TERCERA

#### EL PRINCIPIO VITAL DEL HOMBRE

Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.

GEN. II, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



de los hombres <sup>1</sup>. » Dios, señores, es el origen y la fuente suprema de la vida; Dios que, para confundir la arrogancia de los modernos Titánes, no ha necesitado echar sobre sus espaldas la pesadumbre del Universo, bastándole, para desbaratar sus proyectos, poner delante de sus ojos el polvo deleznable en que con mano pródiga sembró los gérmenes de la vida.

<sup>1</sup> Job. cap. XII, 7-10.

### CONFERENCIA TERCERA

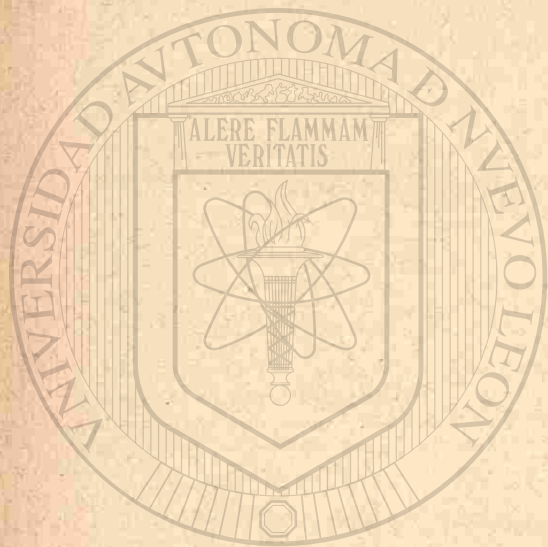
#### EL PRINCIPIO VITAL DEL HOMBRE

Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.

GEN. II, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL PRINCIPIO VITAL DEL HOMBRE

EXCMOS. ÉILMOS. SEÑORES <sup>1</sup>:

De dos maneras he procurado demostrar la diferencia esencial que separa el principio de la vida de las fuerzas materiales: primero por su naturaleza, y después por su origen. Las manifestaciones características de la vida, los fenómenos vitales, sujetos al escrupuloso análisis de la observación y de la experiencia, nos han obligado a admitir, por el proceso lógico de la inducción, un principio superior a las fuerzas fisico-químicas, una causa que armoniza las funciones del

<sup>1</sup> Los Excmos. Sres. Obispos de Madrid-Alcalá y de Zamora.



organismo, una unidad central que las ordena y las dirige á la más perfecta solidaridad, sin quitarlas su relativa autonomía.

Estas conclusiones adquirirían mayor fuerza, y de una manera evidente se demostraban, considerando la vida en su origen primordial. Si las energías vitales se transmiten de un ser á otro según las leyes fundamentales de la generación, y se manifiestan en progresión creciente en todas las esferas de la vida, desde el protozooario monocelular, casi confundido con el espora en las fronteras que separan á los vegetales de los animales, hasta el hombre que es el tipo más perfecto de la escala biológica, la Ciencia que descifra los gorglíficos esculpidos en las entrañas de la tierra, y de edad en edad se remonta desde los tiempos modernos hasta los tiempos paleozóicos, ha tenido que reconocer la existencia de un poder creador que animase con su soplo los gérmenes primitivos, para hermostear las yermas soledades de un planeta puramente mineral, con los encantos de la vida.

Así era necesario dejarlo establecido para poder llegarnos, convenientemente preparados, al estudio de nuestra propia naturaleza, terreno escogido por el materialismo para librar su batalla decisiva y hacer el supremo esfuerzo contra las enseñanzas de la fe. Y, ciertamente, señores, de-

bemos reconocer que la elección es acertada, de vida ó muerte la cuestión, y de inmensas consecuencias sus resultados; porque podemos en absoluto prescindir de todo lo que se agita y se mueve en el Universo; podemos ignorar las leyes que siguen los astros en su carrera, los secretos que guarda el mar en sus abismos, y la tierra en sus profundidades; pero no podemos prescindir de saber lo que somos, de conocernos á nosotros mismos, y si, cerrados nuestros sentidos á toda comunicación con el mundo que nos rodea, ni viésemos la luz del sol, ni llegasen á nosotros los rumores de la naturaleza, todavía en el fondo de nuestro ser, en lo más hondo de nuestra conciencia, nos encontraríamos frente á frente con esta cuestión, antecedente necesario de la cuestión de nuestro destino.

Dios que tan pródigo se ha mostrado en atender al bien de sus criaturas y en dotar al hombre de cuanto había menester para cumplir los fines que en su Creación le señalara, no contento con darnos la luz natural de la razón, que claramente nos indica de cuán levantada estirpe es el principio que nos anima, ha querido alumbrar al mundo con el faro resplandeciente de la fe, para guiar los rumbos del linaje humano por el alborotado golfo de la existencia, é impedir así que los entendimientos extraviados pereziesen



víctimas de misérrimo naufragio en los escollos del error.

Ciegos están los que no lo ven, y vano es el empeño que ponen en negar lo que constantemente afirma el sentido común del linaje humano, que es voz clarísima de la naturaleza, y no acierto á comprender por qué extraña anomalía la Ciencia descreída niega nuestra fraternidad con los hombres infelices que viven embrutecidos en el seno de la barbarie, cuando defendemos la unidad de la especie humana, y nos rebaja al nivel de los míseros animales cuando vindicamos la existencia del alma racional; ni por qué muchos que admiten con nosotros el abismo infranqueable que separa á la materia de la vida, al llegar aquí nos vuelven las espaldas, y no queriendo ser materialistas al diferenciar un mineral de una planta, parecen serlo junto al lecho de dolor donde muere un semejante suyo, negando la espiritualidad de nuestro principio vital<sup>1</sup>.

A estas negaciones, para la raza humana depresivas, opone la Iglesia su doctrina, compendiada por León XIII, en estos términos: «El hombre tiene un alma por naturaleza simple, espiritual,

<sup>1</sup> Algunos fisiólogos muy enemigos de las explicaciones mecánicas, físicas y químicas de la vida, y muy partidarios de las propiedades vitales, no admiten, sin embargo, que la vida sea efecto de una causa inmaterial.

—P. Janet, *Le materialisme contemporain*, p. 89.

capaz de pensar, la cual por ser de tal naturaleza, no trae su origen de las cosas corpóreas ni depende de ellas su conservación, antes creada por Dios sin intermedio alguno y traspasando á larga distancia la condición común de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo y un modo no menos propio de obrar<sup>1</sup>.»

Estas son las conclusiones que me propongo vindicar de los recios y multiplicados ataques con que hoy son combatidas en nombre de una Ciencia de formación reciente, la *Psico-física*, y que apenas nacida, pretende ya haber derribado los sillares más robustos de fe, atacando por su base, no solo á la Religión católica, sino á todas las religiones espiritualistas.

Un mismo hombre redactó la tesis y la antítesis que actualmente se disputan el terreno en el palenque de la Antropología.

Cabanis, antes de su retractación, formuló las pretensiones del materialismo en toda su crudeza, con estas groseras palabras: «Es necesario considerar al cerebro como un órgano especial, destinado particularmente á segregar el pensamiento, del mismo modo que el estómago digiere y el

<sup>1</sup> Encíclica *Libertas*.



hígado segrega la bilis. » En su carta póstuma y con mejor acuerdo, se expresó de esta manera: « El principio que anima el cuerpo humano no puede considerarse como el resultado de la acción de sus órganos; es una substancia distinta, un ser real, que con su presencia determina todos los movimientos orgánicos de que se componen las funciones. »

La primera fórmula ha sido repetida por Vogt<sup>1</sup> y parafraseada por todos los materialistas, y aunque algunos, como Büchner<sup>2</sup>, la han puesto sus reparos por no creerla exacta, expresa claramente las tendencias del materialismo que en definitiva resume así sus conclusiones: El alma es la función del cerebro; el espíritu debe relegarse al país de las quimeras<sup>3</sup>.

Si estas afirmaciones revistiesen, como algunos pretenden, todos los caracteres de una doctrina científica, ¡qué equivocación tan lamentable la nuestra! Hemos creído que el hombre, más que un animal desarrollado, es un ángel empequeñecido; hemos aceptado con el alma, las tremendas responsabilidades que su naturaleza nos impone; hemos levantado sobre su espiritualidad é inmorta-

1 \* Hay la misma relación entre el cerebro y el pensamiento, que entre la bilis y el hígado... » (Vogt.)

2 L. Büchner, *Fuerza y Materia*. Leipzig, 1869, p. 217.

3 E. Ferrière, *La vie et l'ame*. París, 1888, p. 469.

lidad el edificio colosal de la Religión, y ahora, la Ciencia del siglo XIX, asegura que todo es ilusión, que esa piedra secular no puede resistir el choque de las ideas modernas; que es preciso romper los viejos moldes de la rancia Filosofía; que el intruso rey de la Creación debe bajar humillado las gradas del trono que levantó su vanidad, para ir á colocarse en el lugar que le corresponde, no en la última gerarquía de los espíritus, sino en la primera de los animales, y que al preguntar por la ejecutoria de su nobleza, en vez de levantar los ojos al cielo, debe remover el fango de una ría, ó llegarse al fondo de una caverna para buscar allí las osamentas arrumbadas de sus innobles progenitores.

No se alarme vuestra fe, ni se dé por resentida vuestra humana dignidad, que están muy lejos de ser legítimos embajadores de la Ciencia los que han enseñado tamaños desvarios, por más que se arroguen su representación y traten de cobijarse bajo su nombre respetable; y para que de ello os convenzáis en la cuestión que nos ocupa, antes de exponer las razones en que se apoya el espiritualismo cristiano, quiero pedir al materialismo cuenta de las suyas, para que nunca se diga que lo condenamos sin oírlo, y poder levantar así el templo de la verdad con las ruinas del error.



Jamás hasta el presente, dicen los modernos adoradores de la materia, se ha podido comprobar la existencia de una substancia espiritual; la Ciencia, ayudada de los instrumentos más poderosos y de los más delicados reactivos, con un análisis espectral que raya en prodigioso, después de haber recorrido el mundo infinitamente grande y el infinitamente pequeño, en ninguna parte la ha encontrado, porque en ninguna parte existe. La opinión que admite el alma inmaterial, no tiene ningún valor científico<sup>1</sup>.

Así discurren, y tan pueriles y despreciables argumentos nos oponen los que sin inconveniente alguno admiten la existencia del éter que nadie ha visto, y los átomos eternos que nadie verá jamás; los que con tanta seguridad y con tanto aplomo cuentan el número de sus vibraciones y acogen sin recelo cualquier hipótesis, aunque parezca destituida de fundamento, con tal que de alguna manera pueda convertirse en arma de combate para echar abajo las creencias de la parte más sana y más noble del género humano. Contra estos pensadores, á quienes en su tiempo hubiese llamado Cicerón *filósofos plebeyos*, levantaba su voz Santo Tomás, haciéndoles ver la

1 E. Ferrière, *La vie et l'ame*, pág. 449. Esto mismo habían dicho Ch. Vogt, Vi:chow y Feuerbach.

falta de lógica que vicia sus razonamientos cuando rechazan como no existentes las cosas que, por ser inmateriales, no caben ni pueden tener lugar entre las representaciones de la imaginación<sup>1</sup>.

Otras razones de más peso alegan en favor de su doctrina, y de ellas voy á hacerme cargo con la detención que permita la índole de mi discurso.

Sin cerebro no hay inteligencia, ni sensibilidad, ni instinto, y estas facultades se desarrollan á medida que se desarrolla y se perfecciona el centro nervioso en que residen. Concretándonos al hombre, la experiencia enseña que la inteligencia sigue en sus manifestaciones la evolución cerebral, y si no se ha conseguido todavía deducir del peso absoluto ó relativo del cerebro, ni de la riqueza de sus circunvoluciones y profundidad de sus anfractuosidades, ni de las relaciones del cerebro con el cerebelo, la ley de la inteligencia, el coeficiente del pensamiento, se sospecha que la substancia gris desempeña el papel más importante, y si pudieran aislarse y pesarse las células que la componen, su peso nos daría en proporción exacta el valor de la inteligencia. Hay, sin embargo, un límite inferior en

1 *Summa Theol.* I, q. LXXV, a, 1.



la masa cerebral, pasado el cual la inteligencia desaparece <sup>1</sup>.

Es un hecho reconocido que en pasando de cierta edad, el cerebro empieza á atrofiarse, se forman cavidades entre las circunvoluciones antes yuxtapuestas, la sangre oxigenada lo riega con menos abundancia, su color es más gris y su substancia más tenaz, acercándose por su composición química, á la del cerebro de los niños, fenómenos que corresponden á la depresión de la inteligencia. Así, dice Büchner con cierto desprecio, Newton, á quien las Ciencias naturales son deudas de sus mayores descubrimientos, se ocupaba en su vejez en estudios de Teología y en interpretar el Apocalipsis <sup>2</sup>.

Cuando la anemia cerebral es completa, la sensibilidad y la inteligencia desaparecen, y aunque vulgarmente se atribuyen los efectos consecutivos á congestiones ó subidas de sangre, Vulpian ha demostrado ser todo lo contrario.

Del mismo modo que todo trabajo muscular determina una oxidación en el músculo que lo ejecuta, así también el trabajo cerebral produce una oxidación en la masa encefálica, y Byasson, confirmando los presentimientos de Lavoisier, ha

<sup>1</sup> Según Broca, en el hombre blanco de Europa el límite es de 1049 gramos; según Gratiolet, 900. — Ferrière, *La vie et l'âme*, p. 335 y sig. Büchner, ob. cit. p. 183 y sig.

<sup>2</sup> Obra cit. p. 189.

conseguido pesar las escorias ó cenizas de ese trabajo, segregadas en forma de sulfatos y de fosfatos.

La acción de los anestésicos como el cloroformo, y de los llamados *venenos psíquicos*, como la morfina, determina la parálisis del cerebro y con ella la suspensión de las funciones anímicas.

La vivisección de los lóbulos cerebrales ensayada por Flourens en los animales, ocasiona la pérdida parcial ó total de los sentidos en los individuos experimentados; se amputa el sentido de la vista sin necesidad de extirpar el ojo, y partiendo la Fisiología de hechos tan concluyentes, ha emprendido la árdua tarea de fijar las *localizaciones cerebrales*. Ferrier, Charcot y Broca, han comenzado á dibujar el mapa del cerebro, señalando los centros perceptivos de los cinco sentidos corporales y el del lenguaje articulado <sup>1</sup>.

Lo que las experiencias han producido de un modo artificial, producen las enfermedades con su natural proceso, y siempre que el cerebro ha sufrido una lesión importante, ó no funciona

<sup>1</sup> Así se explican los rarísimos fenómenos de la *afasia*, *agrafia* y *amnesia*. Según Broca, la facultad del lenguaje tiene su asiento en la tercera circunvolución frontal. Para los movimientos coordinados que requiere la escritura, se señala como centro la segunda circunvolución frontal izquierda. La *amnesia* de los signos escritos ó ceguera verbal, es ocasionada por una lesión del lóbulo parietal inferior izquierdo.



con la debida regularidad, repercuten sus trastornos en las manifestaciones de la sensibilidad y de la inteligencia, y la Terapéutica, fundándose en los datos adquiridos, pone la mano en tan delicado órgano, consiguiendo en muchos casos, por medio de la trepanación, volver á regularizar sus funciones, y así ha podido Moleschott decir, que «sin fósforo no hay pensamiento.»

El trastorno más grave de la inteligencia es la enajenación mental, en todas sus terribles fases. ¿Qué sucede en lo interior de esos hombres desgraciados, incapaces de coordinar sus conocimientos, condenados á cometer inconscientemente los más lamentables despropósitos? La exaltación de las pasiones, el abuso de las bebidas alcohólicas ó de los trabajos intelectuales, producen la hiperemia; la hiperemia ocasiona las exudaciones serosas y las hemorragias cerebrales, y tras ellas viene el inevitable cortejo de los trastornos de la inteligencia. Una causa física es siempre, según la Fisiología materialista, el antecedente necesario de todas las perturbaciones intelectuales y morales de los alienados.

Yo me haría, señores, interminable y rebasaría los límites á que por necesidad debo ajustarme, si hubiese de citar aquí los innumerables hechos aducidos por los modernos psico-físicos, en apoyo de sus teorías, y he de pasar en silencio

los trabajos de Fechner para fundar la *Estesimetría*<sup>1</sup>, argumento con que se pretende reducir todos los actos de la vida psíquica á formas particulares de movimiento<sup>2</sup>.

Fundados en estos hechos, los fisiólogos materialistas oponen al espiritualismo cristiano el siguiente raciocinio: cuando una circunstancia produce un fenómeno con su presencia, ó con su ausencia lo suprime, ó con sus cambios lo modifica, esa circunstancia puede considerarse como la causa de aquel efecto. El cerebro reúne estas condiciones respecto al pensamiento; luego el cerebro es la causa del pensamiento, y el alma no

<sup>1</sup> Arte de medir las sensaciones. Weber ha inventado el *estesiómetro*, compás destinado á este género de experiencias, de las cuales dedujo la siguiente fórmula:  $S = K \cdot \log F$ , en la cual, S designa la sensación, K la excitación mínima capaz de producirla, y F el aumento de la excitación. La velocidad de las sensaciones ha sido determinada por Helmholtz y Wundt, asegurando que la onda nerviosa se propaga con una velocidad de 30 metros por segundo, y con más velocidad en el sentido longitudinal que en el transversal. — Cf. *Compte rendu du Congrès scientifique international des catholiques tenu à Paris, 1891, troisième section*, p. 138.

<sup>2</sup> Herzen, *Le cerveau et l'activité cérébrale*, cap. II. — La pretendida equivalencia mecánica de los actos psíquicos, suscitó há poco, vivísima polémica entre Gautier, profesor en la Facultad de Medicina de Paris, y Richet. Gautier habia dicho en la primera lección de su curso de Química Biológica: «La sensación, el pensamiento, el trabajo del espíritu, no tienen equivalente mecánico, esto es, no consumen energía». Esto dió origen á la discusión, sostenida en la *Revue scientifique* desde el 11 de Diciembre de 1886, hasta el 4 de Febrero de 1888, y en la cual tomaron parte, además de los mencionados, Herzen, Pouchet, A. Naville y Chauveau. En el número de 5 de Marzo de 1887, decía A. Naville: «El monismo antropológico solo puede existir á media luz. Cuando los fisiólogos hayan logrado expresar en fórmulas mecánicas y precisas los movimientos de las células cerebrales, que se producen paralelamente á los hechos conscientes, nadie podrá sostener que sean estos lo mismo que aquellos.»



es otra cosa que el resultado de las funciones cerebrales.

Yo admito y doy por demostrada la relación que aquí se supone, entre las funciones del cerebro y el ejercicio de las facultades intelectuales; pero una cosa es la *condición* indispensable para que un acto se realice, y otra muy distinta la *causa* eficiente de donde el acto procede. Para transmitir un despacho telegráfico, se necesitan: una pila, alambre conductor, y los aparatos de transmisión y recepción convenientes; mas á nadie se le ha ocurrido decir que el despacho sea efecto de la reacción química de la pila, ni de la electricidad que con vertiginosa rapidez recorre el alambre, ni del movimiento de los aparatos: estas son condiciones indispensables para la transmisión, pero no la causa productora del telegrama. Lo que Moleschott ha dicho del fósforo, pudo muy bien decirlo de la sangre oxigenada.

Algo mejor discurrirían los sesudos materialistas, si antes de lanzarse á atacar las conclusiones de la Psicología cristiana, se hubiesen tomado el trabajo de aprender sus nociones elementales. ¿Acaso la Ciencia del alma ha negado alguna vez la relación legítima y estrecha que debe haber entre el órgano corporal y el principio intelectual? ¿Es, por ventura, novedad de nuestro siglo la teoría de las localizaciones cerebra-

les? <sup>1</sup> ¿Han conseguido acaso los exploradores de los hemisferios del cerebro, descubrir en ellos las islas afortunadas en donde reside el pensamiento? Histólogos como Ranvier, y fisiólogos de tanta nota como Vulpian, han atacado rudamente á los partidarios de la nueva escuela, poniendo coto á sus prematuras afirmaciones. Y en lo que se refiere al volumen del encéfalo, oigan á Santo Tomás, que lleva la voz de todos los filósofos cristianos para desbaratar en pocas palabras los sofismas del error:

« Fué necesario, dice, que el hombre se distinguiese de todos los animales por el mayor volumen de su cerebro, con relación al volumen de su cuerpo, para que así con más perfección se verificasen en él los fenómenos de la sensibilidad, necesarios para las operaciones del entendimiento <sup>2</sup>... no porque el cerebro sea el *órgano* con que tales operaciones se verifican, sino porque el cerebro proporciona á la inteligencia el *objeto* inmediato de sus ideas con las representaciones de la imaginación, existiendo entre estas representaciones y la inteligencia, la misma relación que entre los colores y la vista <sup>3</sup>. »

<sup>1</sup> Cf. Fr. Luis de Granada, *Introduc. al símbolo de la fe*, p. I, capítulo XXIX, y Huarte de San Juan, *Examen de los Ingenios*, cap. IV.

<sup>2</sup> *Summa Theol.* I, q. XCI, a. 3, ad 1.

<sup>3</sup> *Ibid.* I, q. LXXV, a. II, ad 3.



Con esta razón fundamental, se explican satisfactoriamente todos los hechos anatómicos, fisiológicos y patológicos en que se apoya el materialismo para combatir la existencia del alma espiritual, y esto es lo que basta para interpretar todas las perturbaciones de la sensibilidad y de la inteligencia, y resolver todas las dificultades que con el imponente aparato de las observaciones científicas, se oponen constantemente al espiritualismo cristiano<sup>1</sup>.

Mas no basta explicar los hechos aducidos por el materialismo; es necesario probar de una manera directa, y, por decirlo así, experimental, la realidad del *principio vital*, subsistente y distinto de la materia; es preciso analizar nuestro propio ser, apelar al testimonio de la conciencia psicológica y pedirla cuenta de lo que en nosotros pasa, deduciendo de los fenómenos que la observación interna y subjetiva nos revela, la causa principal de ellos, irreducible por su naturaleza á cualesquiera funciones del organismo.

Desde que comenzó á brillar en nosotros la luz de la razón; desde el día primero en que tuvi-

<sup>1</sup> «El desorden del sistema nervioso, del cual es centro el cerebro, causa también necesariamente el desorden de la imaginación, y de rechazo se resiente el entendimiento, porque las imágenes son condición necesaria de sus operaciones.» — *Liberatore, Del Composto Umano*. Nápoles, 1880, cap. V, art. VI.

mos conciencia de nuestros actos, hasta la hora presente, ¡por cuántas vicisitudes ha pasado nuestra existencia; cuántas y cuán encontradas impresiones de alegría ó de dolor han hecho vibrar las fibras más delicadas del corazón, y qué de cambios en nuestras ideas sobre las cosas contingentes y opinables! La madurez de la edad templa el natural empuje de las pasiones juveniles; las canas de la vejez y el caudal de la experiencia modifican las costumbres. Vencidos hoy y mañana vencedores en la constancia de nuestros propósitos; forjándonos siempre ilusiones que se desvanecen como el polvo arrebatado por el huracán, cruzamos los caminos de nuestra peregrinación, sintiendo la inquietud que embargaba el ánimo de San Agustín y le hacía suspirar por el eternal descanso, ó el tedio de la vida que llenó de mortales congojas al pacientísimo Job. En medio de tantas mudanzas, hay en nosotros algo que permanece, una estrella fija en los horizontes efímeros de nuestra existencia, una voz que nos recuerda los días que pasaron y nos exige responsabilidad de los actos en ellos practicados; voz que advierte á San Pablo en la cumbre del apostolado, sus persecuciones contra la Iglesia, y turba la paz de San Jerónimo en su retiro de Belén, con la memoria de las romanas liviandades; y todos, al relatar la



historia de nuestra vida, podemos comenzarla como encabezó el poeta mantuano su inmortal epopeya :

*Ille ego quí quondam...*

La memoria y la conciencia, testifican nuestra identidad personal en todos los momentos de la vida.

Ahora bien, señores: si el organismo, como ya hemos tenido ocasión de ver, constantemente se renueva; si es nuestro cuerpo y las partes que lo componen, sin excluir el cerebro, semejante á la nave de Teseo, que sin cesar reparaban los atenienses; si al cabo de ocho años la transformación orgánica es completa<sup>1</sup>, ¿cómo se explica la inmutabilidad de ese *yo*, que permanece idéntico á pesar de las variaciones físicas de la materia y de sus mismas variaciones morales? ¿Es que la memoria y la conciencia se transmiten de unas moléculas á otras, como se transmiten el movimiento las bolas de marfil que ruedan sobre el tablero de una mesa de billar? Así lo supuso Kant<sup>2</sup>; pero prescindiendo de lo inexacto de la comparación entre la conciencia y el movi-

<sup>1</sup> Según Claudio Bernard. Büchner asegura que la renovación puede verificarse en cuatro semanas. — Obra cit. p. 70.

<sup>2</sup> Crítica de la razón pura.

miento, el sentido íntimo nos dice que si podemos comunicar á los demás nuestras ideas y nuestros sentimientos y aún hacerles adoptar nuestras costumbres, nos es de todo punto imposible comunicarles nuestra conciencia, haciendo que *otro* sea *yo*, que es esta una operación mágica que nunca podrá realizar el más poderoso taumaturgo. Tener yo conciencia del estado de otro, es una verdadera contradicción<sup>1</sup>.

Asunto es este de la *personalidad* y la *conciencia* que lleva á mal traer á los doctores materialistas. Unos, como Maudsley, rechazan la conciencia de los actos nerviosos de orden inferior y aún de la misma actividad intelectual. Conciencia é inteligencia son para ellos dos cosas distintas, de tal manera, que la máquina intelectual no es ni mejor ni peor con la conciencia que sin ella, y el agente puede continuar ejercitando su actividad, á pesar de la ausencia del testigo. Lewes, por el contrario, ve la conciencia en todas partes, en todos los actos intelectuales, en los actos nerviosos reflejo-espinales y sensorio-motores, directos ó automáticos, combate réciamente la teoría de Spencer, según el cual, la repetición de los actos psíquicos, los convierte en actos físicos, automáticos é inconscientes, desapareciendo junta-

<sup>1</sup> P. Janet. Obra cit. p. 130.



mente la memoria, la razón, el sentimiento y la voluntad, á consecuencia de la reproducción habitual de un mismo acto ó de una serie de ellos.

Lleno de asombro al ver que por tan diferentes caminos se acercan al espiritualismo los fisiólogos ingleses, queriendo combatirlo, exclama Herzen: «una conciencia que aparece de vez en cuando, de una manera irregular y arbitraria, como si dijéramos, por casualidad, en vez de manifestarse en condiciones determinadas, y por consiguiente de un modo necesario, se desprende de su *substratum* nervioso, lo abandona en brazos del materialismo y se arroja ella misma en brazos del espiritualismo. El puente se hunde, y con él la unidad del ser<sup>1</sup>.»

Nada tan confuso y embrollado como las disquisiciones *psico-físicas* acerca de la conciencia, y todas las hipótesis positivistas que pretenden explicar la inmutabilidad personal asegurada por su testimonio, vienen en definitiva á parar á uno de estos dos extremos: ó negar su realidad, ó considerarla como un fenómeno puramente mecánico. Evidentemente, la confusión procede del concepto equivocado y de la falsa idea que de la conciencia se han formado estos filósofos, para quienes en puridad no es otra cosa que un fenó-

<sup>1</sup> Herzen, obra cit. p. 212.

meno resultante del choque nervioso y de la actividad cerebral. De otro modo pensaba Tyndall, autoridad nada sospechosa en la materia que tratamos, cuando dijo: «El tránsito de la acción física del cerebro á los hechos de conciencia correspondientes, es inexplicable. Reconocemos que un pensamiento definido y una acción molecular definida del cerebro se producen simultáneamente: nosotros no poseemos el órgano intelectual, ni áun en apariencia un rudimento del órgano que nos haría falta para pasar por razonamiento del primero al segundo.... Aun cuando nuestro espíritu y nuestros sentidos adquirieran bastante desarrollo, claridad y fuerza para permitirnos sentir y ver las mismas moléculas del cerebro; áun cuando fuéramos capaces de seguir los movimientos, las combinaciones y las descargas eléctricas, si las hay; áun cuando tuviéramos el conocimiento íntimo de los estados correspondientes del pensamiento y del sentimiento, nos encontraríamos tan lejos como nunca de la solución del problema: ¿cómo las acciones físicas están enlazadas con los hechos de la conciencia? El abismo que separa estas dos clases de fenómenos, será siempre infranqueable para la inteligencia<sup>1</sup>.» Es decir, que la conciencia será siem-

<sup>1</sup> Liard, *Le sujet conscient*.



pre un hecho irreducible, y el alma en quien radica no es ni puede ser una función del cerebro; porque la experiencia nos enseña que percibimos las modificaciones internas de nuestro *yo*, sabemos que pensamos, sentimos y queremos, y tan ciertos estamos del conocimiento de nuestras afecciones internas como de nuestra propia existencia, hecho en el cual se apoya el Doctor Angélico, para demostrar de una manera tan clara como concluyente, que el alma se conoce á sí misma y su propia existencia por el conocimiento de sus actos <sup>1</sup>. Ese *ojo del alma*, como decía Platón, *sentido íntimo*, como quieren los modernos, es la conciencia psicológica, testigo irrecusable de la permanencia de nuestra personalidad en medio de las continuas mudanzas de la materia <sup>2</sup>.

El alma es, pues, lo permanente, y el cuerpo lo mutable. Solo una substancia espiritual, ajena á los accidentes de la materia, puede explicar de una manera racional esos fenómenos internos que constantemente nos dan fe de la unidad é in-

<sup>1</sup> *Summa Theol.* I, q. LXXXVII, a. 1, corp.

<sup>2</sup> Suelen los *monistas* invocar contra esta doctrina el célebre caso de Félida X..., publicado por el Dr. Azam en 1876, y la neuropatía cerebro-cardíaca descrita por Krishaber en 1873. Estos hechos y otros análogos que pudieran aducirse, quedan explicados cuando hemos afirmado la relación necesaria que hay entre la inteligencia y el cerebro en el estado actual de nuestra existencia. \* Esto, dice el Dr. Liverani, basta para interpretar la causa, la naturaleza, el mecanismo, los síntomas y la terapéutica de todas las frenopatías crónicas ó agudas. » — *Esame critico*, 1886, p. 45.

variabilidad de nuestro ser, y si, como hemos demostrado, la materia es incapaz de producir la vida en el más rudimentario de los vegetales, cuánto más lo será de llegar á su manifestación más gallarda en las altas cimas del humano pensamiento, infinito en sus aspiraciones; más perfecto cuanto más trabaja; más holgado y más satisfecho cuanto más se aparta de la rudeza de las cosas materiales y tiende sus vuelos por los espacios inmensos, para abarcar de una sola mirada la máquina del Universo y reducir á leyes matemáticas sus complicados movimientos.

Por eso, algunas veces, los enemigos más francos de la Religión, han dejado escapar de sus plumas confesiones tan explícitas como esta de Renan: « El alma es la primera de las realidades y la única completa, porque la materia es un compuesto múltiple, divisible y falto de unidad; es una agregación fortuita de partes que se hacen y se deshacen sin identidad permanente<sup>1</sup>. »

Yo he de prescindir de las razones que de la voluntad y de la libertad se derivan, porque en ellas he de ocuparme expresamente en otra Conferencia. ®

Ahora bien, señores: si el alma es una substancia espiritual y por lo mismo independiente

<sup>1</sup> *Essais de morale et de critique*, p. 63.



de la materia en el ejercicio radical de sus funciones, por más que en el estado actual de su unión con el cuerpo no pueda ejercitarlas sin el concurso de los órganos, ¿no habrá ningún hecho excepcional que abra nuevos caminos al pensamiento, y ponga más en evidencia el abismo que separa á las funciones orgánicas de las operaciones del entendimiento? No intento, señores, examinar los fenómenos que con el nombre de *visión intelectual*, atribuye la Mística cristiana á la intervención sobrenatural de Dios, porque es doctrina admitida por los teólogos, que no puede suceder naturalmente que el hombre sea arrebatado á las alturas de la contemplación, sin que cooperen la imaginación ó los sentidos corporales, por más que esta cooperación pueda suplirse por la virtud divina <sup>1</sup>. Hablo de otros hechos que el materialismo no recha-

<sup>1</sup> Suarez, *De Religione*, lib. II, cap. XIV, n. 3. No debe confundirse la *visión intelectual* con el *éxtasis*. Este supone una actividad extraordinaria en la inteligencia y en la voluntad, y la inercia de las fuerzas inferiores manifestada por la insensibilidad de los órganos y la inmovilidad de los miembros; la *visión* de que hablamos es el conocimiento claro de un objeto, sin actual dependencia de la imaginación ó fantasía. El *éxtasis*, por sí mismo, no constituye un hecho sobrenatural ó milagroso; así decía el Cardenal de Lauria: «Hace treinta años que asisto á las Congregaciones, y aseguro que cuando se trata de canonizar á un siervo de Dios, en el voto sobre los milagros, jamás se tienen en cuenta los *éxtasis*, si no van acompañados de algún prodigio sobrenatural.» (Brancatus de Lauraea, *De oratione*, opusc. 5, cap. VI, p. 309.) En este caso, añade Benedicto XIV, no es el *éxtasis*, sino el prodigio lo que se aprueba como milagro. (*De canonis. S. S.*, lib. III, cap. 49, n. ult.)

za y que en su hipótesis resultan inexplicables.

El célebre teósofo sueco Swedemborg, al tiempo de desembarcar en Gotemburgo (1756), describió un incendio que en aquella misma hora tenía lugar en Stockolmo; este suceso llamó extraordinariamente la atención de los sabios de aquel tiempo, y si muchos lo calificaron entonces de solemne superchería, hoy, con el nombre de *clarovidencia*, *visión mental* y *doble vista*, nos refieren hechos parecidos, autores que no pasan plaza de crédulos, ni fácilmente se dejan engañar por vanas apariencias <sup>1</sup>. Suponiendo que todo lo que se dice sea verdad y esté perfectamente comprobado, pues no es esta la ocasión de discutirlo, ¿cómo explican los que niegan la existencia del espíritu, esos grandes misterios del Hipnotismo? Si se admite, dice Naville <sup>2</sup>, aunque sea como simple posibilidad, que el alma tenga percepciones anormales, hállanse gravemente comprometidos los que pretenden reducir todos los fenómenos psíquicos á fenómenos nerviosos. Porque habría entonces hechos psíquicos sin hechos fisiológicos correspondientes. Bacon, que era muy dado á exagerar el predominio de las

<sup>1</sup> Zanardelli, *La verità sull'ipnotismo*, p. 45. — Dufay, *Revue Philosophique*, París, Febrero de 1889, Junio, 1890. — Lombroso, *Studi sull'ipnotismo*, p. 1-11, 18, donde se citan las opiniones de Pierre Janet, Gley y Richet. — Campili, *Il grande ipnotismo*.

<sup>2</sup> *La science et le materialisme*.



causas materiales, llegó á creer que hay ciertos estados fisiológicos « que desprenden al alma de las ligaduras del cuerpo, y la hacen más capaz de gozar de su propia naturaleza <sup>1</sup>. »

No es, pues, el alma una dificultad que entorpece la explicación del admirable mecanismo de nuestra complicada naturaleza, sino más bien la solución racional que, armonizando los progresos de la Fisiología con las conclusiones de la Psicología cristiana, da razón cumplida de lo que en nuestro interior se verifica, y aunque en su esencia, directamente, nos sea desconocida, no podemos negar su realidad, patente como está en cada uno de sus actos, incapaces de ser reducidos á los actos puramente físicos que son producto de las fuerzas materiales. « Identificar lo que es irreducible, es pronunciar palabras que no tienen ningún sentido <sup>2</sup>. »

Por fin, señores, la hipótesis materialista señala un término fatal al progreso humano: La evolución psíquica, dice Herzen <sup>3</sup>, deberá necesariamente detenerse un día, bien porque habrá alcanzado el límite absoluto que separa lo conocido por lo desconocido, bien por haber llegado al término no menos absoluto de la perfectibili-

<sup>1</sup> *De dignitate*, lib. IV, cap. III.

<sup>2</sup> Ch. Secrétan. *Discours laïques*, p. 156.

<sup>3</sup> Obra cit. p. 273.

dad orgánica del cerebro. En ambos casos sucederá necesariamente á la especie humana, lo que ha sucedido á otras especies animales de tipo diferente, á los insectos, por ejemplo: la actividad cerebral adquirirá cada vez más un carácter instintivo, reflejo, automático y mecánico, y cada vez será menos consciente; pero antes que esto suceda, el enfriamiento gradual del sistema solar, habrá hecho imposible la vida sobre la tierra.

¿ Á quién satisfarán estos fatídicos augurios, abiertamente contrarios á la ley de la Historia y á las aspiraciones más nobles y más legítimas del género humano? Ese hombre que nunca se fatiga en los caminos del progreso, é instintivamente rechaza las doctrinas que pretenden empañar sus timbres más gloriosos; que ha conseguido sujetar las grandes fuerzas de la naturaleza y arrancar al firmamento el secreto de sus admirables armonías; que sigue á la luz en su carrera y pesa los astros en su balanza; que ha registrado las profundidades de los abismos y ha contado las estrellas que lucen en las constelaciones del cielo; que extendió sobre la tierra la cuerda de medir y se da cuenta de su figura y de sus grandiosas proporciones; ese hombre, tan grande por su ingenio como pequeño por sus miserias, ¿ tendrá que ser el instrumento ciego de la fatalidad, la máquina inconsciente, el autómeta



de carne y hueso, en todo semejante á las bestias que no tienen entendimiento? Abdiquen su dignidad los que encuentran demasiado graves los deberes á que ella les obliga; nosotros, al ver impresa en nuestra alma la imagen y la semejanza de Dios, al sentir animado nuestro cuerpo por aquel soplo de vida que procedió de la boca del Altísimo, repetiremos con el Profeta: *Benedic anima mea Domino: et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus*¹.

¹ Psalm. CII, 1.

#### CONFERENCIA CUARTA

### LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

Anima rationalis et caro unus est homo.

SÍMBOLO ATANASIANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



de carne y hueso, en todo semejante á las bestias que no tienen entendimiento? Abdiquen su dignidad los que encuentran demasiado graves los deberes á que ella les obliga; nosotros, al ver impresa en nuestra alma la imagen y la semejanza de Dios, al sentir animado nuestro cuerpo por aquel soplo de vida que procedió de la boca del Altísimo, repetiremos con el Profeta: *Benedic anima mea Domino: et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Psalm. CII, 1.

#### CONFERENCIA CUARTA

### LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

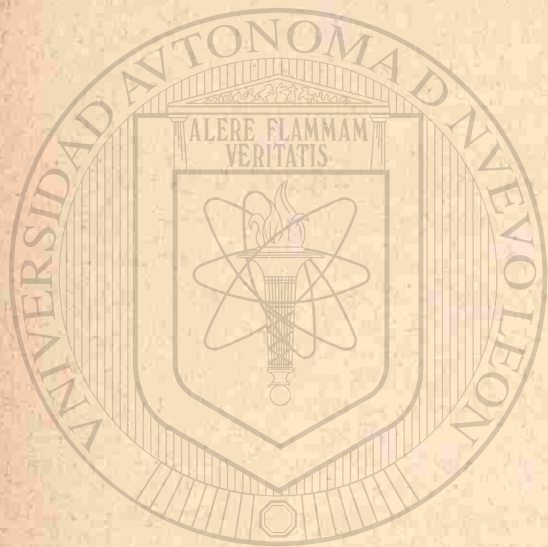
Anima rationalis et caro unus est homo.

SÍMBOLO ATANASIANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## LA MATERIA Y EL ESPÍRITU

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

Lejos estamos ya de aquel que nos sirvió de punto de partida para emprender el largo camino de la investigación científica en las cuestiones que más de cerca tocan á nuestra humana naturaleza, é intimamente se relacionan con el término final de nuestros destinos. Desde la materia elemental, incapaz de producir espontáneamente la vida, hemos llegado, por una série de lógicas inducciones, á la afirmación del alma espiritual.

<sup>1</sup> El Excmo. Sr. Obispo de Zamora.



A poco que hayáis parado vuestra atención en el método que hasta aquí he seguido, habréis observado que me detuve más en exponer las opiniones opuestas en nombre de la Ciencia á las enseñanzas de la fe, que en desarrollar las verdades fundamentales en que apoyándose la Religión, descendiendo al terreno de los hechos, para ejercer con el hombre su misión de paz, y es de notar el contraste que en sus aplicaciones prácticas ofrecen las encontradas doctrinas, y á qué consecuencias tan opuestas llevan los antitéticos principios.

El positivismo, encastillándose, como dice, en la observación y en la experiencia, no quiere hacerse solidario de los fatales resultados á que le conducen la ley innexorable de la lógica y la evolución natural é incontrastable de sus perversas teorías. Todos los órdenes de la actividad humana amenazados de espantable desquiciamiento; la sociedad agitándose como barca sin timón entre los horrores de la anarquía; los principios eternos de la moral y de la justicia derribados por los suelos, no son bastantes para ahogar en su pecho los gritos de blasfemia que á todas horas resuenan en nuestros oídos, y lleno de soberbia, pretende romper con su clava las murallas de granito que contienen las furias del Occéano, y escalar el cielo para robar-

nos la más consoladora de nuestras esperanzas.

No digáis, señores, que inflamado yo por la centella de indiscreto celo, me dejo llevar de un arrebató, y, pesimista en mis apreciaciones, pinto con negros colores este cuadro de desolación y de ruinas. Suprimid el alma, haced del hombre un autómeta, y veréis llegar tras de esa negación, el funeral acompañamiento de las desdichas que menciono, como si suprimís ese astro misterioso perdido en las soledades del espacio, y á cuyo alrededor giran todos los sistemas del Universo, presenciariéis el derrumbamiento de la Creación entera.

Harto lo saben los patriarcas del moderno materialismo, y es de ver los esfuerzos que hacen para arrancar de sus frentes el estigma de maldición que contra ellos lanzan la Religión y la Historia, estigma que les llena de oprobio, maldición que les asegura el soberano desprecio con que la parte más sensata y más honrada del linaje humano, recibirá siempre sus declamaciones insensatas.

No así la fe, con sus saludables enseñanzas. Más práctica que teórica, desde el momento en que hace de las obras el alma de su vida, no vacila en aceptar los hechos perfectamente demostrados, y las consecuencias que de ellos se siguen; considera al hombre tal como es en su



condición presente; sondea las heridas que el buitre del mal ha abierto en las carnes del infeliz Prometeo, y aplica á ellas el único remedio que puede sanarlas; le recuerda el barro de que fué formado, para enfrenar la pujanza de su soberbia, y las excelencias de su espíritu, para alentarle en las luchas de la vida, y llevando en triunfo el arca santa de la verdad por entre las legiones del error, define al hombre mejor que la Ciencia que lo mutila, y mejor que la Filosofía que solo acierta á columbrar la nobleza de su origen y la eternidad de sus destinos.

Firmes en la fe, hemos confesado la espiritualidad del alma como única explicación racional y satisfactoria de las operaciones intelectuales, y ahora, para mantener esta afirmación y llegar hasta sus últimas consecuencias, se hace necesario que pasemos adelante en el estudio de la humana naturaleza. El cuerpo sin el alma es un cadáver, un puñado de polvo, es materia; el alma sin el cuerpo, es un espíritu, y juntos la materia y el espíritu, constituyen el hombre.

¿Qué relaciones hay entre la materia y el espíritu? ¿Cómo es posible que, siendo substancias tan diversas, se junten para formar el compuesto humano? He aquí las dos cuestiones que voy á examinar, contando con vuestra benevolencia.

Creyeron los antiguos que, en el orden material, ninguna cosa había más simple que la luz. Newton, por medio de ingeniosas experiencias, descompuso el rayo blanco en los que él llamó *colores complementarios*; lo volvió á componer, desmostrado lo que habían sospechado los filósofos escolásticos al llamar con Santo Tomás á la luz, *hipóstasis de todos colores*<sup>1</sup>.

Por mucho tiempo figuró el agua entre los cuerpos elementales, base de todas las combinaciones, hasta que Carlisle y Nicholson, valiéndose de la pila voltaica, pusieron en libertad al oxígeno y al hidrógeno que la componen, rompiendo el lazo que los unía.

Lo que un prisma de cristal hace con la luz y una chispa eléctrica con el agua, eso puede hacer en nosotros, con alguna semejanza, la observación subjetiva, el sentido íntimo. Tenemos conciencia de nuestra identidad personal en todos los momentos de la vida; afirmamos la unidad de nuestro ser con tal tenacidad, que no acertamos á comprender cómo sea posible negarla sin incurrir en una inconcebible monstruosidad, y, sin embargo, sentimos las tendencias y las inclinaciones de los dos elementos que componen nuestra naturaleza: *la carne lucha contra*

1 Sent. lib. 3, dist. 23, q. 2, 1, 1.



*el espíritu, y el espíritu contra la carne*<sup>1</sup>. San Pablo, pidiendo á Dios que le librase del cuerpo mortal que sofocaba las aspiraciones de su alma<sup>2</sup>, y Turena, diciéndose á sí mismo, al comenzar una batalla: ¿tiemblas, esqueleto? aún temblarías más si supieses á dónde pienso conducirte, resumen con sus voces elocuentes los abundantes testimonios que la Historia nos ofrece en confirmación de esta verdad.

El hombre es un ser compuesto de espíritu y de materia, de alma y cuerpo, y la Iglesia, al repetir las palabras del Símbolo Atanasiano: *anima rationalis et caro unus est homo*, condena igualmente las negaciones del materialismo y las exageradas afirmaciones de los soñadores idealistas. Porque todo se ha negado: la realidad del espíritu, porque no es palpable, y la realidad de la materia, considerándola como una ilusión; y no os extrañéis, señores, ni tengáis por imposible semejante aberración; porque, decidme: ¿qué es la materia? Los filósofos griegos, que llevaron la sutileza de sus especulaciones, más lejos que todas las otras escuelas de la antigüedad, no acertaron á definirla de una manera positiva, y la llamaron *yle*, que quiere decir caos, confusión. Vosotros creéis en su realidad,

<sup>1</sup> Galat. V. 17.

<sup>2</sup> Rom. VII, 24.

porque véis sus propiedades: extensión, peso, color y figura; pero tomad un pedazo de materia, sujetadlo á la influencia de una elevada temperatura, y la veréis reblandecerse, adquirir propiedades que antes no tenía, y si continuáis el experimento y seguís aumentando la fuerza del calor, la pasta se liquida, y á poco que os excedáis, del todo se desvanece, dejándoos solos en vuestro laboratorio. Y, sin embargo, nada más racional que creer en la realidad de los cuerpos, porque se ven y se analizan sus propiedades, aunque no se vea ni se analice su esencia, como nada más racional ni más científico que creer en la existencia de los espíritus, porque así lo reclaman sus propiedades.

La Religión, ha dicho Bacon, es el aroma que impide que la Ciencia se corrompa, sentencia pocas veces mejor justificada que en la ocasión presente; pues, ¿qué hubiésemos sabido de la naturaleza del hombre, si hubiésemos tenido que escoger entre Demócrito y Platón, entre Condillac y Descartes, entre el materialismo que nos rebaja y el idealismo que nos adula? La misma Filosofía aristotélica, con ser tan luminosa, aun después de purificada de sus herrumbres en aquella soberana alquimia del escolasticismo, no nos deja satisfechos, porque no nos basta para comprender toda la majestad de un monumento contar los si-



llares de que está formado, admirar la corrección de sus líneas y la armonía del conjunto; queremos más, necesitamos elevarnos á la idea que presidió á su ejecución y conocer el simbolismo profundo de su fábrica, y esto, señores, solo podía decirnoslo el mismo que lo hizo, el genio creador que labró la estupenda maravilla.

La Religión sigue la línea equinoccial de la verdad; ocupa como la virtud el medio entre los extremos igualmente viciosos, y nos dice que el hombre es el eslabón que junta al mundo visible con el mundo invisible, el mundo de la materia con el mundo de los espíritus; que si es admirable la fábrica de su cuerpo, Dios ha sellado su frente con la lumbre de su rostro, ha impreso en su alma su imagen y semejanza, y le ha hecho capaz de aspirar á la participación de su Divina naturaleza.

La Religión conoce las estrechas relaciones que en una misma persona juntan al espíritu y á la materia; sabe que si la vida orgánica es capaz, cuando es desordenada, de empañar el limpio cristal del pensamiento, la tensión del espíritu, cuando es excesiva, puede romper los delicados resortes del cuerpo, y en este conocimiento funda su terapéutica moral, para impedir que se altere el equilibrio, condición necesaria de la armonía, que el hombre terrenal se sobreponga

y venza al hombre celestial, que el polvo se convierta en barro. Por eso nos manda mantener á raya las pasiones con los preceptos de una discreta austeridad, y nos permite dar al espíritu el solaz de un honesto esparcimiento.

Pero, dejemos, señores, estas consideraciones generales, que aquilatan el mérito de nuestra doctrina, y entremos de lleno en los detalles que más confirman su verdad.

Hemos demostrado la espiritualidad del alma, fijándonos tan solo en las manifestaciones de la inteligencia; pero el hombre, además del entendimiento que de todos los seres inferiores á él le diferencia, reúne en su naturaleza las funciones comunes á todos ellos en sus respectivos órdenes, como compendio que es del mundo y resumen abreviado de la Creación entera. Vegeta como las plantas, siente como los animales, piensa y quiere con las facultades que son atributo del alma racional. Ahora bien, señores: esa alma, ¿es el único principio vital de todas estas operaciones? ¿hay en cada hombre tres principios según la diversidad de ellas, como pretendió Platón, ó dos como aseguran los *vitalistas* de la escuela de Montpellier y han defendido en Alemania Baltzer y Günther? No es ociosa la cuestión, sino de la mayor importancia, por estar íntimamente enlazada con los dogmas de la fe, y así lo



declararon el Concilio Constantinopolitano IV (869)<sup>1</sup>; y Pío IX, en su célebre epístola al Obispo de Breslau (30 Abril, 1860)<sup>2</sup>.

Yo prescindo de muchas de las razones filosóficas que militan en favor de la unidad del principio vital en el hombre, y solo voy á exponer las más palpables, las que están al alcance de todo el mundo.

Es un hecho, y así lo hemos consignado, que existe una relación estrecha entre todas las facultades humanas en el desempeño de sus funciones respectivas, demostrando la perfecta solidaridad que las mantiene unidas, para que resulte de su unión la perfección del organismo. La tensión excesiva de cualquiera de ellas, repercute necesariamente en las demás y puede llegar á perjudicarlas, como acredita la experiencia<sup>3</sup>. Una meditación profunda nos absorbe de tal ma-

1 «Veteri et Novo Testamento unam animam rationalem et intellectualem habere hominem docente, et omnibus deo loquens patribus et magistris Ecclesie eandem opinionem asseverantibus.... Si quis autem contraria gerere presumpserit huic sancte et magne Synodo anathema sit, et a fide atque cultura Christianorum alienus.»

2 «Hanc sententiam, que unum in homine ponit vite principium, animam scilicet rationalem, a qua corpus quoque et motum et vitam omnem et sensum accipit, in Dei Ecclesia esse comunissimam; atque Doctoribus plerisque, et probatissimis quidem maxime, cum Ecclesie dogmate ita videri conjunctam, ut hujus sit legitima sola que vera interpretatio, nec proinde sine errore in Fide possit negari.»

3 «Una operatio anime, cum fuerit intensa impedit aliam; quod nullo modo contingeret, nisi principium actionum esset per essentiam unum.» *Summa Theol.* I. q. LXXVI, a. 3. c.

nera, que de nada de lo que á nuestro alrededor sucede nos damos cuenta. Arquímedes, cuando descubrió el teorema que inmortaliza su nombre, no se apercibió de que estaba desnudo, y como salió del baño, se entró voceando por las calles de Siracusa; el soldado herido en lo más recio de la pelea, no siente muchas veces el dolor hasta que vé manar la sangre de su herida; la alegría y el quebranto, si son extremados, pueden causar la muerte; la cólera y el miedo, el placer y la tristeza, influyen poderosamente en la circulación de la sangre y en sus órganos. «Mejor que nuestros modernos mecánicos, dice Bichat, conocían los antiguos las leyes de la economía animal, y creían que las afecciones melancólicas se disipaban con los humores malignos... Sus errores acerca de la *atrabilis*, demuestran la exactitud de sus observaciones, en lo que se refiere á las relaciones que existen entre el estado de los órganos y el estado del alma<sup>1</sup>.»

Sería de todo punto inexplicable tan íntimo consorcio, si no fuese uno é idéntico el principio en que radican todas las energías vitales, si el alma que piensa no fuese la misma que siente y vive, porque decir que estos hechos son efecto del *comercio* del alma con el cuerpo, es enunciar

1 *Recherches Physiologiques sur la vie et la mort.* I. partie, VI, p. 2.



el mismo fenómeno con palabras distintas, pero sin determinar su verdadera causa.

En nada se opone la diversidad de las funciones á la simplicidad del principio. El alma, simple por su esencia, es, sin embargo, múltiple por las potencias que de ella se derivan, como ramas salidas de un solo tronco. En los seres creados, las potencias fluyen de su esencia como la línea fluye del punto, y así como un solo punto puede ser el término de muchas líneas, sin que por eso su simplicidad se desnaturalice, así el alma es el principio único de diferentes facultades<sup>1</sup>. El alma, dice Santo Tomás, abunda en diversidad de facultades, por estar colocada en el límite que separa á las criaturas puramente espirituales de las corpóreas, resumiendo en sí misma las potestades de entrambas<sup>2</sup>... y del mismo modo que el tetragono está virtualmente contenido en el pentágono, las propiedades del principio vital de los animales y de los vegetales están contenidas en el alma humana<sup>3</sup>.

Si así no fuese, ¿cómo sentiríamos en nosotros la lucha de los encontrados apetitos, el rudo chocar de las pasiones que constantemente solicitan el consentimiento de la voluntad, nublando con

1. *Liberatore, Del Composto Umano*, 1830, cap. V, a. VI.

2. *Summa Theol.* I. q. LXXVII, a. 2.

3. *Ibid.* q. LXXXVI, a. 3.

sus vapores siniestros la luz de la inteligencia? No se vería el alma empujada por contrarios vientos, ni metida en las zozobras que amargan su existencia, y hoy la coronan con los laureles de la virtud y mañana la empujan á las profundas simas del vicio. Lucharían entre sí los enemigos principios, como querían los maniqueos, y no los apetitos, como nos acredita la experiencia.

Claramente se confirman estas enseñanzas de la razón, con las enseñanzas de la fe. *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, dijo Dios en el momento más solemne de la Creación, y *formó el Señor al varón del lodo de la tierra y sopló en su rostro espíritu de vida y le formó vivo y animado*<sup>1</sup>. Espíritu de vida, es decir, alma racional producida por operación divina é infundida en el barro inanimado, para ser el principio único de la vida humana en sus múltiples manifestaciones, y demostrar que si el hombre tenía de común con los animales y las plantas la materia de su cuerpo, por encima de todos había de sobresalir por la excelencia de su espíritu; y así como en la creación de los vegetales y de los animales, un solo acto creador organiza la materia y la vivifica, para darnos á conocer que su *alma*

1. Gen. II, 7.



quedaba sujeta á correr los riesgos de la materia, á nacer y perecer con el individuo, en la creación del hombre es la animación operación aparte, poniéndose así más de manifiesto la unidad del alma y su intrínseca independencia de la materia.

Hay, sin embargo, un hecho que parece difícil de conciliar con la doctrina que vamos exponiendo. Separada el alma del cuerpo por la muerte, se observan en el cadáver algunos fenómenos que parecen vitales: el movimiento vermicular de los intestinos, los latidos del corazón en casos de muerte violenta, y sobre todo, antes de que se manifieste la rigidez cadavérica, la contracción de los músculos por la aplicación de una corriente eléctrica y algunas veces por el simple contacto del aire. Si éstos movimientos son vitales, preciso es que haya quedado en el cuerpo un principio que los anime, principio evidentemente distinto del alma que ya ha desaparecido.

Sin necesidad de entrar en largas explicaciones fisiológicas, que no son de mi competencia, bueno es consignar lo que acerca de estos hechos enseñan acreditados maestros. Ante todo, la contractilidad muscular es una propiedad que no depende de la sensibilidad, puesto que la experiencia dice que persiste en los músculos, después de haber separado de ellos los nervios sensorios, con-

servando solo los motores ó automáticos. De donde se sigue que si en el cadáver permanece un principio distinto del alma racional, ese principio no es la causa de la sensibilidad, y en todo caso, sería el *alma* de la vida vegetativa <sup>1</sup>. Pero tampoco esta suposición es admisible. Bichat distingue dos clases de contractilidad: la animal y la orgánica. La primera procede de la acción espontánea del ser viviente y preside á las funciones de la locomoción, emisión de la voz, y en general á todos los movimientos voluntarios; la segunda es automática é inconsciente, y da lugar á los movimientos internos del organismo, y sigue verificándose aunque cese la primera. La contractilidad voluntaria exige la comunicación de los nervios motores con el sistema cerebro-espinal; para la automática, basta la comunicación directa de los nervios con el sistema ganglionar. Ahora bien, en toda contracción se han de considerar dos cosas: la facultad de contraerse, propia del músculo, mientras no se altere su contextura, y la causa que la determina, producto de la irradiación ner-

<sup>1</sup> Los fenómenos de *irritabilidad* y *contractilidad* que se observan en algunas plantas como los zoósporos de las algas, rubinia, mimosa púdica, etc., nunca deben confundirse con la *sensibilidad*, atributo exclusivo de los animales. Son condiciones indispensables de la sensibilidad, pues el tejido nervioso deja de ser impresionable cuando deja de ser excitable ó irritable.—Cf. las notables Conferencias del R. P. Antonio Vicent, S. J., publicadas en el *Boletín-Revista de la Juventud Católica de Valencia*, 1888.



viosa que obra sobre el músculo como estímulo fisiológico. La facultad de contraerse no es vital, puesto que depende de la estructura física del músculo, como no es vital la elasticidad en los cuerpos que la poseen. En cuanto á la causa que la determina, vital por sí misma, puede ser imitada por los agentes naturales que sean capaces de producir en el músculo una excitación semejante á la que producen los nervios, determinando movimientos puramente mecánicos, por lo mismo que proceden de una causa externa, como mecánicos son los movimientos de los cuerpos elásticos, aun cuando en ellos haya verdadera reacción del sujeto contra la causa<sup>1</sup>. No es, pues, necesario admitir un principio vital distinto del alma racional, para explicar los hechos que tienen lugar después de la muerte.

Expuestas las relaciones de la materia con el espíritu y la unidad del alma humana, réstanos averiguar qué clase de unión existe entre el alma y el cuerpo.

La Iglesia católica, al llegar á este punto, ha determinado perfectamente su doctrina, rechazando las opiniones que, pretendiendo explicar el hecho de la unión del alma con el cuerpo, más ó menos profundamente desnaturalizan la unidad

<sup>1</sup> Liberatore, obra cit. cap. VI, párr. 3.

personal del hombre, á quien convierten en una especie de Centauro. Platón, que tan alto concepto tuvo del alma, más comparable, según él, á la belleza eterna que á las cosas terrenales, hizo del cuerpo la prisión del alma, una especie de cadena que la tenía sujeta á la tierra en la cárcel donde los espíritus purgan los pecados en existencias anteriores cometidos. Descartes, restaurador del dualismo platónico, hizo del cuerpo un autómatas, fijó la esencia del hombre en el alma, y la del alma en el pensamiento, introduciendo en la Filosofía las ridículas cuestiones del *comercio del alma con el cuerpo*, como si se tratase de dos potencias extranjeras, y la del *sitio del alma*, como si el alma fuese un huésped alojado en el cerebro. Malebranche, con sus *causas ocasionales*; Leibnitz, con la *harmonía preestablecida*; Locke, con el *insflujo físico*; Cudworth, con el *mediador plástico*, y Kant, con la *conciencia del pensamiento*, por no citar otras opiniones, destruyeron la unidad del compuesto humano, y abrieron puerta franca á las negaciones radicales y reacciones violentas del moderno positivismo. Unos se refugiaron en las alturas de la humana naturaleza, y despreciaron la materia; otros buscaron en ella al único principio de nuestra actividad, y negaron el espíritu.

Á todos ellos opone la Iglesia las solemnes de-



finiciones de Viena <sup>1</sup> y de Letrán <sup>2</sup>, renovadas por Pio IX <sup>3</sup>, declarando: que el hombre es un solo ser, una sola persona, una sola naturaleza; una substancia compuesta de dos elementos unidos, pero no confundidos; distintos, pero no separados; que eso y no otra cosa quiere decir la Iglesia cuando declara que el alma es la *forma substancial* del cuerpo humano.

Rechazan los positivistas el tecnicismo filosófico de las escuelas antiguas, ellos que tan aficionados se muestran á introducir en todas las Ciencias inútiles neologismos; califican de bárbaras las *formas substanciales* <sup>4</sup>, y de *acrobatismo escolástico* las demostraciones de la Psicología cristiana, sin tener en cuenta que debajo de esas fórmulas, cuasi matemáticas, se encierra una doctrina

1 « Doctrinam omnem, seu positionem temere asserentem, aut verentem in dubium, quod substantia anime rationalis, seu intellectivæ, vere ac per se humani corporis non sit forma, velut erroneam ac veritati catholice inimicam fidei, prædicto sacro approbante concilio reprobamus... »

2 « Hoc sacro approbante concilio damnamus et reprobamus omnes asserentes animam intellectivam mortalem esse, aut unicam in cunctis hominibus, et hæc in dubium vertentes: cum illa non solum vere, per se et essentialiter humani corporis forma existat, sicut in canone fel. rec. Clementis Papæ V., prædecessoris nostri in generali Viennensi Concilio edito continetur... »

3 « Noscimus iisdem libris (las obras de Günther) lædi catholicam sententiam ac doctrinam de homine, qui corpore et anima ita absolvitur, ut anima eaque rationalis, sit vera, per se, atque immediata corporis forma. — Letras Apostólicas al Card. Geissel, Arzobispo de Colonia, 1857. »

4 Parece que de algún tiempo á esta parte, el nombre de formas substanciales repugna á ciertas gentes y hasta se avergüenzan de nombrarlas. Quizá en esto influye más la *moda* que la *razón*. Leibnitz.

profundísima, y á la que nunca aventajarán sus raciocinios superficiales. Y si álguien quiere darse cuenta de lo que es la humana naturaleza, analizar sus elementos y estudiar las intrínsecas é inmediatas relaciones que los unen; si pretende conocer por qué siendo específicamente diversos el alma y el cuerpo, en unidad de naturaleza y de persona constituyen al hombre, forzoso le será, como le sucedió á Leibnitz <sup>1</sup>, recurrir á lo que no por ser antiguo deja de ser bueno. Este es, según el testimonio de Frédault, laureado discípulo de los hospitales de París, el único camino para llegar al conocimiento del hombre <sup>2</sup>, y porque la indiscutible competencia de maestro tan versado en las Ciencias antropológicas, dará mayor fuerza á sus razones, y quitará toda sospecha de obscuridad metafísica á sus testimonios, á él recorro para explicar los alcances de la doctrina tan solemnemente enseñada por la Iglesia.

« Del mismo modo, dice, que el escultor para labrar una estatua emplea la madera, la piedra, la cera ó el metal, y les dá la forma ó figura conveniente, así los vegetales resultan de la agregación de las substancias elementales y de la forma vegetativa que les comunica su actividad. Igualmente los animales resultan de la agregación de

1 *Opera philosophica*, p. I, p. 124.

2 *Physiologie générale*, Paris, 1863, p. 121.



los elementos bajo la potencia de una forma animal; y el hombre, de la reunión de los elementos bajo la actuación de una forma humana. Los cuerpos inanimados resultan á su vez de una materia informe actuada por un principio formal, de tal manera, que todo ser ú objeto de este mundo, es un compuesto natural de materia y forma.

» De estos dos elementos componentes, solo la forma es activa, teniendo la materia la simple capacidad de recibirla. Así, la madera, la piedra, la cera y el metal de que se fabrica la estatua, nada son de por sí con relación á ella, pues pudieron no formar parte suya, y esta á su vez indiferentemente pudo fabricarse con la una ó la otra de aquellas materias. Lo que constituye á la estatua, es la *forma* que el estatuario da á los elementos materiales, los cuales solo tenían la posibilidad de llegar á ser estatua.

» Lo mismo sucede en los seres vivientes. El carbono, el ázoe, el oxígeno, el hidrógeno y los elementos térreos ó minerales de que se componen, nada tienen en sí mismos de cuerpo viviente, si no es la posibilidad de serlo. Cierta es que la Química los encuentra cuando descompone un vegetal ó el cuerpo de un animal ó de un hombre, y tiene razón cuando dice que aquellos eran componentes suyos; pero no es menos cierto que no forman parte necesaria de uno de estos cuerpos

organizados, pues pudieran haber compuesto un cuerpo mineral, y nada tienen de por sí de cuerpo organizado, sino la posibilidad de serlo. En todos los cuerpos vivientes se encuentran, con poca diferencia, los mismos elementos, distinguiéndose los unos de los otros por razón de su *forma*. En la estatua, es la forma una simple figura sin ninguna actividad, porque la estatua ni está animada, ni vive, ni obra, y la materia de que está formada puede descomponerse; en los cuerpos creados, por el contrario, la forma es activa... y se puede decir que esta forma es la que les da el ser, como la figura hace la estatua, pues el embrión en sus comienzos, es una pequeña masa que poco á poco se desenvuelve, adquiriendo los elementos que combina, da forma á los órganos y á los tejidos y á todo el ser que se completa y vive á medida que la forma se desarrolla... El hombre, pues, como los demás seres vivientes del mundo, es un compuesto natural de una *forma activa*, que es el alma, y de los elementos materiales que componen el cuerpo<sup>1</sup>. »

El alma racional es, pues, el principio único de toda la actividad humana; ella es quien comunica al cuerpo la vida y el movimiento, y unida á

<sup>1</sup> Obra cit. p. 129-130 — Cf. Sto. Tomás, *Summa Theol.* I. q. LXXVI, a. 1; *Contra Gentes*, lib. II, cap. LXX, y para el completo desarrollo de esta doctrina: Liberatore, *Del Composto Umano*.



él en estrechísimo himeneo, constituyen ambos la naturaleza y la personalidad del hombre, cuya conciencia, de una manera singular é indivisible, atribuye siempre á un solo sujeto, á un solo *yo*, las operaciones de la sensibilidad y de la inteligencia, las afecciones orgánicas y los actos de la voluntad, dándonos, con su elocuente testimonio, una prueba experimental, patente y clara de la unión substancial de la materia y el espíritu, del alma y el cuerpo.

De esta doctrina se sigue, como consecuencia necesaria la presencia del alma, toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes, pues siendo, como hemos visto, el principio único de su vida y de todas sus operaciones, allí debe estar donde la vida se manifiesta, y debe estar toda por ser espiritual y por lo mismo indivisible. El cuerpo vive por el alma, y más bien el alma contiene al cuerpo, que el cuerpo al alma. Si en algunos órganos, como el corazón y el cerebro, es mayor y más excelente la operación vital, no hay inconveniente en decir que en ellos reside el alma de un modo principal, *quoad virtutem*, en cuanto son los instrumentos principales de su actividad y de su poder.

Misterio insoluble llamaba San Agustín á la unión del alma con el cuerpo<sup>1</sup>, y aún lo tuvo por

<sup>1</sup> *De Civitate Dei*, lib. 21, cap. 10.

más impenetrable y obscuro que la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana, en la persona de Cristo<sup>1</sup>. Sabemos qué clase de unión es la que existe, pero no acertamos á comprender cómo esa unión se verifica, y la Filosofía enmudece ante los arcanos que la sabiduría de Dios encerró en el hombre, como enmudece la Química ante los misterios de las combinaciones de la materia: ha pesado con exactitud matemática las substancias elementales de los cuerpos; conoce sus cualidades, las junta y las separa; pero si la preguntáis cómo el oxígeno y el hidrógeno, con ser afines, se unen para formar el agua, y por qué un ácido puesto en presencia de una base, produce una sal, os responderá, que no tiene necesidad de averiguarlo, bastándole conocer las leyes con arreglo á las cuales esas combinaciones se verifican.

Busquemos, pues, en nuestro propio conocimiento un motivo poderoso para levantarnos al conocimiento de Dios, quien si en toda la Creación dejó estampadas las huellas de su omnipotencia, en ninguna otra criatura terrenal quiso grabar su imagen y semejanza, como en el hombre dotado de razón. Atiendan á la materia y al espíritu, y nunca echen en olvido sus relaciones

<sup>1</sup> Epist. 137 ad Volusianum.



intimas, los que en la sociedad ejercen la alta misión de velar por sus intereses, juzgando de la bondad ó malicia de los actos humanos; los médicos del alma y los médicos del cuerpo; los que en virtud de las obligaciones que lleva consigo la paternidad, enderezan los pasos del niño por los caminos del deber y de la virtud; y si queremos conseguir el ideal de nuestro perfeccionamiento, preciso es que el alma empuñe el cetro de nuestra vida; que dominadas las pasiones, obedezcan á la razón, y la razón, convencida de su natural dependencia, voluntariamente se someta á las disposiciones de Dios.

## CONFERENCIA QUINTA

### LA LIBERTAD Y EL DETERMINISMO

Deus ab initio constituit hominem, et reliquit illum in manu consilii sui.

EccL. XV, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



intimas, los que en la sociedad ejercen la alta misión de velar por sus intereses, juzgando de la bondad ó malicia de los actos humanos; los médicos del alma y los médicos del cuerpo; los que en virtud de las obligaciones que lleva consigo la paternidad, enderezan los pasos del niño por los caminos del deber y de la virtud; y si queremos conseguir el ideal de nuestro perfeccionamiento, preciso es que el alma empuñe el cetro de nuestra vida; que dominadas las pasiones, obedezcan á la razón, y la razón, convencida de su natural dependencia, voluntariamente se someta á las disposiciones de Dios.

## CONFERENCIA QUINTA

### LA LIBERTAD Y EL DETERMINISMO

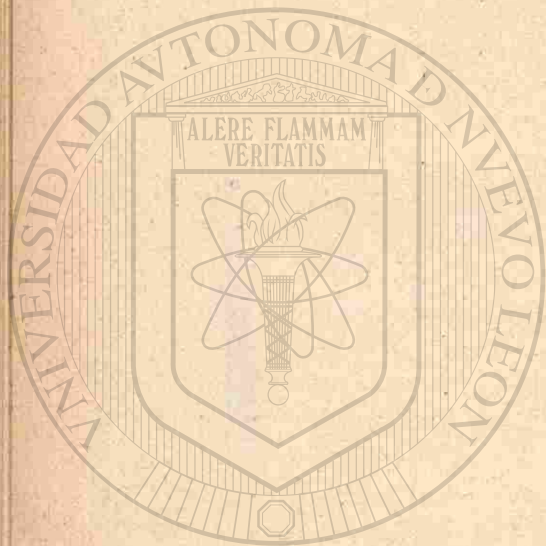
Deus ab initio constituit hominem, et reliquit illum in manu consilii sui.

EccL. XV, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## LA LIBERTAD Y EL DETERMINISMO

EXCMO. é ILMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

Advertidamente y con propósito deliberado, al demostrar la espiritualidad del alma humana, pasé por alto las convincentes razones que en el ejercicio libérrimo de nuestra propia voluntad se fundan, porque es esta una cuestión que reclama estudio más detenido que el que entonces podía hacerse, y no me pareció conveniente admitir como postulado necesario lo que hoy con tanta rudeza se discute y da lugar á tan transcendentales teorías.

<sup>1</sup> El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos.



Por extraño que parezca, el siglo de la libertad ha visto renacer los viejos errores fatalistas, surgir del seno de una escuela incipiente y mal segura la negación radical del libre albedrío, y los que tanto se glorian de haber roto las cadenas que en tiempos añejos aprisionaron á la razón humana en no sé qué degradante esclavitud, no se han avergonzado de echar sobre sus cabezas la infamante coyunda del determinismo.

Nunca se detuvo el error en sus caminos, ni fué posible que el humano pensamiento, partiendo de principios falsos, dejase de rodar de consecuencia en consecuencia, hasta los absurdos más flagrantes, que si la ley de la gravedad empuja con acción irresistible á todos los cuerpos hacia el centro de la tierra, la ley no menos incontrastable de la lógica, arrastra á los entendimientos extraviados hacia el fatal reposo del universal escepticismo; y era lógico que, desconocida la naturaleza del hombre, se desconociesen también las facultades que de ella se derivan, y que, negada la realidad específica del alma, se negasen los fenómenos que sin ella resultan inexplicables. Este partido tuvo que adoptar el materialismo en presencia de la libertad moral, facultad de todo punto irreducible, y absurda en cualquiera de los sistemas anticristianos que pretenden dar razón de nuestro esencial constitutivo, porque si es el

hombre parte integrante de la divinidad, como quieren los panteistas, ó un puro engendro de la naturaleza, exclusivamente compuesto de átomos en vibración, como aseguran los materialistas, seguirá en el primer caso la evolución fatal de la substancia única, y será en el segundo una máquina complicada, pero enteramente sujeta á las leyes matemáticas de la materia cósmica.

El islamismo no encontró manera de conciliar el libre albedrío con la predestinación eterna de las almas, y vió escritas por Alá en sus inmutables decretos, todas las vicisitudes del género humano, aherrojado con las prisiones del fatalismo que esterilizó las energías de los hijos del Profeta. Lutero hizo del pecado original el arma homicida de la libertad, y apoyándose en sofismas teológicos é interpretando torcidamente las Sagradas Escrituras, aseguró que el libre albedrío es una ilusión, una novedad introducida por Satanás en la Iglesia; y si los protestantes no hubiesen sido mejores que el protestantismo, la Europa septentrional, alistada bajo las banderas del fraile renegado de Eisleben, se hubiese adormecido en los sueños voluptuosos del fatalismo musulmán.

Hoy vuelven á estar en boga, pero con tendencias más radicales, las antiguas negaciones; levantan de nuevo su cabeza las vencidas herejías, y, vistiéndose con los ropales de bisonas



Ciencias, á todas partes llevan perturbaciones lamentables. Los corifeos del positivismo repiten las palabras de Lutero, que, según ellos, resumen admirablemente los progresos de la Ciencia<sup>1</sup>; afirman que la dura ley de la necesidad es la ley del linaje humano; que el bien y el mal no existen en sus clásicas acepciones; que la virtud y el vicio son dos productos como el azúcar y el vitriolo<sup>2</sup>; que el genio es una neurosis y la santidad un erotismo, el crimen una enfermedad, y el criminal un loco<sup>3</sup>; que la sociedad guarda en su seno el germen de todos los delitos que se cometen, que ella es quien los prepara, y el delincuente el instrumento ciego que los ejecuta<sup>4</sup>; que la civilización es la resultante de la raza, del medio ambiente y del momento histórico; que el mundo es una gerarquía de necesidades, un mecanismo universal, sostenido por una fuerza avasalladora que hunde sus tenazas de acero en el corazón de todos los vivientes.

¿Qué debemos hacer, señores, en presencia de semejantes blasfemias, para vengar esas ofensas de lesa humanidad? Si se tratase solamente de una verdad enseñada por la fe y atestiguada por

1 Herzen, obra cit. p. 172.

2 Littré.

3 Lombroso.

4 A. Quételet, *Physique social*.

la tradición, yo abriría las páginas de los libros santos, para leer en todas ellas la confirmación de la libertad; hojearía los volúmenes de la Patrología y las actas de los Concilios, las exhortaciones pastorales de los Obispos, y las Encíclicas de los Papas; consultaría con los historiadores y con los sabios de todos los pueblos y de todas las edades, y concluiría diciendo con San Agustín: Esta libertad cantan los pastores en las selvas y los poetas en los teatros; en sus conversaciones los indoctos y en sus bibliotecas los sabios; los maestros en sus cátedras y los Obispos en sus templos, y en todo el mundo el linaje humano<sup>1</sup>. Pero se trata de un hecho que se impone á todas las negaciones y á todos los sofismas, de un hecho experimental, atestiguado por la conciencia con voces tan elocuentes, que los mismos que lo niegan, con su conducta lo afirman, y porque la libertad es un hecho, basta comprobar su existencia para dejarla suficientemente vindicada de todos sus adversarios.

¿Somos efectivamente libres? Y si lo somos, ¿en qué condiciones ejercitamos nuestra libertad? Ocioso sería encarecer la gravedad y la importancia de estas cuestiones, que hoy reclaman la atención y el concurso de todos los hombres sé-

1 *De duab. anim.*



riamente interesados en la defensa de los principios fundamentales del orden moral.

Si el hombre al venir al mundo no tuviese otro destino que la satisfacción de sus brutales apetitos; si fuese tan vil su condición, y tan limitadas sus aspiraciones como el horizonte sensible que puede abarcar con sus miradas, bastante tendría con la libertad natural de que goza el león en el desierto y el pájaro en el aire; empujado por la fuerza imperiosa del instinto, ciegamente correría en busca del objeto que regala sus pasiones, y solo una fuerza mayor podría detenerle en su carrera.

Pero el hombre es un ser inteligente y un ser moral. Busca con su razón la verdad, y apetece con su voluntad el bien, y necesita, para el recto cumplimiento de su fin, una libertad de más levantados quilates que la puramente física, una fuerza que le haga dueño de sus actos, un poder que si le impone tremendas responsabilidades, también le hace acreedor á las más justas recompensas, nota característica que abre entre él y los animales infranqueables abismos.

El hombre busca con su razón la verdad, la busca dentro de sí mismo, y en la naturaleza que le rodea; interroga su conciencia y rectifica las

apreciaciones de sus sentidos; impone á su cuerpo privaciones y vigiliias, arrostra toda suerte de penalidades y sacrificios, nada le detiene en esas árduas peregrinaciones del pensamiento que persigue con afán el objeto adecuado de sus naturales ansias, porque todo eso y más compensan las inefables complacencias que experimenta el alma cuando descubre la verdad, y el gozo que inunda el corazón cuando vé satisfechas sus nobilísimas aspiraciones. ¿Qué lengua será capaz de publicar lo que en nuestro interior sucede, el día venturoso en que se rasgan los velos que nos encubrían la verdad, y la vemos aparecer ante nosotros coronada de fulgentísimos resplandores?

El conocimiento de la verdad, por grandes que sean sus dulzuras, no basta para llenar las soledades de nuestra alma, ni deja del todo satisfechas las necesidades más íntimas de nuestra insaciable naturaleza; somos navegantes en los mares procelosos de la vida, y no nos basta contemplar en las anchuras de un cielo despejado la estrella polar que endereza nuestro rumbo; es preciso que, empuñando el timón con mano firme, hagamos frente á las tempestades, y sorteando escollos y bajíos, boguemos en demanda de esas playas afortunadas donde la felicidad levantó su templo; es preciso que á las indicaciones de la inteligencia respondan los esfuerzos de la vo-



luntad, y el conocimiento de la verdad engendre en nosotros el deseo del bien.

Si la verdad se nos manifestase siempre; si pudiésemos verla en toda su limpidez y nunca la empañasen los celajes del error; si en las cosas contingentes y mudables sobre que versan nuestros juicios, no existiese contradicción alguna, irresistiblemente la inteligencia descansaría en la posesión de ese conocimiento absoluto y claro en que se cifra su propia perfección, como necesariamente la voluntad apetece el bien, considerado de una manera universal, y en su acepción genérica<sup>1</sup>.

Mas la experiencia nos enseña que no es esa la condición de nuestra naturaleza; que la inquisición de la verdad es un trabajo lento, elaboración penosa que blanquea antes de tiempo los cabellos del hombre consagrado á sus tareas; que muchas veces, seducidos por fugaces espejismos, pensamos haber encontrado el agua que apagará nuestra sed, y tenemos que sufrir las amargas decepciones de nuestro juicio equivocado; que si sabemos adonde vamos, delante de nosotros abre el pensamiento innumerables caminos, seducto-

<sup>1</sup> \*Necesse est, quod sicut intellectus ex necessitate inhæret primis principiis; ita voluntas inhæreat ultimo fini qui est beatitudo. Finis se habet in operativis, sicut principium in speculativis.\* — S. Thom. *Sum. Theol.* I. q. LXXXII, a. 1.

res y halagüeños unos, ásperos y enriscados otros, ninguno de ellos necesario, porque en todos encontramos algún motivo que nos solicita y nos atrae, y puestos en la alternativa de escoger y decidírnos, inmóviles quedaríamos en esas encrucijadas de la vida, si no hubiese en nosotros una fuerza que, rompiendo las vacilaciones de la razón, nos permitiese entrar por el camino que bien nos pareció. Esa fuerza, señores, es la libertad moral, el libre albedrío, la voluntad misma, en cuanto tiene al obrar la facultad de elegir<sup>2</sup>; fuerza que tiene en la razón sus más hondas raíces<sup>3</sup>, poder que afirma la unidad substancial de nuestra naturaleza, por ser la inteligencia y la voluntad dos facultades que residen en el mismo sujeto, en el alma racional.

Así nos presenta á la humanidad la Historia, y eso nos asegura la conciencia, cuando nos dice que podemos querer ó no querer, elegir entre varios medios ó no elegir ninguno, exigiéndonos en consecuencia la responsabilidad de nuestros actos. Ved, si no, por cuán encontrados rumbos pre-

<sup>2</sup> \*Voluntas et liberum arbitrium non sunt due potentie, sed una.\* — *Sum. Theol.* I, q. LXXXIII, a. 6. — La libertad es propia de los que participan de inteligencia y razón, y mirada en sí misma, no es otra cosa sino la facultad de elegir lo conveniente á nuestro propósito, ya que solo es señor de sus actos el que tiene facultad de elegir una cosa entre muchas. — León XIII, Enciclica *Libertas*.

<sup>3</sup> \*Necesse est quod homo sit liberii arbitri ex hoc ipso quod rationalis est.\* — *Summa Theol.* I, q. LXXXIII, a. 1.



tenden los hombres llegar á la consecución de sus ideales, y cómo siendo en el fondo unas mismas las aspiraciones de todos, lejos de buscarlas siguiendo la misma ruta, forman en opuestos bandos, se valen de la persuasión y de los halagos para ganar gentes á su partido, y donde no bastan las promesas, se emplea la astucia y se echa mano de la fuerza, para dominar ese poder incontrastable que, si se empeña en negaros su asentimiento, en vano os obstinaréis en quebrantarlo encadenándolo con las más duras prisiones, pues refugiada la libertad en su inviolable santuario, allí levantará la voz de su protesta para condenar á los opresores y á los tiranos.

Suprimid la libertad, y convertiréis en fábula la Historia, no sabréis explicar por qué los héroes quisieron mejor morir, que ver á sus banderas deshonradas; por qué los pueblos reivindicaron, con las armas en la mano, sus derechos ultrajados, y, defendiendo la independencia nacional, sucumbieron en gloriosas hecatombes por no ser esclavos de dominaciones extranjeras; por qué los santos entraron en batalla con sus pasiones, prefirieron á la vida regalada con que les convidaba el mundo, los ásperos senderos de la penitencia, y, espantando á la naturaleza con la magnitud de sus sacrificios, voluntariamente entregaron sus

cuerpos á los tormentos y á la muerte, antes que renegar de sus creencias.

Suprimid la libertad, haced del hombre un mecanismo fatalmente gobernado por las leyes cósmicas, y no tendrán razón de ser los esfuerzos hechos por la Religión para llevar la luz del Evangelio á todos los confines de la tierra, y amansar la fiera de los pueblos salvajes con las predicaciones de una ley moral, que ordena los dictámenes de la razón y fortifica con sus sanciones las flaquezas de la voluntad, predicaciones que serían en este caso tan ridículas como las de aquel que pretendiese recomendar la mansedumbre á los tigres de Bengala. Las mismas religiones fatalistas, no han sido capaces de destruir el sentimiento de la libertad en la conciencia individual y en la vida práctica de los pueblos á ellas sometidos, y han desmentido con sus disposiciones y con sus preceptos los principios especulativos en que se fundan, pues es tal la vitalidad de este sentimiento que de nuestra libertad tenemos, y tan privilegiados los acentos con que la voz interior del alma acredita su existencia, que tanto valdría negar su realidad y suponer que todo es ilusión, como abrir la puerta al escepticismo más absoluto<sup>1</sup>.

1. \*Es rigurosamente cierto que los actos interiores de que yo tengo conciencia, como libres, se diferencian de todos los demás por una con-



Si la conciencia psicológica nos revela la existencia de la libertad, la conciencia moral con sus acusaciones y con sus aplausos, nos dice hasta qué punto somos dueños de nuestros actos. El cumplimiento del deber encuentra en ella su primera y más apreciable recompensa, y el quebrantamiento de la ley el primer fiscal que lo denuncia. *Busquen otros la gloria*, dice San Pablo, *en las vanas apariencias de que fácilmente se deja llevar la ligereza del espíritu; nuestra gloria consiste en el testimonio de nuestra conciencia*<sup>1</sup>. Los abusos de la libertad, las acciones perversas, en ese tribunal insobornable reciben su sanción y su castigo, y es algunas veces tan terrible la voz del remordimiento, que, saltando por encima de los instintos naturales, voluntariamente se entrega el criminal á la justicia humana, y confiesa su delito, pensando que así se descarga de un peso que le oprime. Y, notad, señores, cuán distinta es la pesadumbre que embarga nuestro ánimo, cuando sin quererlo hemos ocasionado un perjuicio ó hemos sido involuntariamente causa de una desgracia, y cuando con plena deliberación y advertidamente hemos cometido una culpa; cómo en el

ciencia más distinta, más reflexiva y más viva, porque en ellos me poseo y á mi mismo me dirijo. En otros actos interiores me reconozco como sujeto, en los actos libres como causa.\* — A. de Margerie, *Le libre arbitre*. *Congres scientifique des catholiques*. Paris, 1897, section III, p. 73.

<sup>1</sup> II ad Cor. I, 72.

primer caso, con la frente serena, nos compadecemos del perjudicado y procuramos subsanar con nuestros cuidados las aflicciones que padece, y cómo en el segundo nos avergonzamos de nosotros mismos, y procuramos esconder nuestra derrota en los repliegues más hondos de la conciencia, creyendo que así ahogaremos esa voz que nos acusa con una obstinación que no son capaces de aplacar más que el arrepentimiento y el perdón.

Ahora bien, señores: si no somos libres, ni podemos modificar el curso fatal de nuestra vida; si no somos dueños de nuestros actos, nadie podrá exigirnos la responsabilidad de ellos; la conciencia que nos reprende cuando obramos mal, será el más intolerable de los sarcasmos; las leyes con que la sociedad y la Religión ordenan nuestra conducta, irritantes arbitrariedades; la justicia que condena al delincuente, verdugo sin entrañas; los tribunales y la magistratura, farsa de teatro; los premios que se conceden á la honradez, y los laureles con que se corona la virtud, odiosas preferencias y distinciones injustificadas; ninguna diferencia habrá entre el salteador de caminos y el animal que vive de la rapiña; el bien y el mal desaparecerán, para ser reemplazados, en los cánones de la moral determinista, por el más grosero *utilitarismo*; la fuerza sustituirá



al derecho, y la humanidad, abandonada á sus naturales instintos, sueltas las riendas del deber, acabará por despeñarse en la profunda sima de la degradación y del vicio.

No retroceden los modernos positivistas ante consecuencias tan absurdas; ellos han dicho que su doctrina puede conducir á resultados contrarios á la razón, y así parecen empeñados en probarlo con sus teorías fatalistas, y pesa tanto en favor de la libertad el testimonio de la conciencia, que con todas sus fuerzas lo rechazan calificándolo de ilusorio.

La conciencia, según ellos, rota la tela de araña en que la envolvió el escolasticismo, se pronuncia en contra de la libertad y en favor de la necesidad<sup>1</sup>; esa libertad de que tanto se glorían los hombres, no es otra cosa que el conocimiento que tenemos de nuestros apetitos y la ignorancia de las causas que los determinan<sup>2</sup>; la conciencia de la libertad es imposible, porque solo juzga de los fenómenos actuales y no de los posibles y futuros<sup>3</sup>; un individuo puede sentirse libre, y sin embargo no serlo, como se ha demostrado en los actos realizados bajo la influencia de la sugestión hipnótica<sup>4</sup>.

1 Herzen, obra cit. p. 167.

2 Spinoza, *ibid.*, p. 180.

3 Stuart Mill, *Philosophie de Hamilton*.

4 Beaunis, *Le somnambulisme provoqué*.

Preciso es estar soñando con los ojos abiertos para negar con tan vanos sofismas, lo que sin necesidad de preguntarlo á nadie, á todas horas podemos experimentar en nosotros mismos, y pocos esfuerzos se necesitan para desvanecer victoriosamente las fútiles razones con que se intenta destruir un hecho tan universal y tan constante. No son lo mismo las decisiones de la voluntad que los apetitos de las pasiones, porque precisamente la voluntad, cuando se decide, en sus resoluciones más enérgicas, lucha contra los apetitos y tiene que vencerlos para no ser por ellos arrastrada; en nombre del deber impone silencio á las concupiscencias de la carne, y experimentalmente se reconoce como verdadera causa de sus actos. Tampoco es la voluntad una potencia inactiva, ó tan perezosa que solo despierte de su sueño en el momento preciso de ejecutar los actos que reclaman su intervención y su fuerza; las acciones voluntarias, en el análisis que de ellas hace la conciencia, exigen de la voluntad, antes de ser ejecutadas, una serie de operaciones que vienen á ser como la preparación de la acción final, del acto libre; los diferentes medios que pueden conducirnos al resultado que intentamos conseguir, solicitan nuestro consentimiento; oponemos á su fuerza de atracción nuestra fuerza de resistencia, y en esa lucha conocemos la superioridad de nues-



tro poder sobre el suyo, adquirimos el convencimiento de nuestra independencia, la conciencia de nuestra libertad. En cuanto á los actos ejecutados bajo la influencia de la sugestión hipnótica, en ese estado que Beaunis, llama, por llamarlo de algún modo, *vigilia sonambulica*, claro está que no pueden servir de fundamento para calificar de ilusoria la conciencia de la libertad, por que ese estado, al decir del citado autor, « es un estado particular y especial en el cual la inervación cerebral está profundamente modificada; un estado anormal, morboso, artificialmente automático y privado de la conciencia que puede servir de testigo en la cuestión de la libertad <sup>1</sup>. »

Kant, el padre del determinismo abstracto, aseguraba bajo su responsabilidad, que si pudiésemos penetrar profundamente la manera de pensar de cada hombre, y nos fueran conocidos todos los resortes y circunstancias que influyen sobre él, podríamos calcular los actos de su vida con la misma exactitud con que un astrónomo calcula los eclipses de sol ó de luna <sup>2</sup>.

El concepto positivo y real, añade Herzen, que debe reemplazar al concepto ilusorio de la liber-

<sup>1</sup> Para completar con más amplias noticias las objeciones con que se pretende invalidar el testimonio de la conciencia, véase la Memoria de A. de Margerie, sobre *El libre albedrío*. Congreso científico de París, 1891.

<sup>2</sup> Cit. por Herzen, p. 182.

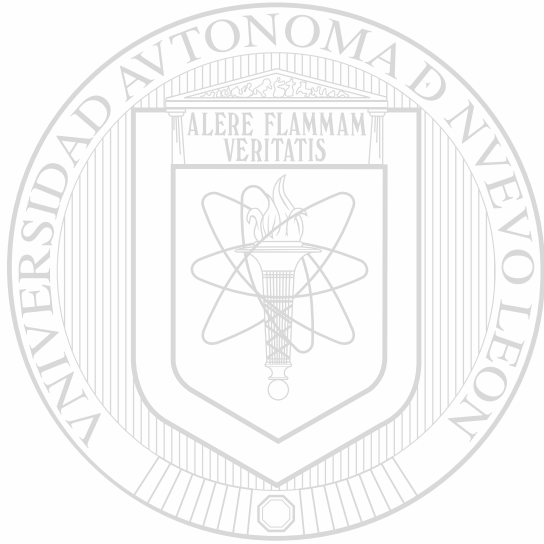
tad, es el de la individualidad; el individuo es libre de hacer lo que quiera, cuando la ejecución de su voluntad no encuentra ningún obstáculo, pero no es libre de querer lo que quiere, porque todas sus voliciones son producto de su organización física y psíquica, en parte heredada y en parte elaborada por las circunstancias en medio de las cuales se ha desarrollado y se encuentra actualmente <sup>1</sup>.

El argumento principal, la razón científica con que pretenden apoyar los modernos fatalistas estas afirmaciones, que tan directamente se oponen al hecho constante y universalmente reconocido de la libertad moral, se funda en una de las conquistas más gloriosas de nuestro siglo, en la ley de la *conservación de la energía* <sup>2</sup>. Esta ley, matemáticamente demostrada, es incompatible con la acción libre del hombre, que supone en él la facultad maravillosa de *crear* fuerzas y movimientos que antes no existían en el sistema universal, y que desde el momento en que aparece-

<sup>1</sup> Herzen, obra cit. p. 158.

<sup>2</sup> Según esta ley, todo sistema sometido exclusivamente á la mútua influencia de sus elementos, conserva invariablemente la suma total de sus energías: fuerza viva, trabajo mecánico, modificaciones térmicas ó eléctricas, disposición de sus diferentes puntos, cualquiera que sea el tiempo considerado, de tal manera que si disminuye la cantidad de energía en una de las cuatro formas indicadas, aumentará exactamente en la misma cantidad la de las otras tres. — Balfour Stewart, *La conservación de l'énergie*.





# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sin necesidad de aplazar nosotros la solución en el caso concreto que examinamos, podemos desde luego asegurar, sin temor á que nadie nos desmienta, que no autoriza la Mecánica á la Fisiología, para interpretar con arreglo á sus principios los fenómenos de la vida, ni mucho menos las operaciones del alma; la voluntad libre es una fuerza espiritual, y nada tienen que ver con ella las leyes de la Dinámica. Como asegura Rabier, la ley de la *conservación de la energía*, ha sido demostrada en un orden abstracto, en un sistema que se supone cerrado y compuesto de elementos que se suponen inertes, y deja intacta la cuestión de saber si el mundo real es un sistema cerrado, y los seres vivientes motores inertes; ha comprobado la Mecánica racional, esa ley en los dominios de la Física y de la Química; con cuerpos á quienes nadie ha soñado en atribuirles libertad... sin que haya medio de probar que la voluntad no es creadora de ciertos movimientos.

El determinismo comienza por suponer como principio lo que debía ser la consecuencia, y mientras no pruebe que la vida y el alma son el resultado de las fuerzas de la materia cósmica, que los fenómenos psíquicos y los fenómenos físicos son idénticos, que nada hay en el mundo sino materia y movimiento, no tendrá ningún derecho para negar en nombre de la Ciencia la libertad.

ni tendrán sus hipótesis, contradichas por la experiencia, ningún valor científico.

Además, señores, aun suponiendo lo que el determinismo afirma de la aplicación de las leyes mecánicas á la Biología, quedaría intacta la libertad, la determinación de la voluntad por la voluntad misma. La conservación de la energía, como ha dicho Helmholtz, supone una suma constante de fuerzas vivas y de energías potenciales. Ahora bien: la transformación de la energía potencial en trabajo mecánico, puede verificarse en momentos diferentes, con solución de continuidad, en razón á la indiferencia dinámica del tiempo; así, una bujía que encierra una cantidad determinada de poder lumínico, se enciende ó se apaga en tiempos diferentes, sin que por eso se alteren las leyes del Universo. Lo que decimos del tiempo, podemos decirlo también del espacio: los movimientos pueden cambiar de dirección, conservándose invariable la cantidad de energía; así, avanza ó retrocede una locomóvil, á voluntad del maquinista que la dirige. El espacio es, dinámicamente considerado, tan indiferente como el tiempo<sup>1</sup>.

Apliquemos estas consideraciones al cuerpo humano: supongamos que el organismo desempe-

1 Naville, Obra cit. p. 239.



ña un papel semejante al del volante de una máquina de vapor; es decir, que almacena la energía y la conserva, y que todos sus movimientos, externos ó internos, son transformaciones de los movimientos moleculares; siempre nos quedará la libertad de actualizarlos cuando bien nos parezca, y de cambiar su dirección en la forma que nos convenga. No crearemos fuerzas nuevas, como suponen los deterministas, pero dispondremos de las que tenemos para el bien ó para el mal, y seremos responsables de su empleo; el mismo esfuerzo muscular puede necesitarse para practicar una obra de caridad que para cometer un crimen. Admitiendo que todo en el cuerpo humano está sometido al determinismo fisiológico, basta para que el postulado de la moral permanezca intacto, que exista un elemento libre en la parte directiva de los fenómenos. Así lo ha declarado Claudio Bernard<sup>1</sup>.

¿Qué decir, señores, de las teorías evolucionistas que pretenden explicar por el determinismo la marcha de la humanidad en la Historia? Nadie las desacredita tanto como sus mismos defensores, empeñados en reducir á los estrechos cánones de las Ciencias matemáticas, las pasiones del corazón humano, el levantamiento y la caída

<sup>1</sup> *Rapport sur le progrès et la marche de la Physiologie generale*, p. 233.

de los imperios, el choque de las ideas y las grandes manifestaciones de la virtud y del ingenio. Así, Lombroso, en la última producción que ha salido de su pluma, quiere darnos razón de nuestra actual decadencia, y con el mayor aplomo dice: « España, que, por la mezcla de las razas y por las influencias del clima, debía ser un país evolutivo y revolucionario, por lo menos tanto como Italia y como Francia, perdió todo su empuje después que la Inquisición destruyó las mejores inteligencias, y solo dejó con vida á los pobres de espíritu<sup>1</sup>. » De este modo tan grosero se falsea la Historia, y esta es la algarabía científica con que se quiere reformar el mundo.

Es tan importante y de tanta transcendencia la doctrina católica acerca de la libertad, tantas las cuestiones con ella relacionadas, y tan vivo el interés con que hoy se estudian y se discuten, que inútilmente me esforzaría yo en querer encerrarlas todas en los estrechos límites á que por fuerza he de ajustarme, para no abusar más tiempo de la atención con que me estáis escuchando. Admirable compendio de esa doctrina es la Encíclica *Libertas*, del inmortal Pontífice León XIII, por propios y extraños reconocido como la gran lumbrera del siglo XIX, y como el primer defensor de

<sup>1</sup> *Nouvelles recherches de Psychiatrie et d'Anthropologie criminelle*. Paris, 1892, p. 128.



los intereses morales de la sociedad contemporánea. En ese documento se señalan las condiciones en que ejercitamos nuestra libertad, y en pocas palabras se desvanecen los sofisticos argumentos con que intentan arruinarla sus obstinados adversarios.

«De ningún modo, dice, se mueve la voluntad, si no va delante iluminando, á manera de antorcha, el conocimiento intelectual; es decir: que el bien apetecido por la voluntad, es el bien precisamente, en cuanto conocido por la razón. Tanto más, cuanto en todos los actos de nuestra voluntad, siempre antecede á la elección el juicio acerca de la verdad de los bienes propuestos, y de cuál ha de anteponerse á los otros; y ningún hombre juicioso duda que el juzgar es propio de la razón y no de la voluntad.»

Esto parece olvidar Maudsley, cuando dice: «una voluntad que á sí misma se determina, es cosa inconcebible de hecho, y en sus términos contradictoria; si existiese, ninguna razón habría para que extrañásemos cualesquiera acciones que el hombre cometiese, ni para castigarlas por criminales que fuesen; suponer que un hombre ejecuta sus actos con semejante voluntad, sin que influya en ella la razón, es decir, sin motivos, es suponerle peor que un loco... Si la voluntad fuese libre, la de los locos sería la más libre,

porque sus actos son más difíciles de pronosticar que los de un hombre cuerdo<sup>1</sup>.»

Ningún filósofo católico ha supuesto eso, y solo la mala inteligencia ó la mala fe de los deterministas, podían suponerlo. Siempre hemos sostenido que la voluntad elige entre los medios que la razón le ofrece, que es dueña de sus actos ante los motivos racionales que quieren dominarla con su influjo, que puede obrar ó dejar de obrar, decidirse en un sentido ó en otro, aceptar el juicio práctico de la razón ó no aceptarlo<sup>2</sup>, sin que puedan destruir este hecho experimental y personalísimo, todo lo misterioso que se quiera, pero no por eso menos real y comprobado, las afirmaciones fatalistas. El juicio de la razón es el *antecedente* necesario, pero no la *causa* de las determinaciones de la voluntad. De la confusión de estas dos ideas de *antecedente* y *causa*, ha nacido en la escuela escocesa una objeción filosófico-científica contra la libertad, que no tiene más importancia que las anteriormente refutadas. Si la voluntad, dicen Stuart Mill, y los defensores de su *fenomenismo*, no fuese necesariamente determinada por el juicio de la razón, existirían antecedentes que no influirían necesariamente en sus efectos consiguientes, y esos efectos por nada determi-

<sup>1</sup> *Physiologie de l'esprit*, p. 385.

<sup>2</sup> *Summa Theol.* I-II, q. X, a. 3.



nados, vendrían á constituirse en *principios absolutos*, derogando la ley universal de causalidad. Extraño parecerá que una escuela célebre por la negación de esta ley, la invoque ahora como argumento Aquiles en contra de la libertad, y esto solo bastaría para demostrar la sinrazón de sus teorías. No es el acto libre un *principio absoluto*, sino un efecto proporcionado de una causa eficiente puesta en condiciones de producirlo; la causa es la voluntad, el *yo* libre; y las condiciones, los motivos conocidos y juzgados por la inteligencia. Esto dice la conciencia cuando analiza los actos de la voluntad, y este es el orden y la manera como esos actos se producen con arreglo al principio de causalidad: no hay efecto sin causa.

La libertad, ni es absoluta, ni es perfecta. No es absoluta, porque no se extiende á todos nuestros actos, debiendo excluirla de las sensaciones, determinadas por la acción de una causa física sobre nuestros órganos, de los movimientos apasionados, determinados por la acción atractiva ó repulsiva de sus objetos<sup>1</sup>, de las operaciones intelectuales, en cuanto necesariamente preceden á las determinaciones de la voluntad, y son en cierto modo más altas y más nobles que

<sup>1</sup> *Summa Theol.* I-II, q. IX, a. 2.

los actos de la voluntad misma<sup>1</sup>; necesariamente conoce el entendimiento la verdad, como necesariamente apetece la voluntad el bien, considerados la verdad y el bien en su razón universal. Queda, pues, reducida la libertad á los actos que llamamos voluntarios, y no á todos ellos, porque si todo acto libre es voluntario, no todo acto voluntario es libre: voluntariamente aman á Dios los bienaventurados, y no son libres para dejar de amarlo.

Esto nos lleva naturalmente á considerar en qué consiste la perfección de la libertad. Supuesta la definición que de la libertad hemos dado: facultad de elegir los medios conducentes al fin, bien se echa de ver que tanto será más perfecta, cuanto menos se aparte del bien que sea conforme con la razón, pues « así como el poder errar y el errar de hecho, es vicio que arguye un entendimiento no del todo perfecto, así el abrazar un bien engañoso y fingido, por más que sea indicio de libre albedrío, como la enfermedad indicio de vida, es, sin embargo, un defecto de la libertad. Así también la voluntad, por lo mismo que depende de la razón, siempre que apetece algo que de la recta razón se aparta, inficiona en sus fundamentos viciosamente la libertad, y usa

<sup>1</sup> *Ibid.* I, q. LXXXII, a. 4.



de ella perversamente<sup>1</sup>.» De estos principios se sigue no ser esencial á la libertad el poder escoger entre lo bueno y lo malo, sino imperfección de ella: y porque las llamadas *libertades modernas*, en lo que tienen de vicioso, se fundan en esa libertad de *contradicción*, han sido justa y solemnemente reprobadas por la Iglesia.

Harto nos dice la experiencia cotidiana cuán amargos son los frutos que de esa imperfección resultan, y cómo el hombre, abusando de su poder, voluntariamente se aparta del fin para que fué criado. Mas Dios no quiso abandonar la obra de sus manos, y fortificó la libertad «con defensas y auxilios á propósito para dirigir al bien todos sus movimientos y apartarlos del mal; de otro modo hubiera sido gravemente dañoso al hombre el libre albedrío<sup>2</sup>.»

A este fin dióle *la ley* que ordena la razón, y la *gracia* que robustece la voluntad, y á imitación suya, las sociedades humanas escribieron en sus Códigos ordenanzas y preceptos, y los sancionaron con premios y castigos, no para privar á los pueblos de sus legítimas libertades, sino para hacer menos posibles sus abusos y menos frecuentes los trastornos que con ellos había de padecer el mundo.

<sup>1</sup> Enciclica *Libertas*.

<sup>2</sup> *Ibid.*

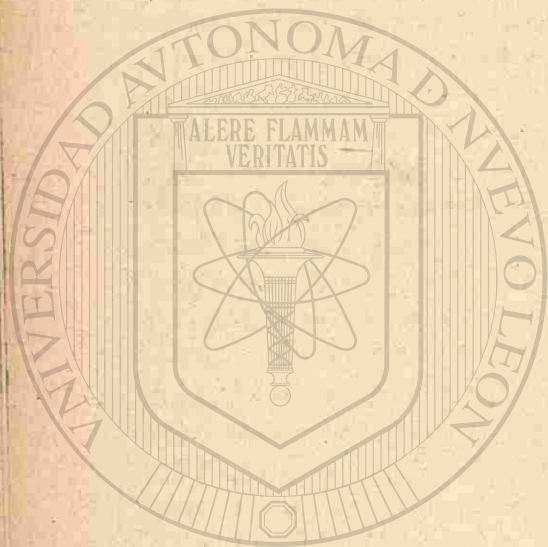
Respetad, señores, ese poder de la libertad que Dios ha puesto en vuestras almas, para que podáis alcanzar con su recto uso aquel galardón supremo que llamó San Pablo, *corona de justicia*<sup>1</sup>; haced frente á las sugerencias de la carne, y dominad las torcidas inclinaciones de la naturaleza; nunca permitáis que el vicio eche sobre vosotros sus pesadas cadenas, que no hay servidumbre más baja que la servidumbre del pecado, ni independencia más noble que la independencia de la virtud; *qui facit peccatum servus est peccati*<sup>2</sup>; *ubi spiritus Domini ibi libertas*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> II ad Tim. IV, 8.

<sup>2</sup> Joann. VIII, 34.

<sup>3</sup> II ad Cor. III, 17.





CONFERENCIA SEXTA

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Ex propria operatione intelligere  
possumus, animam humanam esse  
immortalem.

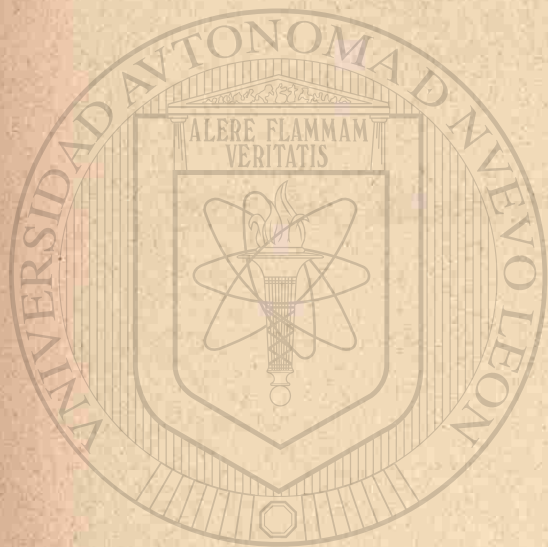
S. BUENAVENTURA, II Dist.,  
dist. XIX, a. r.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







## LA INMORTALIDAD DEL ALMA

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: <sup>1</sup>

La razón y la experiencia, de acuerdo con la fe, nos han enseñado lo que somos, de qué elementos se compone el hombre, y cuáles son las relaciones y el lazo que los une; cómo despliega su actividad la inteligencia, y hasta qué punto la voluntad, libre en sus determinaciones, es dueña de sus actos. Hemos visto desaparecer, una tras otra, faltas de fundamento, las hipótesis materialistas, que si pretendían oscurecer las enseñan-

<sup>1</sup> El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.



zas de la fe, no menos eran atentatorias á nuestra humana dignidad, y firmes en nuestras convicciones, hemos proclamado, en nombre de la Religión y en nombre de la Ciencia, la realidad del alma inteligente y libre, como principio único é inmediato de nuestra vida.

¿Están ya satisfechas nuestras aspiraciones? ¿Podemos por fin descansar tranquilos, buscando en la meditación de estas verdades las reglas á que debemos ajustar nuestra conducta? Yo creo, señores, que ahora comienzan nuestras inquietudes, y que más vivo se despierta nuestro interés por conocer las consecuencias á que lógicamente han de llevarnos los principios establecidos; que de nada nos serviría saber lo que somos, si hubiésemos de ignorar siempre los secretos que encierra lo porvenir; que jamás la Ciencia desalmada hubiese negado la nobleza de nuestro origen, si con ello no hubiese creído negar también la inmortalidad de nuestros destinos; que nadie se hubiese atrevido á poner en tela de juicio la existencia del espíritu, si el pensar en él no hubiese hecho temblar sus carnes, como decía Strauss, con los escalofríos de la eternidad.

¿Qué hay más allá del sepulcro? ¿Adónde conduce el estrecho desfiladero de la muerte? Preciso es, dice Pascal, haber perdido todo senti-

miento, para mirar con indiferencia una cuestión tan grave; ningún pueblo, ningún hombre ha podido prescindir de una solución categórica que aclarase los misterios de ultra-tumba, y le diese razón cumplida del fin de su existencia; porque si es preciso morir, si todo en la naturaleza muere, si los astros envejecen y se apagan; si las vegetaciones que en otros tiempos cubrieron con sus galas la superficie del planeta, yacen carbonizadas en sus tumbas de granito; si las flores se marchitan y los vientos del otoño arrastran al fondo de los bosques las hojas secas de sus árboles seculares; si el tiempo con su blanda mano todo lo destruye, acaba con los monumentos que parecían desafiarle y avienta el polvo de sus ruinas; si la tierra es un vasto cementerio incesantemente removido por la guadaña de la muerte, ¿qué será del hombre y en qué vendrán á parar sus esperanzas?

Esto discutía Job con sus amigos, y de esto hablaban en sus tiendas los emires idumeos antes que Ferecides enseñase á los griegos la inmortalidad del alma, y esa misma cuestión la vemos reproducida en todas las edades de la Historia, por aquellos hombres que, pretendiendo ser más sabios que la humanidad, han querido contrariar la más irresistible de sus aspiraciones, embotando el aguijón que con más fuerza la ha estimu-



lado á correr infatigable por los caminos del progreso.

Preguntad á esos sabios presuntuosos, que han querido resolver todos los problemas del mundo, reduciéndolo todo á la materia y á la fuerza, y os responderán que del hombre no quedará más que un puñado de fosfato de cal y unas cuantas sales raras y fecundas, que vuelven á engrosar el torrente de la materia de donde antes salieron; que es preciso no haber llegado á la madurez de la razón, para creer en la existencia de otra vida; que el género humano corre precipitado á despeñarse en el abismo sin fondo de la nada<sup>1</sup>, único descanso que pueden prometerse los desgraciados que regaron la tierra con sus lágrimas, y jamás vieron el sol de la felicidad en los enlutados horizontes de su vida.

¡ Pobre humanidad si se tuviese que regir por tan fatales augurios ! ¡ Tristes destinos los de la raza humana, si no esperase más justicia que la justicia de la Historia, ni otra recompensa á sus trabajos que las menguadas recompensas que puede ofrecerla el mundo ! Como piensan los modernos adoradores de la materia, pensaban los antiguos epicúreos, y de ellos dijo el sabio, que *los había cegado su malicia; ignoraron los secre-*

<sup>1</sup> Büchner, obra cit. p. 284 y sig.

*tos de Dios, no esperaron la merced de la justicia, ni conocieron el honor de las almas santas; porque Dios crió al hombre para la inmortalidad... en su mano están las almas de los justos, y no las dará el tormento de la muerte*<sup>1</sup>.

Tal es, señores, la verdad fundamental que vamos á examinar, á la luz de la razón y á la luz de la fe.

La inmortalidad del alma es un corolario de la doctrina expuesta en las Conferencias anteriores, y la última consecuencia de la naturaleza de los espíritus. El alma existirá siempre, porque el alma existe; ninguna fuerza, ningún poder si no es el poder de Dios, la misma fuerza infinita y creadora que la sacó de la nada, podrá volverla á aquel estado puramente negativo de donde salió para existir.

Perece el individuo, muere el hombre cuando se disuelve el estrecho himeneo que juntos mantenía á la materia y al espíritu, *el cuerpo vuelve á la tierra de donde salió, y el alma á Dios que la ha criado*<sup>2</sup>; buscan el cuerpo y el alma por tendencia natural sus propios orígenes; andan desconcertados é intranquilos, como aguja desviada

<sup>1</sup> Sap. II, 21-23, III, 1.

<sup>2</sup> Ecl. XII, 7.



de su polo, buscando el reposo definitivo que calma sus inquietudes; la sensibilidad se regala con los goces materiales; el entendimiento rompe la estrechez de sus prisiones, y se lanza con generoso impulso á los grandes océanos de la verdad, para poder á sus anchas espaciarse, y ejercitar sin trabas sus poderosas facultades.

Ved, señores, lo que sucede en el proceso de la vida, y por cuán distintos caminos buscan su perfección la materia y el espíritu. La fuerza vital junta en el cuerpo esos elementos rebeldes que se sustraen á todas las manipulaciones de los laboratorios; forma con ellos las células, los tejidos y los órganos; lucha incesantemente por defender su obra, haciendo frente á las fuerzas disolventes que la combaten; repara con solicitud sus desperfectos y recompone los resortes quebrantados, hasta que por fin sucumbe, y aquel cuerpo que resistió impávido las más recias tempestades, que fué respetado por la muerte en los campos de batalla, que arrostró con valentía las más duras privaciones, que desafió la desigualdad de los climas y las inclemencias del tiempo, es vencido, siente un malestar que le anuncia la proximidad del divorcio, cuenta las últimas oscilaciones de un péndulo que se para, el frío que coronó de nieves la cumbre de la montaña lo invade por sus flancos, aquella mano misteriosa

que turbó la sacrilega orgía de Baltasar, le señala el término de sus días, se llega al corazón, desconcierta el ritmo de sus acompasados movimientos, y cesan por fin sus latidos.

El hombre ha muerto: libres los elementos que componían su envoltura material, se despeñan como un torrente cuando se rompen los diques que contenían sus aguas, y aquel oxígeno que nos henchía de placer cuando lo respirábamos bajo la sombra de las frescas alamedas ó en las playas del bullicioso mar, es quien se encarga de restituir el polvo al polvo, convirtiendo los humanos despojos en una cosa que, como decía Bossuet, no tiene nombre en ninguna lengua.

Volved los ojos al alma, y si la véis manifestarse tímida y vacilante en la niñez, llena de ilusiones en la juventud, meditabunda y reflexiva en la edad madura, la veréis sabia en la venerable ancianidad, cuando, al decir de San Jerónimo, todas las cosas decrecen para que solo crezca la sabiduría<sup>1</sup>; la veréis dictar sus consejos como si la alumbrasen ya los resplandores del sol de la eternidad, y descubriese en lontananza las riberas de su patria después de un destierro prolongado; más amante de la vida cuando menos posible parece el conservarla, forjando proyectos que

1 In senectute omnia decrescunt, crescente sola sapientia.



no podrá llevar á cabo, deseando perpetuar su memoria, dando pruebas de un valor que no guarda proporción con la flaqueza del organismo, mostrando una ternura que no responde á la frialdad de los miembros; alma joven en cuerpo viejo; alma que entonces se revela en toda su grandeza, á semejanza de esos peñascos acantilados azotados por las olas, que van arrastrando poco á poco la tierra que los cubría, y en cambio ponen al descubierto la solidez de sus fundamentos. ¡ Cuántos hombres ilustres acabaron así su jornada! Legisladores y guerreros, en cuyas manos temblaban ya la pluma y la espada; Reyes y Pontífices que apenas podían sostener en sus cabezas la corona y la tiara, admiraron al mundo con el valor de sus hazañas, con la prudencia de sus consejos y con la profundidad de su doctrina, dejándonos ejemplo del temple privilegiado de sus almas y de la admirable claridad de sus ingenios<sup>1</sup>.

Y no es solo la inteligencia quien revela la vitalidad del alma, á pesar de los desfallecimientos del cuerpo; es también la voluntad, más imperiosa, cuanto menos la obedecen los miembros fatigados; esa fortaleza que en los mártires hacía

<sup>1</sup> «Anima rationalis operatio nec senescit nec antiquatur, quia in antiquis est sapientia et in multo tempore prudentia.» (Job XII, 12), San Buenaventura, in II Dis., dist. XIX, a. 1.

temblar á los verdugos, cuando ellos iban al suplicio sonrientes y serenos, y respondían á los rugidos de las fieras cantando himnos; ese valor nunca mellado, ni por las enfermedades ni por la muerte, en nuestros incomparables guerrilleros, cuando la patria, oprimida por extranjeras legiones, les confió la venganza de sus blasones ultrajados; esa virtud heroica que en los santos, echados ya sobre la vil ceniza, se conservaba incólume para despreciar los terrores de la muerte, y saludar con alegría los anuncios de su llegada.

¿ Y esa alma independiente de la materia y tan contraria á las vicisitudes del cuerpo, tendrá que seguir su suerte, y aún ser de peor condición que él, perdiéndose en la nada, en el momento mismo en que más grandes son sus aspiraciones y más vehementes se manifiestan sus deseos? « El alma, ha dicho Schleiermacher, posee una potencia indestructible que nunca se agota, que no mengua, que no se gasta por el uso; que lejos de disminuirse cuando se da y se comunica, se siente más clara, más rica, más fuerte y más sana. El cuerpo podrá debilitarse, gastarse los sentidos y perderse la memoria, pero nunca se perderán la vida interior, ni la plenitud de los pensamientos grandes y santos<sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Cit. por Hettinger, *Apol. del Cristianismo*.



No se concibe cómo pueda morir el alma siendo la muerte disolución de los elementos que componen un todo, y siendo el alma substancia simple, ni cómo el cuerpo al disolverse pueda en su destrucción arrastrar también al alma, que, por razón de su naturaleza espiritual, tiene poder para ejercitar sus facultades, con entera independencia de la materia<sup>1</sup>. ; Concluir, morir! decía Goethe, palabra necia; la convicción de mi inmortalidad es efecto de la idea que tengo de mi actividad. Puesto que yo trabajo sin descanso hasta mi fin, la naturaleza está obligada á indicarme otra forma de existencia, cuando la actual sea impotente para sostener mi alma.

Solo Dios que la crió puede matarla; El se ha reservado la única arma que puede acabar con ella, y el materialismo se ha encargado de demostrarnos que Dios, que encontró buenas las obras de sus manos, no se complace en destruirlas. En su afán de ennoblecer á la materia, adornándola con los atributos de que quisieron despojar á la divinidad, han dicho sus principales corifeos que la materia es inmortal<sup>2</sup>, frase con que, fuera de la impropiedad del lenguaje, se quiere expresar una gran verdad. Dios, dice Santo Tomás, crió las cosas para que fuesen, y la perma-

1 S. Thom. *Contra Gent.*, lib. II, c. 79-81.

2 Büchner, ob. cit., p. 68.

nencia de las substancias está asegurada por la inmovilidad de la voluntad divina<sup>1</sup>. Dios ha inun-  
dado al alma de aspiraciones infinitas; la ha hecho concebir esperanzas y deseos de una felicidad que huye en la tierra delante de nuestros pasos; ha puesto en nosotros la nostalgia del cielo; ha levantado el tribunal de la justicia infalible, no en los mundanos estrados, sino más allá de las fronteras de la muerte, y serían inconcebibles su rectitud y su bondad, si el alma, al llegar al término de su vida terrenal, fuese aniquilada. La virtud despreciada y escarnecida, el vicio triunfante y protegido, el crimen impune y la honradez calumniada, exigen una reparación y un castigo que no podemos pedir, porque de tanto no son capaces, á los jueces de la tierra. Más que todas las demostraciones metafísicas, hablan elocuentemente en favor de la inmortalidad, las plegarias y la resignación de esas almas abandonadas que, después de haber sembrado el bien, recibieron como recompensa la ingratitud, y fueron víctimas de la persecución más injusta; las esperanzas que consolaron en la opresión ó en el destierro á aquellos hombres generosos, bienhechores insignes de los pueblos, en los días de su fortuna, y más tarde vilipendiados por los mismos á quienes antes favo-

1 *Contra gent.* lib. II, c. 55.



recieron; las lágrimas del inocente condenado á padecer las afrentas y la muerte que contra él maquinó la envidia, y ese grito desgarrador y sublime con que la mísera humanidad pide que se acorten los días de su infortunio, para entrar en posesión de las eternas complacencias.

El alma es inmortal por razón de su naturaleza; el alma no será aniquilada, porque Dios es justo.

Ahora bien, señores: si sobre tan sólidos fundamentos descansa esa verdad consoladora, ¿por qué se ha negado en nombre de la razón? Yo comprendo que el materialismo la niegue, siendo para él tan inconcebible un alma sin cuerpo como una electricidad sin metal<sup>1</sup>; que no pueda existir fuera del organismo, lo que no tiene subsistencia propia y es el resultado de las funciones cerebrales; que el centro del círculo desaparezca cuando desaparece la circunferencia; que quien rechaza las causas finales, rechace también los destinos ultra-mundanos del hombre, lógicas son sus deducciones, por más que sean falsos sus principios; pero que aquellos que de alguna manera admiten la existencia del alma y no quieren confundirla con la materia, se resistan á creer su inmortalidad y prefieran á la inmortalidad el aniquilamiento

<sup>1</sup> Strauss.

to, esto es lo que ni se concibe ni se explica, si los que tal aseguran están convencidos de lo que dicen. Preciso es que les falte algo en el corazón ó en la cabeza, ó que no traduzcan bien con sus palabras lo que su razón les dicta. Así parece desprenderse de un hecho que, por ser entre nosotros poco conocido, tengo interés en referir.

Explicaba Filosofía en Berlín el célebre pantheista Schelling. Un distinguido joven ruso, que con el pseudónimo de *Estéban*, recorría las capitales de Europa ansioso de escuchar las lecciones de los más renombrados maestros, asistió á una que, ante cerca de setecientos oyentes, daba el citado profesor, sobre la inmortalidad del alma. Al terminarla, se discutió entre el auditorio la opinión del maestro, sin saber en qué sentido, si en pró ó en contra, había desarrollado el tema propuesto. Para resolver sus dudas, se dirigió Estéban á Schelling, rogándole que respondiese categóricamente, sí ó no, á las proposiciones siguientes: Si admitía la existencia de Dios en el sentido cristiano; si admitía la inmortalidad del alma y la divinidad de Jesucristo, como lo enseña el Cristianismo, y he aquí la memorable respuesta que le dió Schelling, y que con el título de *Testamento filosófico*, fechó en Berlín á 20 de Marzo de 1844:

«Hace tiempo que conozco los motivos que os



impulsan á estudiar mis pensamientos más íntimos, y quiero responderos con sinceridad, y que consideréis esta respuesta como mi testamento filosófico. Yo declaro que jamás he negado en mi corazón las proposiciones que me habéis presentado, que ellas forman el fondo y la esencia de la Filosofía, y á todas respondo en puridad y sin reserva que sí. Si me preguntáis por qué creyéndolas he patrocinado en algunos de mis escritos las indignidades de Strauss y el panteísmo de Spinoza, os responderé que todo lo que Strauss y otros de su escuela han publicado como mercancía nueva, lo he publicado yo desde hace cuarenta años, durante los cuales jamás revelé á nadie los motivos que tuve para hacerlo. Me propuse ver si la razón humana podía, sin acudir á la Religión, salir del laberinto de misterios en que se revuelve la Filosofía, y si el hombre sin el Cristianismo, podía tratar las verdades sobrenaturales, sin incurrir en groseros errores. La experiencia me ha enseñado de una manera evidente, que para ser buen filósofo es preciso ser buen cristiano, y nunca me hubiese empeñado en semejante empresa, si hubiese podido prever á dónde me conduciría <sup>1</sup>.»

La declaración, como véis, no puede ser más

<sup>1</sup> *Précis historiques de Bruxelles*, 1855, tom. IV, p. 95. — Cornoldi, *Trattato della esistenza de Dio*, Bologna, 1877, p. 129.

franca, y bien puede servirnos de norma para juzgar de la sinceridad de muchos que, por intentar abrir nuevos caminos al pensamiento, contradicen las creencias universales del género humano. Ninguna, fuera de la existencia de Dios, lo ha sido tanto como la inmortalidad del alma; todos los hombres, aseguraba Cicerón, han creído en ella, y su universal consentimiento es ley de la naturaleza <sup>1</sup>. « Es una verdad vulgar á fuerza de estar demostrada, que todos los pueblos y todas las razas, salvas insignificantes excepciones, han admitido que la vida humana se continúa de algún modo después de la muerte, y Flüggé, pasando revista á las tradiciones y dogmas de todas las naciones, lo ha comprobado de una manera evidente <sup>2</sup>.»

Yo me haría interminable si me propusiese hacer desfilar ante vosotros esos pueblos y esas razas, y no podría examinar sus ceremonias y sus monumentos, sin fatigar demasiado vuestra atención; pero no he de pasar en silencio al pueblo escogido por Dios para guardar en toda su pureza las tradiciones primitivas y el depósito sagrado de la Revelación divina. Hay empeño en demostrar que los hebreos no creyeron la in-

<sup>1</sup> *Permanere animos arbitramur consensu omnium nationum.*

<sup>2</sup> Maury, en la Academia de inscripciones de París. *Journal officiel*, 16 Abril 1873.



mortalidad del alma <sup>1</sup>, antes de comunicarse con los griegos, y lo que en un principio no pasó de ser una negación dogmática de Voltaire, reviste hoy todos los caracteres de una cuestión científica íntimamente relacionada con la fe.

Al regresar del Yemen el sabio explorador Halevy, en 1873, leyó una Memoria de su expedición ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, llamando la atención de sus miembros sobre un pasaje encontrado en el epitafio de Eschmunazar, rey de Sidón, que tradujo así: « *He sido llevado, antes de mi tiempo, al medio de aquellos que están separados de la luz: cuando estaba en mi grandeza, fui piadoso, hijo de la inmortalidad* <sup>2</sup>. » En esta inscripción y otras semejantes, se apoyaba aquel sabio orientalista para probar que los fenicios y sus contemporáneos y vecinos los hebreos creían en la supervivencia de las almas, siete siglos antes de Jesucristo. Combatió Derembourg las afirmaciones de Halevy, asegurando que en el Antiguo Testamento no hay ningún texto de donde pueda deducirse racionalmente la creencia de los hebreos en la inmortalidad, y que solo la preocupación pudo in-

<sup>1</sup> Esto pretende hacer J. Rodríguez Alba en sus *Lucubraciones Psico-Físicas*, Madrid, 1892, p. 66.

<sup>2</sup> Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*. Paris, 1884, t. III, p. 101.

ducir á los historiadores y á los intérpretes á admitir semejante error. Renan avanzó más la cuestión, sosteniendo la tesis de Derembourg, y añadiendo que la Filosofía de los Sagrados Libros es contraria á la inmortalidad.

Indudablemente hay en esto una confusión de ideas que conviene desvanecer, para poner la cuestión en su verdadero terreno, y un abuso de crítica bíblica que debemos combatir. Es cierto que los hebreos, antes de los tiempos evangélicos, no tuvieron de la inmortalidad del alma una noción tan distinta y clara como la que nosotros tenemos, ni puede compararse la *psicología* de los libros del Antiguo Testamento, con los estudios profundos y concretos que de los atributos del alma han hecho los filósofos cristianos. « La ley de Moisés, dice Bossuet, solo daba al hombre una noción somera de la naturaleza del alma y de su felicidad... Las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura, no alcanzaron entonces su completo desarrollo; la luz debía venir al mundo con el Mesías... y como fruto de su venida, el pueblo cristiano pondría por fundamento de su religión la fe en la vida futura <sup>1</sup>. » Era la religión mosaica, como el alba de un día clarísimo y la fuente pequeña de un río caudaloso, lo cual no

<sup>1</sup> Discurso sobre la Historia universal, II parte, c. XIX.



impide que ya desde los tiempos primitivos aquel pueblo creyese la inmortalidad, y mucho menos da lugar á suponer que del todo la negase. Refutando Jesucristo la doctrina de los Saduceos que negaban la resurrección de los muertos <sup>1</sup>, les dice: *Errais, ignorando las Escrituras y el poder de Dios... ¿no habéis leído lo que Dios os dijo, cuando os habló de la resurrección de los muertos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos* <sup>2</sup>; en cuyas palabras, además de afirmarse la supervivencia de las almas, se alude á las Escrituras del Antiguo Testamento, invocándolas como testimonio concluyente en favor de esta creencia. En efecto: abundan en ellas las expresiones concretas y terminantes, cuyo sentido en vano intentará torcer la exégesis racionalista. El heroico Eleázaro, en la avanzada edad de noventa años, soporta impávido los tormentos más atroces, para no incurrir en la indignación de Dios, *ni vivo, ni después de muerto* <sup>3</sup>; en el libro segundo de los Macabeos, donde se refiere su martirio, se enseña que las oraciones de los vivos por los difuntos son santas y saludables para alcanzar el perdón de sus pecados <sup>4</sup>; el profeta Daniel, habla de un tiem-

<sup>1</sup> Matth. XXII, 23.

<sup>2</sup> Ibid. 29-32.

<sup>3</sup> II Mach., VI, 26.

<sup>4</sup> Ibid., XII, 46.

po sin semejante en las edades del mundo, porque cuando llegue, despertarán los que duermen en el polvo de la tierra, y gozarán unos de la vida eterna y otros padecerán el oprobio inacabable <sup>1</sup>; en el libro de la Sabiduría se hace una descripción detallada de lo que pensaban los impíos, y condenando aquellos pensamientos hijos de su malicia, explícitamente se asegura que *Dios crió al hombre para la inmortalidad*, y que no serán defraudadas las esperanzas inmortales de los justos <sup>2</sup>; por lo cual no es de extrañar que Flavio Josefo y los judíos Talmudistas, hablen de esta creencia como de cosa corriente y común entre los suyos <sup>3</sup>.

No son los griegos quienes enseñaron al pueblo hebreo la inmortalidad del alma, ni es esta una creencia que la raza escogida de Abraham recibió de sus vencedores. Mucho antes que Ferécides, el maestro de Pitágoras, llevase esta doctrina desde el valle del Nilo á las hermosas playas del mar Egeo <sup>4</sup>, y aún antes que el patriarca de los creyentes, levantando sus tiendas á la sombra de la encina de Moreh, tomase posesión de la tierra de Canaan, era ya común esta doctrina en

<sup>1</sup> Dan., XII, 1-3.

<sup>2</sup> Sap., II, III, V.

<sup>3</sup> *Sanhedrin*, fol. 90 b-94 a.— *De bello judaico*, III, VIII.

<sup>4</sup> Pherecydes Syrus primus dixit animos hominum esse sempiternos.— Cicerón, *Tuscul.* q. I, 17.



las orillas del Éufrates. Los sarcófagos descubiertos por Taylor en Mugheir, la antigua Ur de los caldeos; la relación del diluvio escrita por Beroso; la bajada de Istar al Aral<sup>1</sup>, lugar tenebroso del cual nadie ha vuelto, tierra de la inmortalidad donde las almas se alimentan de polvo, no dejan lugar á duda, y racionalmente permiten suponer que cuando Abraham salió de su patria, llevó consigo las tradiciones de sus mayores, y si rechazó las prácticas idolátricas que entre ellos reinaban, nunca rechazó la fe en la inmortalidad, cuyo origen se remonta á la revelación primitiva<sup>2</sup>.

La permanencia de Israel en Egipto da más fuerza á esta suposición, y con nuevas y más poderosas razones la confirma. Era Egipto el país clásico de la inmortalidad, idea que lejos de conservarse allí como dogma meramente especulativo, fué el alma de las costumbres y de la vida religiosa de aquel pueblo. Así lo demuestran: la perfección con que se practicaba el embalsamamiento de los cadáveres, los ritos funerarios que acompañaban á su enterramiento, y, sobre todo, el célebre *Libro de los muertos*, especie de manual de oraciones que se depositaba en las cajas de las momias, para que los difuntos, al ser con-

<sup>1</sup> *Annales de la Philosophie chrétienne*, 1874.

<sup>2</sup> Cf. Vigouroax, obra cit. tom. III, lib. II.

ducidos por Horus al tribunal de Osiris, pudiesen defender su causa y alcanzar la sempiterna bienaventuranza en los campos de Aalu, regados por las aguas del Nilo celestial<sup>1</sup>. No es posible creer que Moisés, educado en la corte de los Faraones, ignorase lo que de un modo tan palpable estaba constantemente á la vista de todos, escrito en los papiros, grabado en los monolitos y en las paredes de los templos, y encarnado, por decirlo así, en las costumbres populares. Él nos dice en el Pentateuco, que Jacob y su hijo José fueron embalsamados á la usanza egipcia; que en los funerales de Jacob se observaron las mismas ceremonias que solían practicarse cuando moría un hombre principal de aquella tierra, y que *Uroron los egipcios setenta dias, y fué grande su llanto en la era de Atad*<sup>2</sup>.

Ahora bien, señores: ¿por qué, si Moisés no creyó la inmortalidad del alma, él que tanto empeño puso en condenar las prácticas supersticiosas que en la cautividad aprendieron los suyos, jamás escribió palabra que desautorizase aquella creencia? Él mandó sacrificar al Dios único, los animales que en Egipto se tenían por sagrados<sup>3</sup>; desenvainó su espada y pasó á cuchillo á los que

<sup>1</sup> *Annales de la phil. chret.* 1882, p. 78-84.

<sup>2</sup> Gen. L.

<sup>3</sup> Exod. VIII, 26.



adoraban al becerro <sup>1</sup>; prohibió bajo las más severas penas la *necromancia* <sup>2</sup>, y ordenó las señales de luto y la pompa con que debían enterrarse los muertos, pero en ninguna parte de sus libros negó la supervivencia de las almas, antes bien la dió por cierta en documentos que no pueden interpretarse torcidamente sin falsear los cánones de la crítica más severa.

En efecto: para Moisés es la muerte el castigo del pecado, pero la muerte no es el aniquilamiento absoluto, porque, á raíz de la culpa original, Dios anunció solemnemente la promesa del Redentor, haciendo de ella la esperanza de Israel; la vida de los patriarcas es, según él, destierro, peregrinación trabajosa que todos han de hacer antes de *reunirse con sus padres y juntarse con su pueblo* <sup>3</sup>, expresiones que no pueden confundirse con la inhumación, ni significan el deseo de ser enterrados en el sepulcro de sus familias, porque en muchos casos esto no pudo verificarse, y, sin embargo, en el lenguaje bíblico se dice que *se ayuntaron con su pueblo*. Abraham que *murió en buena vejez, y harto de días, y fué ayuntado á sus pueblos*, fué enterrado en Hebrón, en la cueva de Makpelah, mientras que Tharé, su padre, murió

<sup>1</sup> Exod. XXXII, 28.

<sup>2</sup> Deut. XVIII, 11-12.

<sup>3</sup> Gen. XLVII, 9; *ibid.*, XV, 15; XXV, 8-17; XXXV, 29; XLIX, 29, 32.

y fué enterrado en Haran y sus antepasados en Caldea. Ismael, no fué depositado en el sepulcro de Jacob, su padre; Aarón murió y fué enterrado en el monte Hor, donde no descansaron los restos de ningún israelita; nadie supo dónde estaba la sepultura de Moisés, que murió en la tierra de Moab, en el monte Nebo, y de todos estos se dice que después de muertos se juntaron con los de su pueblo. El Génesis refiere la muerte de Jacob, diciendo: *como acabó de dar mandamientos á sus hijos, encogió sus piés en la cama y espiró: y fué congregado con sus padres*, describiéndose después minuciosamente sus funerales y enterramiento. Los hermanos de José, presentan á su padre la vestidura de colores que solía traer puesta, y al verla teñida en sangre, exclamó: *la ropa de mi hijo es, alguna mala bestia lo tragó: despedazado ha sido José. Entonces Jacob, rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre sus lomos y enlutóse por su hijo muchos días. Y levantáronse todos sus hijos para consolarlo, mas él no quiso tomar consolación, y dijo: Descenderé á mi hijo con llanto en lo profundo* <sup>1</sup>, texto concluyente, pues no cabe aquí suponer que se trata de la reunión en la sepultura, persuadido como estaba Jacob de que su hijo había sido devorado por una fiera <sup>2</sup>. Es, pues, evi-

<sup>1</sup> Gen. XXXVII, 33-35.

<sup>2</sup> Munk, *Palestine*, p. 149.



dente que los hebreos, desde los tiempos más remotos, creían la inmortalidad del alma, y tenían noticia de un lugar en donde los espíritus, separados de sus cuerpos, se reunían como formando un nuevo pueblo. Este lugar denominado *Se'ol*, se cita sesenta y cinco veces en el Antiguo Testamento, de las cuales siete corresponden al Pentateuco, y es, según la descripción que de él se hace en los Libros Santos, un lugar subterráneo, profundísimo y obscuro, que solo la mirada de Dios puede sondear; lugar insaciable, de ancha puerta, en cuyas más recónditas tinieblas habitan las almas de los pecadores; tierra de perdición, del silencio y del olvido, donde los muertos no pueden glorificar á Dios, y donde los justos esperaban el advenimiento del Mesías que había de salvarles<sup>1</sup>. De ese lugar salió, por permisión divina, el alma de Samuel, cuando el rey Saul fué á evocarla con los sortilegios de la pitonisa de Endor<sup>2</sup>, suceso que nunca podrán explicar satisfactoriamente los que niegan la creencia de los hebreos en la inmortalidad.

Es, pues, indudable la antigüedad de esta creencia, universalmente reconocida por el testimonio de todos los pueblos. La razón reclama la

<sup>1</sup> Fürst, en su *Concordantia librorum*, V. T. p. 1088, enumera todos los pasajes en que se nombra el *Se'ol*.

<sup>2</sup> 1 Reg. XXVIII, 8-20.

vida sempiterna de las almas, como consecuencia legítima de su naturaleza espiritual; la exige la conciencia, como solución única del orden moral, y la prescribe la fe como fundamento de los dogmas religiosos; las acciones heroicas por la esperanza en la inmortalidad, se explican: *no temáis*, decía Jesucristo á sus discípulos, *á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma*<sup>1</sup>, dándoles con esto aliento suficiente para despreciar la muerte y buscar en otra vida las palmas inmarcesibles con que se premia la verdadera fortaleza. Sin la idea de la inmortalidad, sería inexplicable la Historia, porque, como ha dicho Balmes, «es la humanidad un sublime y grande individuo moral, cuando reconoce á sus miembros la inmortalidad y se los considera pasando sobre la tierra para llegar á otro destino. Sin esto, el mismo progreso humano es una especie de sima sin fondo, donde se precipitan las generaciones sucesivas;» admitida la inmortalidad, «se explica la inmensidad de nuestros deseos, porque se pueden llenar; se explica la extensión de nuestra inteligencia, porque se ha de dilatar un día por un mundo sin fin; se explica la necesidad de las ideas, porque desde que nacemos empezamos la comunicación con un orden inmortal; se expli-

<sup>1</sup> Matth. X, 28.



can las evoluciones y las catástrofes de la humanidad, porque se ligan con destinos eternos.»

Esta es la esperanza que nos mantiene en las luchas de la vida, y con ella somos fuertes para reñir el *buen combate* de la virtud; así consideramos á las enfermedades y á la muerte como gestación dolorosa de nuestros destinos eternos, y si nos llena de pavor la soledad del sepulcro, vencen á esos temores las alegrías del alma en los barruntos de su felicidad inacabable, y nos despedimos del mundo con el cántico sublime de Habacuc: Oí, Señor, tu voz, y se conmovieron mis entrañas; temblaron mis labios al oír tu llamamiento; éntre la pudrición en mis huesos y por dentro me consuma, para que descanse en el día de la tribulación, y pueda ir á mi pueblo preparado para el combate. Cuando ya no florecerá la higuera, ni brotarán las vides; cuando fallará el fruto de los olivos, y los labrados no harán mantenimiento; cuando serán taladas las ovejas de la majada, y quedarán los establos sin ganados, yo me alegraré en el Señor, y en el Dios de mi salud me gozaré. Él, que es mi fortaleza, dará á mis piés la ligereza del ciervo, y vencedor en las alturas, cantaré con instrumentos de música sus divinas alabanzas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hab. III, 16-19.

## CONFERENCIA SÉPTIMA

### LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem.

S. PABLO, I ad Cor., XV, 53.



can las evoluciones y las catástrofes de la humanidad, porque se ligan con destinos eternos.»

Esta es la esperanza que nos mantiene en las luchas de la vida, y con ella somos fuertes para reñir el *buen combate* de la virtud; así consideramos á las enfermedades y á la muerte como gestación dolorosa de nuestros destinos eternos, y si nos llena de pavor la soledad del sepulcro, vencen á esos temores las alegrías del alma en los barruntos de su felicidad inacabable, y nos despedimos del mundo con el cántico sublime de Habacuc: Oí, Señor, tu voz, y se conmovieron mis entrañas; temblaron mis labios al oír tu llamamiento; éntre la pudrición en mis huesos y por dentro me consuma, para que descanse en el día de la tribulación, y pueda ir á mi pueblo preparado para el combate. Cuando ya no florecerá la higuera, ni brotarán las vides; cuando fallará el fruto de los olivos, y los labrados no harán mantenimiento; cuando serán taladas las ovejas de la majada, y quedarán los establos sin ganados, yo me alegraré en el Señor, y en el Dios de mi salud me gozaré. Él, que es mi fortaleza, dará á mis piés la ligereza del ciervo, y vencedor en las alturas, cantaré con instrumentos de música sus divinas alabanzas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hab. III, 16-19.

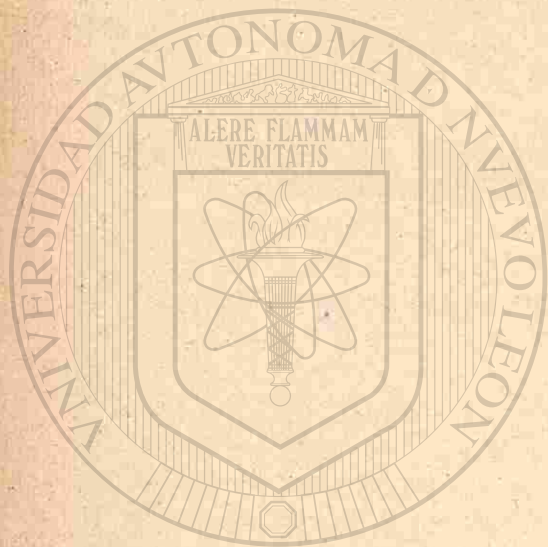
## CONFERENCIA SÉPTIMA

### LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem.

S. PABLO, I ad Cor., XV, 53.





## LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

EXCMO. É ILMO. SEÑOR <sup>1</sup>:

La Ciencia positivista, al rechazar de sus estudios las causas finales, se ha declarado incompetente para resolver los problemas que caen fuera de los dominios del tiempo y pertenecen a la eternidad. Todo lo que no se rige por las leyes invariables de la naturaleza, lo que no puede ser objeto de la observación y de la experiencia, objetivamente consideradas, y, en una palabra, lo que no está al alcance de los científicos instrumentos, es sistemáticamente negado por esos

<sup>1</sup> El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.



hombres que, ocupados en arrancar á la naturaleza sus secretos, piensan haber conquistado el vellocino de oro y satisfecho todas las aspiraciones humanas.

Si les preguntamos con qué piensan reemplazar los grandes ideales que en todas las épocas de la Historia han sido el acicate más poderoso que empujó á la humanidad por los caminos de la civilización y del progreso; con qué van á llenar el vacío que dejaría en el corazón el ostracismo de la moral, y de las verdades religiosas que son su principal sostenimiento; cuál es el freno que sujetará á las pasiones que en ese corazón fermentan, y en algunas ocasiones hacen del hombre el ser más monstruoso de la tierra, vacilan y se excusan, hablan de la educación y de la higiene, sin darse cuenta que la higiene y la educación, más que conveniencias, son virtudes que suponen una fuerza de voluntad á la cual jamás se doblegarán los pueblos sin creencias, abandonados á sus instintos naturales; confunden la educación, que es el arte de formar los corazones, con la instrucción, que es el arte de desarrollar las inteligencias, y de la confusión de estas dos ideas, resulta en la sociedad un desequilibrio, que en vano intentan remediar los más hábiles economistas.

Esto es, señores, lo que denuncia y pone de

relieve la falsedad de esas teorías, cuando saliendo de las academias y de las cátedras donde se defienden y se enseñan, vienen al terreno práctico de la vida donde se lucha y se padece; esto lo que llena de temores á los hombres de buen sentido, aunque tengan la desgracia de no pensar como nosotros en las cosas que son de fe; esto lo que hará siempre impopulares las modernas doctrinas positivistas, relegándolas al estrecho círculo de los que, haciendo vanos alardes de su talento, se empeñan en torcer las corrientes de la Historia, y llevar al mundo por nuevos derroteros sin brújula y sin timón.

El materialismo no se satisface con sus negaciones, ni descansa tranquilo sobre las ruinas por él amontonadas; es más transcendental en sus consecuencias, y no perdona ocasión ni medio para atacar los dogmas de la Iglesia y las prácticas de la moral cristiana, como si este fuera el único motivo que le impulsa á llevar adelante sus investigaciones, y más que aumentar los trofeos de la Ciencia, se hubiese propuesto arrebatar los suyos á la fe. Ha querido celebrar la apoteosis de la materia, hacer de ella el ídolo de sus adoraciones, quemar incienso en sus altares; la ha llamado inmortal y eterna, ha cantado sus excelencias y su dignidad; la ha puesto en lugar de Dios, y al ver las carnes de los austeros cenobitas ceñidas



de áspero cilicio, al oír el chasquido de las sangrientas disciplinas que sale del silencio de los claustros; al escuchar la voz de los apóstoles del Evangelio, predicando la mortificación y la penitencia, se ha revuelto airado contra la Iglesia que tales maceraciones consiente, recomienda ó manda; ha calificado de brutalidad, cuando no de locura, lo que nosotros tenemos por camino de santidad; ha ridiculizado la solemnidad y el respeto con que enterramos los cuerpos de nuestros hermanos difuntos, la religiosidad con que guardamos sus sepuleros, la veneración y el culto que tributamos á las reliquias de los santos, declarando ser preferible entregar los despojos humanos á la voracidad de los buitres y de las fieras, para devolver á la naturaleza lo que de ella hemos recibido<sup>1</sup>.

¡Qué contrasentido, defender la dignidad de la materia y condenar en su nombre las prescripciones de la Iglesia! Solo la ignorancia y la pasión irreligiosa que domina á los que tales cosas dicen, han podido conducirles á tan lamentables equivocaciones, porque nadie, absolutamente nadie ha conocido mejor, ni ha defendido tanto la dignidad de la materia como la Iglesia católica, que si siempre condenó á los que negaron la inmortalidad

<sup>1</sup> Büchner, obra cit. p. 90 y sig.

del alma, la dignidad del espíritu, con no menos empeño ha mantenido siempre el dogma de la resurrección de la carne, la rehabilitación de los cuerpos destruidos por la muerte. Sin temor á que me respondáis lo que respondieron á San Pablo los areopagitas de Atenas, cuando en medio de su respetable asamblea predicó esta verdad<sup>1</sup>, de ella vengo á hablaros, para demostrar mis afirmaciones y completar el estudio que de la naturaleza del hombre, en su vida actual y en sus destinos eternos, hemos emprendido.

El cuerpo humano, es para el fisiólogo una de las maravillas más grandes de la naturaleza. La soberanía que se revela en su actitud, la belleza de sus contornos, las diversas expresiones que reflejan en su rostro los sentimientos del alma, unas veces dibujando en sus labios la sonrisa, cuajando otras de lágrimas sus ojos enternecidos, surcando la frente de siniestras arrugas ó esmaltando las mejillas con los colores del candor y de la inocencia, la variedad de sus movimientos, la perfección y delicadeza de sus órganos, la complicación y el concierto de sus funciones, ha-

<sup>1</sup> \*Y como oyeron la resurrección de los muertos, unos entonces se burlaban, y otros decían: acerca de esto te oiremos otra vez.\* — Act. XVII, 32.



cen de él, como querían los antiguos, un mundo abreviado y el compendio de la Creación entera. La sola autopsia de la mano movió á un médico á entonar un himno á la divinidad, como lo entonó Galeno al terminar el estudio de la humana anatomía; porque si es el cerebro el medio de que se vale el alma para ponerse en comunicación con el mundo sensible, en su estado de unión con el cuerpo; la cámara central adonde afluyen las impresiones de los sentidos; si están en él las palancas imperceptibles que ponen en movimiento á todo el organismo, y esos tálamos misteriosos donde se desposan la sensación y el pensamiento; si hay en el cerebro, al decir de Huschke en su poético lenguaje, valles y montañas, puentes y acueductos, bóvedas y pirámides<sup>1</sup>, la mano, que suple en el hombre las defensas naturales de que vienen armados á los combates de la vida los animales, es el instrumento de la inteligencia y el auxiliar más poderoso de la palabra en la expresión de las ideas.

Gerdy, contó en la mano treinta y cuatro movimientos, y Blainville la llamó compás de cinco puntas; unas veces sustituye á las más delicadas pinzas; otras es formidable en sus golpes, como la pesada maza; con la mano amarra el marinero

<sup>1</sup> En su obra: *Crâne, cerveau et âme de l'homme*.

las jarcias menos manejables, y tiende el óptico los ténues hilos del retículo; con ella conduce el buril el grabador, dejando en el acero finísimos trazados, y empuña el leñador el hacha para derribar los robustos troncos; la mano sostiene las insignias del poder, pelea con la espada, enseña con la pluma y tañe con asombrosa precisión los instrumentos músicos; auxilia á los ojos para apreciar las superficies y corregir sus ilusiones, y con las manos seguía Miguel Angel los contornos del torso de Belvedere, cuando ciego, quedó privado del placer de contemplarlo. El hombre civilizado no descubre de su cuerpo más que las manos y la cabeza, como queriendo ostentar su realza sobre la Creación entera: las manos para sostener el cetro, y la cabeza para ceñirla con la corona. Razón tenía Shakespeare al poner en boca de Hámlet, estas hermosas palabras: «¡Qué obra tan maravillosa es el hombre! ¡Cuán noble su razón! ¡Cuán infinitas sus facultades! Sus formas y movimientos, ¡cuán expresivos y admirables! ¡Sus actos como los de los ángeles! Su inteligencia, ¡cuán parecida á la de un Dios! Es la gloria del mundo y el modelo de los seres animados<sup>1</sup>.»

Pero, ¿qué son estos ditirambos, comparados

<sup>1</sup> Hámlet, Act. II, esc. II.



con las exclamaciones de la fe? ¿Quién hizo del cuerpo humano mayores elogios que San Pablo? Había llegado el gran Apóstol á aquella hermosa ciudad de Corinto, llamada por Cicerón: *el esplendor y la lumbrera de toda la Grecia*<sup>1</sup>; sus habitantes vivían entregados al lujo y á los placeres, á la adoración de la belleza plástica, y á tal grado llevaron el refinamiento de su molicie, que era entre los antiguos *vivir á lo corintio*, lo mismo que observar conducta licenciosa y sensual; Fidias y Praxiteles, adornaron sus templos con las mejores estatuas que labraron sus cinceles, y en aquel privilegiado istmo que junta á Grecia el Peloponeso, y bañan con sus aguas los mares Jónico y Egeo, no lejos de aquellas deliciosas playas cantadas por Homero, y bajo aquel incomparable cielo, proverbio de hermosura, alzábanse las columnas del más renombrado entre los monumentos que á la impúdica Venus había consagrado el paganismo. Difícil era sembrar en tierra tan mal abonada la semilla del Cristianismo, reprimir los excesos de la sensualidad, y sustituir las gentílicas abominaciones con las prácticas austeras de la moral evangélica; á todo atendió San Pablo, con el ardiente celo que le distinguía en sus apostólicas tareas, y después de diez y ocho meses de in-

<sup>1</sup> Manil., 5.

cesante trabajo, no solo consiguió fundar la iglesia de Corinto, sino hacer de ella el modelo de las vecinas cristiandades; y cuando más tarde escribía desde Efeso á la naciente comunidad, fortaleciendo su fe con prudentísimos consejos, hizo del cuerpo humano un elogio que en vano lo buscaríamos semejante. «Vosotros, decía, habéis vivido en la ignorancia del pecado: contaminados estábais con todas las impurezas de la carne, pero habéis sido lavados, santificados y justificados en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios. No regaléis la carne que Dios ha de destruir para levantarla después con su poder. *¿Acaso no sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo y el templo del Espíritu Santo?*<sup>1</sup>»

¿Quién, entre los modernos panegiristas de la materia, ha hecho del cuerpo humano una alabanza tan cumplida como esta de San Pablo? El cuerpo del hombre regenerado, es el templo de Dios y la morada del Espíritu Santo; sus miembros son miembros de Cristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, y nada tienen de comparable con ese templo vivo y animado, los suntuosos y admirables monumentos levantados en honor de la Divinidad, aunque en ellos no sepamos qué alabar

<sup>1</sup> I Cor., VI, 12, 13, 15, 19.



más, si los primores del arte, ó la preciosidad de sus materiales. Los magníficos pórticos del templo de Salomón y su misterioso santuario; las célebres Basílicas de Constantinopla y Roma; las soberbias Catedrales góticas, dechado de belleza, ¿qué son si se comparan con el pecho del cristiano que acaba de recibir el Cuerpo de Jesucristo, y mezcla con su Sangre la sangre de sus venas?

Despreciadores de la materia nos llaman los que no se avergonzaron de doblar sus rodillas ante el mármol viviente de la carne pública. Nosotros, los adoradores de la Sagrada Eucaristía, que vemos á la humana naturaleza desposada con la Divinidad en la Encarnación del Verbo; que llevamos en triunfo los restos del madero en que fué obrada la redención del mundo; que besamos el polvo de los caminos de Galilea y de Judá, porque en él se estamparon las huellas de los piés del Salvador; que recogemos con veneración profunda los despojos de los santos, y los guardamos en artísticos relicarios; nosotros, que tenemos por sagrada la tierra en donde yacen los cuerpos inanimados de nuestros hermanos, y pensamos que el sepulcro es un crisol en donde el cuerpo dejará sus escorias para ser revestido de inmortalidad y de gloria en el día sin ocaso de las eternas recompensas, ¿cómo habíamos

de ultrajar esa materia, que nos recuerda el barro modelado por las manos de Dios, para infundirle el soplo de la vida y hacer de él el cuerpo del patriarca de la especie humana?

« Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes, » decía el rey de Macedonia; yo, parodiando aquella frase, podría decir: si no fuese espíritu, quisiera ser materia, porque aún entonces sería obra de Dios, fruto de su sabiduría y de su bondad; dependería de su Providencia, y unida en la humanidad á un alma inmortal, después de haberla servido en su condición presente, la serviría un día en la felicidad de que también ha de participar el cuerpo<sup>1</sup>.

En expectación de esa felicidad, queremos que el cuerpo obedezca al alma, no sea que trocado el señorío, irremisiblemente la perdamos; labramos los sillares con que se ha de edificar la Jerusalén celestial, y no dejamos de la mano el escoplo y la maza hasta conseguir lo que nos proponemos<sup>2</sup>; affigimos la carne, pero no la aborrecemos; despreciamos los goces de la materia, porque nos satisfacen más los del espíritu; no queremos que nuestros cuerpos sean arrastrados al *spoliarium* del vicio, y preferimos á los afrentosos estigmas del pecado, las santas cicatrices

<sup>1</sup> Lacordaire, *Œuvres*, t. IV, p. 334.

<sup>2</sup> *In Dedicacione ecclesie*, Hym. ad Vesp.



de la virtud, porque, como decía un filósofo pagano, hemos nacido para cosas más altas que para ser esclavos de la carne <sup>1</sup>.

Preciso es que si el grano de trigo ha de germinar coronándose de doradas espigas, sea antes arrojado á los sureos de la tierra, y allí se corrompa, y cuando del todo parecerá perdido, entonces, vivificado por el calor del sol, resucitará rompiendo con sus tallos la gleba que lo cubre. Así completaba el Apóstol su doctrina acerca de la dignidad de la materia, y de esta imagen se valía para enseñar á los corintios la resurrección de los muertos: *Dirá alguno, ¿cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo saldrán? ¡Oh necio! Lo que tú siembras no revive si antes no muere, y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo... Mas Dios le da el cuerpo como quiere, y á cada semilla su propio cuerpo. Toda carne no es la misma carne: mas una carne ciertamente es la de los hombres, y otra carne la de los animales, y otra la de los peces, y otra la de las aves. Y cuerpos hay celestes y cuerpos terrestres, y una es la gloria de los celestes y otra la de los terrestres. Otra es la claridad del sol, y otra la claridad de la luna, y otra la de las estrellas... Así también será la resurrección de los*

1. «Ad majora natus sum quam ut sim mancipium corporis mei.» Séneca.

*muertos: lo que se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción; siémbrese en vergüenza y se levantará con gloria; siémbrese en flaqueza y se levantará con poder; siémbrese cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual.*<sup>1</sup>

La doctrina predicada por San Pablo, no es una novedad introducida por él en las creencias de la Iglesia; su voz es el eco de la voz de los profetas, y sus enseñanzas las enseñanzas de Jesucristo. Lo que Job quería grabar con cincel de hierro en láminas de plomo y esculpir en el duro pedernal <sup>2</sup>; lo que en visión sublime contempló Ezequiel <sup>3</sup>, y cantó David en su arrebatadora salmodia <sup>4</sup>; lo que vaticinó Jonás, saliendo incólume del vientre del cetáceo <sup>5</sup>, y aseguró Isaias con su monumental palabra <sup>6</sup>; lo que alentaba en su martirio á los invictos Macabeos <sup>7</sup>, fué explícitamente confirmado por Cristo Nuestro Señor, cuando dijo á los judíos: *En verdad en verdad os digo, que vendrá hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán... No os maravilléis de esto, porque vendrá hora* <sup>®</sup>

1 I Cor., XV, 35-41.

2 Job, XIX, 24.

3 Ezech., XXXVII, 1-14.

4 Psalm., XV, XXIX, LXXXVII.

5 Jon., II.

6 Isai., XXVI, 19.

7 II Mach., VII, 9, 14.



cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bienes, saldrán á resurrección de vida, y los que hicieron males, á resurrección de juicio<sup>1</sup>, y para más asegurar lo que decía, hizo ensayo de aquella voz omnipotente en el sepulcro de Lázaro, sacando vivo de la corrupción de la muerte á su amigo predilecto, y Él mismo, rompiendo los sellos del pretor de Jerusalén, se alzó victorioso sobre su tumba, empuñando el cetro de la resurrección y de la vida.

La doctrina de la resurrección final, se enlaza tan estrechamente con los dogmas del Cristianismo, es de tal manera fundamental en nuestra Religión y tales las consecuencias que de ella se derivan, que suprimido este artículo de nuestro credo, negada esta verdad, *sería vana nuestra fe é inútiles nuestras predicaciones, porque si los muertos no resucitan, tampoco ha resucitado Cristo, y si no ha resucitado Cristo, se desvanecen nuestras esperanzas, y somos, los que tal creemos, los más desdichados de todos los hombres*<sup>2</sup>.

La esperanza en la resurrección está profundamente arraigada en nuestro corazón, como lo estaba en el corazón de Job, en las amarguras de

<sup>1</sup> Joann., V, 24, 28-29.

<sup>2</sup> I Cor. XV, 13-19.

su desgracia. Por ella creemos que la muerte es un sueño<sup>1</sup>; y llamamos *dormitorios*<sup>2</sup> á los fúnebres recintos donde yacen los humanos despojos esperando la hora solemne de su rehabilitación, para que todo el hombre, en la integridad de su naturaleza, reciba del Juez universal de vivos y de muertos, el galardón supremo ó el castigo perdurable; en ella nos consolamos al ver desaparecer de nuestro lado las personas que nos son queridas, esperando que un día, en el eterno concilio de los bienaventurados, volveremos á estrecharlas con los lazos de un amor que es más fuerte que la muerte; buscamos estímulos para practicar la virtud, y tratamos con respeto los cuerpos que han de ser con las almas partícipes de su inmortalidad, y encontramos valor para arrostrar las penalidades de la vida, aguardando el momento en que trocada en gozo la tristeza, se conviertan en aureola resplandeciente de gloria las cicatrices con que el martirio selló la carne de los campeones de la fe.

Inútilmente pediríamos á la Ciencia explicaciones de este dogma que San Pablo llamó *mis-*

<sup>1</sup> \*No queremos, hermanos, que ignoréis lo que es de los dormidos, para que no os entristezcáis como aquellos que no tienen esperanza alguna. Si, en efecto, creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo Dios reunirá en él á aquellos que se han dormido en Jesús. — San Pablo, I *Thesal.* IV, 12-13.

<sup>2</sup> Esto significa la voz griega *cementerio*.



*terio*<sup>1</sup>, porque si es en cuanto al fin cosa natural que el alma criada para informar al cuerpo, vuelva á reunirse con él, y no permanezca siempre violentamente separada de lo que fué instrumento de sus operaciones, y canal por donde llegaron á su inteligencia los materiales de las ideas, es un hecho sobrenatural en cuanto al modo como ha de verificarse, y es obra exclusiva del poder de Dios, reunir de nuevo los dispersos elementos y volver á juntar los sillares destruidos de ese templo profanado por la muerte.

Esto no impide que la razón, iluminada por la fe, busque y encuentre conveniencias y armonías en las verdades reveladas, que si son superiores á sus alcances y se escapan á sus investigaciones más sutiles, jamás la contrarian ni la ponen en el duro trance de tener que doblegarse ante lo que de un modo manifiesto es absurdo. Así, Tertuliano, y con él los apologistas cristianos, demostraron ser muy conforme á la razón, la resurrección de los cuerpos, y con invencibles argumentos desvanecieron las objeciones que contra ella oponían los herejes. El cuerpo humano, decía el insigne polemista, es el órgano de la vida divina y de los Santos Sacramentos: es lavado en el Bautismo, para que sea purificada el alma; ungido con

<sup>1</sup> 1 ad Cor. XV, 51.

el óleo santo, para que reciba el alma la consagración de Dios; sobre el cuerpo imponen sus manos los sacerdotes, para que el alma sea iluminada por el Espíritu Santo; el cuerpo se alimenta de un manjar divino en la Comunión eucarística, para que el alma participe de la vida de Cristo<sup>1</sup>. Por el cuerpo se manifiesta el poder del alma y con él ostenta su realeza sobre los seres inferiores, y merced á él ofrece á Dios el holocausto de la vida, dándole la prueba más completa de la caridad y el testimonio más brillante de la fe.

Ahora bien: ese cuerpo, canal de todas las bendiciones y de todas las gracias, soldado que peleó las batallas del Señor, altar y víctima de los sacrificios más heroicos, instrumento de las conquistas más gloriosas, compañero inseparable del espíritu en sus más árdas tareas, unido con el alma en los arcanos de la humana naturaleza, ¿sería semejante á la flor que lozana abre su capullo cuando la acarician las brisas de la mañana y la calienta el sol con sus vivificantes destellos, para inclinarse marchita al caer la tarde y despojada de sus galas, devolver á la tierra lo que de la tierra ha recibido? ¿Se desvanecerá como una sombra, ó brillará un instante con los es-

<sup>1</sup> De resurrectione carnis, cap. 8.



plendores de la vida, para ser vencido eternamente por el oprobio de la muerte?

No es posible que la naturaleza humana haya de quedar para siempre mutilada, desconcertando el plan armónico de la Creación, en el cual fué colocada como eslabón misterioso que junta el mundo de la materia con el mundo de los espíritus, ni que sea definitivo el triunfo de la muerte, vencida por el Restaurador de los cielos y de la tierra, que, si quiso voluntariamente pagarla su tributo y ser por algún tiempo la más codiciada de sus víctimas, ni consintió que se cebasen en su carne los repugnantes asoladores de las tumbas, ni la dió lugar á retener su presa, apagando sus fatídicos aplausos con el júbilo de los ángeles que entonaron el *aleluja* de la resurrección sobre su sepulcro vacío.

« La muerte, ha dicho San Pablo, es el último enemigo con quien Dios acabará en el mundo <sup>1</sup>, » expresión enérgica que nos da á conocer cuál será el solemne desenlace del mundo actual, y por qué modos tan admirables ha dispuesto Dios en los conciertos de su eterna sabiduría, la consumación final de la obra de sus manos. La muerte es el *estipendio del pecado* <sup>2</sup>, y es preciso que quien triunfó de él, en la hora definitiva de la justicia,

<sup>1</sup> 1 Cor., XV, 26.

<sup>2</sup> Rom., VI, 3.

cuando *ya no habrá más tiempo* <sup>1</sup>, reclame á la muerte su botín, y llamando de los cuatro vientos á la materia dispersa, de nuevo junte á las almas con sus cuerpos, para ver delante de sus ojos á la humana naturaleza rehabilitada en su integridad primitiva, y con suma equidad proceda á distribuir los premios y los castigos. Todo el hombre debe participar de la sanción eterna del orden moral, porque todo el hombre fué el sujeto de los combates y de las pruebas. El alma vivificó al cuerpo, el cuerpo fué el instrumento del alma; el alma concibió pensamientos nobles y adoptó resoluciones santas; el cuerpo se encorvó bajo el peso de la fatiga, y arrojó las privaciones que le imponía el deber; ante las insinuaciones del mal, perseveró en la virtud el alma; ante las amenazas del martirio, nunca tembló el cuerpo; las relaciones estrechas del alma con el cuerpo, mantuvieron en recíproca correspondencia sus alegrías y sus quebrantos; el rostro se iluminó con los resplandores del alma: el cuerpo padeció en las enfermedades morales del espíritu, y es justo, así lo pide la razón, fundada en el conocimiento experimental de nuestra personalidad compuesta, que los que vivieron asociados en la lucha y juntos padecieron en la tierra, no tengan que estar para

<sup>1</sup> Apoc., X, 6.



siempre divorciados en la recompensa, privada el alma de su actividad externa, y humillado el cuerpo bajo la pesadumbre de la muerte.

«Transportáos con el pensamiento á las riberas del mar Muerto, donde estuvieron las nefandas ciudades de Sodoma y Gomorra; allí yacen monstruos de iniquidad y de depravación. Las emanaciones que de allí salen emponzoñan todavía la comarca, y jamás las aves levantan su vuelo sobre aquel mar, señalado por las venganzas divinas. Aquella es la tumba de los cuerpos más ignominiosos que jamás han vivido, y que, á fuerza de crímenes, mancharon, degradaron y materializaron el alma; aquella es la necrópolis de la carne corrompida, maldita y reprobada. Volved los ojos á espectáculos más consoladores: penetrad en el austero recinto de una cartuja, en aquellos humildes panteones donde los hermanos descansan al lado de los hermanos, á la sombra de una cruz, sin emblemas ni epitafios. ¡Cuán dulce y profunda paz! ¡Qué perfumes de virtudes, qué aroma de santidad! No borró la muerte en aquellos cuerpos la majestuosa serenidad que les comunicaba la dignidad del alma, ni los reflejos de la luz divina que recibieron al pie de los altares; dejaron de latir aquellos corazones, sin haber sentido las conmociones de la impureza; aquellos piés y aquellas manos, sirvieron con

lealtad constante las indicaciones de sus almas justas... En esos dos cementerios está marcada la división profunda que separa á los buenos de los malos; en el uno, está sepultada la carne ajada por el vicio: en el otro, la carne espiritualizada por la virtud; en el uno, los instrumentos de la corrupción y del crimen: en el otro, los instrumentos de la santidad y del heroísmo. ¿Cómo es posible que un mismo destino sea la suerte definitiva de los servidores dóciles de las almas santas, y de los tiranos ignominiosos de las almas envilecidas? No: la justicia divina castiga ó recompensa al hombre entero, y porque el hombre, el cuerpo y el alma, sirvieron al honor y á la virtud, ó se dejaron arrastrar por las pendientes de la vida depravada y sensual, es justo que reciban su salario, Sodoma y Babilonia la resurrección de la ignominia eterna, los castos hogares, los claustros inmaculados, los cementerios de la patria y de la paz, la resurrección de la gloria interminable!..»

No menos que la reparación del orden moral violado por la culpa, exigen la resurrección del cuerpo la naturaleza del alma, y el deseo de la suprema felicidad, innato en el corazón humano. El alma, como tuvimos ocasión de ver en la an-

1 Mons. Besson, *Les mysteres de la vie future*, p. 185.



terior Conferencia, es inmortal por su naturaleza; pero el alma, destinada á ser la *forma substancial* del cuerpo humano, se encuentra, al separarse de él, en un estado que es de alguna manera violento. El apego que tenemos á la vida, la energía con que la naturaleza disputa á la muerte su terreno y se defiende de sus acometidas, nos indican que la separación no ha de ser nuestro estado definitivo; lo que es violento no puede durar siempre<sup>1</sup>.

El alma, al separarse del cuerpo, nada pierde de lo que constituye la perfección de su naturaleza; pero privada del organismo, se interrumpen sus relaciones con el mundo material, y quedan como en estado latente sus facultades sensitivas. Esta privación no menoscaba la felicidad *esencial* de que gozan las almas justas inmediatamente después de la muerte, pero es muy razonable que esa felicidad esencial se aumente con las satisfacciones *accidentales* que proceden de los sentidos elevados y perfeccionados en la reintegración de la naturaleza, que la privación voluntaria de los placeres sensibles, lícitos y honestos que aquí nos ha servido para aquilatar el mérito de la virtud, nos sirva de premio y de corona en la eterna bienaventuranza. La idea que tenemos de la felici-

<sup>1</sup> S. Thom. *Contra Gent.*, lib. III, c. 79.

dad es una idea compleja que abraza las emociones sensibles de la materia y las satisfacciones morales del espíritu; y aunque son groseros y accesorios los deleites materiales comparados con el dejo y el regalo que recrean el alma en sus espirituales complacencias, no por eso son menos necesarios para labrar y completar nuestra felicidad natural. *Mi corazón y mi carne se alegraron en el Dios vivo*<sup>1</sup>, decía el Profeta coronado, cuando cantó las delicias que experimentan los santos al verse en presencia del Tabernáculo de Dios.

Solo el dogma de la resurrección de los cuerpos, resuelve de una manera completa el problema de la perfección cabal de nuestra naturaleza. La *reencarnación* de las almas con que algunos han querido resolverlo, es una hipótesis inadmisibles, porque destruye la identidad personal de nuestro ser, esencialmente compuesto de alma y cuerpo, contradice el testimonio de la conciencia que de ningún modo recuerda existencias anteriores, y aplaza injustificadamente la recompensa merecida por los que murieron siendo buenos. En cambio, en la doctrina católica, sin hacer violencia á la razón, conciliando las tendencias de todos los seres hacia su perfeccionamiento con los designios providenciales de Dios, armonizan-

<sup>1</sup> Psalm. LXXXIII, 3.



dó las verdades reveladas con los principios de la más sólida Filosofía, encontramos una solución que del todo nos satisface. Obra humana es el mal, abuso de la libertad es el pecado que trastornó el orden establecido por la sabiduría del Criador en la naturaleza del hombre, y obra suya ha de ser, con la necesaria cooperación personal á los auxilios divinos, la consecución de lo que perdimos por la culpa original. La voluntad, fortalecida con la gracia que por los méritos del Redentor se nos concede, emprende la conquista de nuestra inmortalidad gloriosa, entra en batalla con los enemigos visibles é invisibles de la virtud, levanta el espíritu con nobilísimas aspiraciones hasta la participación de la vida sobrenatural; á medida que crecen sus esfuerzos y se multiplican sus victorias, recibe con más frecuencia la visitación de Dios, y con más abundancia sus dones inefables; trasciende al cuerpo la serenidad del alma, ilumínase su frente con los resplandores de la santidad, asiéntase la paz en el corazón, como feliz presagio de lo que ha de ser el hombre glorificado en la consumación final del mundo. El alma unida con el cuerpo, sin antagonismos ni rebeldias, trocado en inmortal lo corruptible, resplandeciente la materia como los astros fulgurantes que centellean en el espacio <sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Brillarán los justos y discurrirán como centellas entre aristas. Sap. III, 7.

ágil como la luz en su carrera vertiginosa, impasible como la santa humanidad de Cristo resucitado <sup>1</sup>, sutil y penetrante como las rayos del sol, constituirán en la ciudad de los escogidos el ideal supremo de la belleza humana, y Dios contemplará la obra de sus manos, tal como la concibió en sus eternos pensamientos.

Estos son los términos que á nuestra perfección señala el *evolucionismo* cristiano, y estas las columnas que levanta la Religión como término del progreso humano. Inútilmente se esfuerzan los modernos materialistas en derribarlas, reproduciendo antiguas objeciones, que por haber sido propuestas en nombre de la Filosofía pagana, en los primeros siglos de la Iglesia, fueron victoriosamente refutadas por los primeros apologistas de la fe <sup>2</sup>. Es imposible, dicen, que el alma recobre en la resurrección su propio cuerpo, pues en el flujo y reflujo constante á que está sujeta la materia, aun sin necesidad de recurrir á la antropofagia, podemos asegurar que las moléculas que hoy componen nuestro organismo, nos habrán totalmente abandonado dentro de algún tiempo, para formar parte de otros organismos semejan-

<sup>1</sup> Transformará el cuerpo de nuestra bajeza, haciéndolo conforme al cuerpo de su claridad. Philip. III, 21.

<sup>2</sup> Tertuliano, *De resurrectione carnis*; Lactancio, *Inst. Divin.* lib. VII, cap. 27. Atenágoras y Orígenes.



tes, y ¿quién sabe en el fondo de qué mar ó en qué cerebro humano está el fósforo que vendrá á ser substancia de nuestro cerebro, ó en qué arterias vibra la molécula de hierro que vigorizará nuestra sangre? Suponiendo resuelta esta dificultad, quedaria por resolver otra no menos importante: el cuerpo humano, es esencialmente corruptible, necesita nutrirse para vivir, está por su constitución material expuesto á las contingencias de la enfermedad y de la muerte, y, ó deja de ser lo que es, en cuyo caso la identidad específica é individual desaparecen, ó resucita para ser gravoso al alma y volver á desprenderse de ella en una nueva separación.

Para desvanecer estas dificultades, bástanos considerar que la resurrección es obra exclusiva del poder de Dios, y Él, *que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza*<sup>1</sup>, y sabe los secretos caminos por donde van los átomos, bien podrá llamarlos para que, obedientes á su mandato soberano, vuelvan á reunirse formando el cuerpo, no siéndole más difícil reconstruirlo que crearlo. Pero, porque no digan los adversarios, repitiendo la frase de Spinoza, «que recurrimos á la voluntad de Dios, como asilo supremo de nuestra ignorancia,» sin ningún inconveniente podemos recu-

<sup>1</sup> Matth. X, 30.

rrir al buen sentido de la razón, para decir cómo es posible la identidad individual en los cuerpos resucitados.

Indudablemente esta identidad no ha de ser tan absoluta y tan completa, que hayamos de hacerla consistir en la reunión de toda la materia que durante toda la vida nos perteneció desde la concepción hasta la muerte. Un cuerpo así formado, sería monstruoso, y no ha de ser la identidad de otra manera en la resurrección, que en la vida presente. Ahora bien: ninguna de las moléculas que formaron parte del cuerpo cuando niño, le pertenecen cuando viejo, y, sin embargo, tenemos conciencia de nuestra identidad en todas las fases de la vida, no se borran las cicatrices que en el cuerpo dejaron las heridas, no se altera su temperamento, ni desaparecen sus naturales disposiciones, porque el principio, la base de nuestra identidad personal, no es la materia, sino el alma, *forma substancial* del cuerpo, y basta que el cuerpo resucitado reproduzca las mismas diferencias específicas que le caracterizaron antes de la muerte, para que unido al alma podamos decir: este es mi propio cuerpo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estaríamos en lo cierto al decir que resucitaremos con *nuestro propio cuerpo*, aunque no conservásemos ni una sola de las moléculas que formaron parte de él antes de la muerte, con tal que el cuerpo resucitado reproduzca las mismas diferencias específicas que entonces le caracterizaron, y no vemos por qué ha de ser más difícil á la omnipotencia divina



El cuerpo será el mismo, pero sus condiciones habrán variado notablemente. ¿Quién diría, si la Ciencia no lo asegurase, que son un mismo cuerpo, por su composición elemental, el negro carbono que se consume en el hogar, y el refulgente diamante que centellea en la corona de los reyes; que son un mismo insecto la repugnante larva, y la mariposa que, al romper su capullo, extiende sobre las flores sus matizadas alas?

La Química llama *isómeros* á los cuerpos que varían sus condiciones características y sus propiedades, sin variar de composición, y no acierta á explicar por qué el azufre, por ejemplo, disuelto en el sulfuro de carbono, cristaliza de una manera á la temperatura ordinaria y de otra á la temperatura de cien grados, volviendo sus cristales, al enfriarse, á tomar la forma primitiva. Del mismo modo, podemos decir con Ritter<sup>1</sup>, la substancia del cuerpo humano, que en la actualidad se nos manifiesta por moléculas sensibles, ¿por qué no ha de poder existir independientemente de estas moléculas? Debajo de las cualidades físicas y químicas del cuerpo, hay un *substratum* permanente, esencial, que en nada repugna á la idea de una vida perpétua, inmortal.

restituir á cada cuerpo sus propios elementos orgánicos, que recomponerlos con elementos extraños. — Mons. Freppel, *Origène*, tom. II, p. 45.

<sup>1</sup> Cit. por Duilhé, *Apól. scient.* p. 475.

No conocemos tan á fondo la naturaleza, que podamos señalar límites á las maravillas que en su seno guarda todavía, y que con laudable celo desentrañan los hombres dedicados á su estudio; mucho menos, imposible de todo punto es que señalemos límites al poder de Dios, autor de esas maravillas y de la naturaleza que las produce. La naturaleza perpetúa las especies por medio de la generación; Dios perpetuará el individuo humano por medio de la resurrección<sup>1</sup>; el alma inmortal por su naturaleza, y la materia indestructible por sí misma, volverán á unirse, y Dios será glorificado.

Hagámonos dignos de merecer las mercedes que á los justos tiene prometidas; preparemos con buenas obras la rehabilitación del cuerpo, que si en virtud del universal decreto de la justicia divina, ha de ser encerrado en las gemonias de la muerte, por el triunfo que alcanzó sobre ella el Redentor del mundo, ha de levantarse de la humillación del polvo, para brillar en las perpétuas eternidades. Nunca profanemos el santuario consagrado por la unción del Espíritu Santo; tratemos con respeto el templo vivo de Dios, y no le consintamos cosa indigna de la majestad que en él vino á hospedarse. Repitamos las palabras con

<sup>1</sup> *Contra gentes*, lib. IV, c. 82.



que la Iglesia renueva sus esperanzas ante los fríos despojos de sus fieles hijos, y á las blasfemias de la impiedad, opongamos la sublime confesión de Job: *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; yo mismo le veré, mis ojos y no otros le verán, y esta esperanza mía, está profundamente arraigada en mis entrañas*!

1 Job, XIX, 25-27.

## CONFERENCIA OCTAVA

## LA VIDA FUTURA

Erit Deus omnia in omnibus, et  
illius presentia omnes animæ et  
corporis implebit appetitus.

S. CIPRIANO, *Serm. de Ascensione.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



que la Iglesia renueva sus esperanzas ante los fríos despojos de sus fieles hijos, y á las blasfemias de la impiedad, opongamos la sublime confesión de Job: *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; yo mismo le veré, mis ojos y no otros le verán, y esta esperanza mía, está profundamente arraigada en mis entrañas*!

1 Job, XIX, 25-27.

## CONFERENCIA OCTAVA

### LA VIDA FUTURA

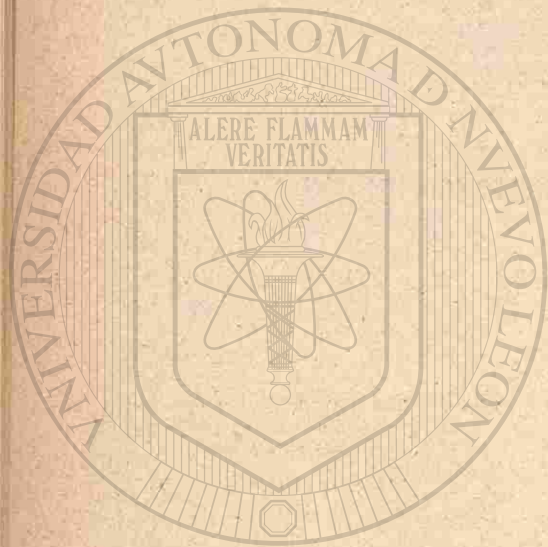
Erit Deus omnia in omnibus, et illius presentia omnes animæ et corporis implebit appetitus.

S. CIPRIANO, *Serm. de Ascensione.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA VIDA FUTURA

EXCMOS. Y RVMOS. SEÑORES <sup>1</sup>:

Al hablar del origen de la vida, tuvimos que reconocer en Dios la causa primera de todos los seres que se agitan y se mueven en el Universo; la fuente suprema de donde proceden, en incontable muchedumbre, las criaturas vivientes que pueblan el mundo; el Creador soberano de las almas y el autor sapientísimo de nuestra humana naturaleza. Sabemos de dónde venimos, cuál es la nobleza de nuestro origen, de qué sol es nuestra inteligencia como pálido reflejo, y en virtud

<sup>1</sup> Monseñor A. di Pietro, Arzobispo de Nacianzo y Nuncio de S. S. en España, y el Obispo de Madrid-Alcalá.



de qué impulso se mueve la voluntad. La antorcha de la fe iluminando los misterios de la Ciencia, y la razón apoyando con sus conclusiones las verdades reveladas, nos han demostrado la vanidad de los sofismas inventados por el error para atacar á la Religión en sus principios fundamentales, y establecer un divorcio violento entre las Ciencias humanas y divinas.

Hoy, como remate de estas Conferencias, en que me propuse discutir las cuestiones más graves entre las muchas que, renovando desacreditadas teorías, ha planteado el positivismo contemporáneo, volvemos á Dios, para encontrar en Él la vida de nuestra vida en los siglos eternos; la solución final y el supremo desenlace de nuestra existencia sobre la tierra; el descanso completo y permanente de nuestras fatigas; la satisfacción perfecta y adecuada de todos los apetitos racionales. Y no os parezca arriesgado atrevimiento el mío, al querer escudriñar los secretos de la vida futura, ni tengáis por imposible el que sepamos en qué género de operaciones ejercitarán las almas inmortales sus potencias, cuando serán separadas de sus cuerpos, y en qué condiciones vivirá la humanidad después de resucitada, pues *lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre fué capaz de sospechar... nos lo ha revelado Dios por su Espíritu, porque el Espíritu*

*lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios*<sup>1</sup>; nos lo enseña la fe, único criterio que puede seguramente franquearnos las puertas de la eternidad, y poner delante de nuestros ojos el sublime cuadro de sus delicias inenarrables.

Llena está la Historia de la Filosofía de opiniones equivocadas, y en cada página nos descubre el lamentable naufragio de aquellos que, sin la brújula de la fe, largaron las velas de su razón para explorar el mar sin fondo y sin riberas de lo infinito; la triste suerte de los profanos que intentaron descorrer los velos con que Dios quiso cubrir el tabernáculo de su gloria, y el fracaso de las hipótesis que, adornadas con las galas de la poesía y revestidas de cierto carácter científico, estuvieron muy en boga en tiempos cercanos á los nuestros, y que hoy no pasan de ser sueños de imaginaciones exaltadas, ó relaciones puramente fantásticas de ingenios fecundos, pero en esta cuestión lastimosamente extraviados<sup>2</sup>.

No por eso temáis que desprecie yo las enseñanzas sólidas, pero incompletas, de la razón natural, que, si no acierta á revelarnos todos los misterios de la vida futura, puede, sin embargo, iluminada por la fe, descubrir las relaciones ad-

<sup>1</sup> I Cor., II, 9-10.

<sup>2</sup> De este género son las hipótesis de Camilo Flammarion, en su obra titulada *Lumen*.



mirables que Dios ha establecido entre las aspiraciones del alma y las eternas recompensas, entre el orden moral y las sanciones de su justicia, entre la vida temporal y la vida eterna. Ese camino es el que pienso yo seguir, sin desviarme un punto de las enseñanzas de la Iglesia, que, si son superiores á las enseñanzas de la razón, y de un orden más alto que las conclusiones de la Filosofía, en la razón y en la Filosofía encuentran auxiliares poderosos para llevar el convencimiento á las inteligencias que, sin preocupaciones ni prejuicios, generosamente se lanzan en seguimiento de las huellas luminosas de la verdad, dispuestas á aceptarla, cualesquiera que sean los deberes que la verdad imponga.

En este sentido, no me será difícil demostrar que la vida futura, según el concepto y las explicaciones que de ella nos da la doctrina católica, es la solución eminentemente racional de las aspiraciones y de los destinos de la naturaleza humana.

El tránsito de la vida presente á la vida futura, el golpe doloroso y terrible de la muerte, no quebranta ni destruye la naturaleza de las almas, puestas, por razón de su inmortalidad, fuera del

alcance de esas fuerzas disolventes, que tan extraños cambios y tan maravillosas metamorfosis producen en las substancias materiales. En la integridad radical de sus facultades, sin perder las dotes con que Dios las adornó al tiempo de crearlas, aparecen ante Él seguidas del cortejo de sus obras, conservando el caudal escaso ó abundante de los conocimientos adquiridos, y sujetas á la responsabilidad de los actos que libremente ejecutaron. Dejaron en la tierra el deleznable barro que animaron con su presencia; salieron de la región de las tinieblas, del hondo valle de su destierro, para escalar las cumbres resplandecientes y descubrir los horizontes inmensos de la eternidad. ¿Qué suerte será la suya? ¿Volverán á comenzar de nuevo sus pruebas dolorosas, y emprenderán otra vez el penoso viaje que pensaron acabar con la muerte, viéndose lanzadas á los espacios siderales por invisible mano, para recorrer en interminable peregrinación los astros? ¿Será aquella la primera etapa de un ciclo de existencias que, renovándose siempre, añaden constantemente nuevas perfecciones á los espíritus, y será el *Excelsior* de un progreso indefinido el regocijado himno que cantan las almas en su marcha triunfal hacia un término que jamás han de alcanzar? Tristes destinos los nuestros, y tormento más terrible que el de Sísifo, sería este, si,



después de batallar contra los enemigos visibles é invisibles de la virtud, al cabo de la jornada, no encontrásemos en Dios el descanso apetecido. Contra esas soluciones inventadas por una Filosofía caprichosa, y destituidas de todo fundamento racional, se subleva nuestra conciencia, el sentido común y los presentimientos de la naturaleza. Las cosas que se mueven, ha dicho Santo Tomás<sup>1</sup>, no se mueven por moverse, sino para llegar; caminan todas hacia el reposo, término final de todos los movimientos, y el mundo material, la gran máquina del Universo, tiene señalada en los relojes de la Ciencia la hora en que suspenderá su marcha para ser enteramente renovada<sup>2</sup>.

*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido, y el mar ya no existe; y yo Juan, vi la ciudad santa de Jerusalén nueva, que descendía del cielo, adornada por Dios como la esposa ataviada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía: he aquí la morada de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará toda lágrima de los ojos de*

<sup>1</sup> *Summa Theol.* I, q. LXXIX, a. 8.

<sup>2</sup> Cf. *L'univers invisible*, de Balfour Stewart.

*ellos, y no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas*<sup>1</sup>. Con este magnífico lenguaje describía el Evangelista desterrado en Patmos, los esplendores de la vida futura, dando en ella por terminadas las pruebas de nuestra vida terrenal, y acabadas para siempre las congojas que acibararan nuestra actual existencia. Descanso, y descanso interminable, llaman las Sagradas Escrituras á la vida de las almas bienaventuradas, y en ningún lugar han indicado que esa paz pueda interrumpirse, ni tampoco que los justos hayan de aguardar para conseguirla nuevas peregrinaciones y nuevos combates. Si limpias de toda culpa abandonaron las almas el mundo, justo es que reciban inmediatamente la merecida recompensa; y si después de haber tenido en su mano los medios de purificarse, y abierto el camino que había de conducir las almas al término final de sus destinos, voluntariamente las rechazaron y se negaron á seguirlo, no hay razón para que se les conceda un nuevo plazo, y dejen de recibir el castigo á que culpablemente se han hecho acreedoras. Establézcase como sanción suprema del orden moral, la vida errante de las almas, y el orden moral habrá desaparecido. ¿Qué esperanza sostendrá la

<sup>1</sup> Apoc. XXI, 1-4.



fortaleza de los que luchan por alcanzar el premio y la corona, ni qué temores detendrán en las pendientes del mal, á los que se dejan llevar de sus pasiones? Esa justicia tardía que nunca se resuelve á pronunciar su fallo definitivo, que va siempre buscando nuevas pruebas, y pone á los delincuentes cada vez en peores condiciones para que se corrijan, acusaría de ignorancia á quien la ejerce, y sería más intolerable que las penas eternas, que es principalmente lo que se quiere negar. Si la Religión cristiana hubiese cegado el pozo del abismo, si á todos indistintamente prometiese el Paraíso, ni uno solo hubiese puesto en duda su existencia, contagiados como están todos los hombres por el deseo de una felicidad completa, inacabable, eterna.

La doctrina católica, levantándose por encima de las opiniones humanas, colmando las aspiraciones más nobles del corazón, y satisfaciendo con creces sus más grandes esperanzas, desprecia los groseros placeres de un Edén voluptuoso, rechaza las fábulas de la mitología pagana, condena la moderna *Palingenesia* y la antigua *Metempsicosis*; alumbrada por la fe, resuelve los misterios de la vida futura, y da á sus problemas una solución consoladora, justa y racional, y del mismo modo que Dios hizo salir al patriarca Abrahám de su tierra natal, para llevarlo á la

región feliz en donde habían de realizarse las divinas promesas, nos señala en el término de nuestro viaje, en la tierra prometida de los santos, á Dios mismo, como recompensa sobremanera grande de todos nuestros trabajos<sup>1</sup>.

No menos que esto podía hartar el hambre de una naturaleza hecha á su imagen y semejanza, y aunque jamás la razón humana ha conseguido medir la grandeza de esta soberana felicidad, conjunto de todos los bienes apetecibles sin mezcla alguna de mal, y si, áun guiados por la fe, solo podemos rastrear lo que serán sus delicias inefables, responde tan bien esta solución á las tendencias del espíritu, que entre los mismos filósofos paganos no faltaron quienes llegasen á columbrarla, y ensayasen su descripción en cuadros de brillante colorido.

«Llega el alma al colmo de la felicidad, decía Séneca, y posee todos los privilegios de que puede gozar la humana naturaleza, cuando tendiendo el vuelo hacia el cielo, se pasea en medio de las estrellas, vive en las regiones superiores, y desde allí desprecia los soberbios palacios y los tesoros de los potentados... Cuando contemple desde el cielo este pequeño globo de la tierra, cubierto en su mayor parte por el mar, áspero,

<sup>1</sup> Gen., XV, 1.; Sap., V, 16.



escabroso é inhabitable en muchos puntos á causa del rigor del frío ó del exceso del calor, nada valdrán á sus ojos los pórticos brillantes, los artesonados con incrustaciones de marfil, los bosquillos plantados á cordel y las fuentes que murmuran en los jardines. Entonces el espíritu exclama: ¿ Es este aquel pequeño punto cuya posesión se disputan las naciones á sangre y fuego ? ¡ Oh ! ¡ Cuán insensatos son los mortales, y cuán estrechas son sus miras ! Este mar en donde navegáis, esta tierra donde hacéis la guerra y fundáis monarquías, solo es un átomo. Pero allá arriba hay vastísimos espacios, en posesión de los cuales entra el espíritu, si está purificado de toda mancha, si no llevó consigo aficiones terrenales, si se ha distinguido por sus virtudes. Cuando un espíritu de esta índole ha llegado á las regiones celestiales, se encuentra en ellas como en su propia morada, se eleva y se engrandece, y vuelve, por decirlo así, á su celestial origen... Allí contempla con exactitud el orto y el ocaso de las estrellas, y sus variados movimientos ; allí descubre y examina todas las cosas con acierto, puesto que todas le pertenecen... Allí, en fin, llega al conocimiento de lo que aquí ha investigado con afanosos desvelos; allí empieza á conocer á Dios.»

Conocer á Dios y amarle : en esto consiste la

vida eterna<sup>1</sup>; conocer á Dios, viéndole cara á cara<sup>2</sup>, levantados los cendales que le ocultan á las miradas de la fe ; penetrar en el *Sancta Sanctorum* de su glorioso tabernáculo, y beber en el torrente de sus delicias<sup>3</sup>; verle con la luz misma de su rostro<sup>4</sup>, y unirse á Él con la indisoluble lazada de un abrazo eterno ; vivir para siempre en las anchuras de su seno, y reinar con Él en las perpetuas eternidades<sup>5</sup>, es lo que han sabido decirnos los Libros Santos de esa bienaventurada existencia de las almas, cuando serán llegadas al término de su carrera, y habrán echado sus áncoras en los bonancibles puertos de la gloria.

Conocer y amar: en eso consiste la vida de los espíritus, y eso hacemos desde que empezamos á vivir vida racional, desde el instante primero en que alboréó en nuestras inteligencias la luz de la razón, y presintiendo la grandeza de su destino, ni satisfacen al alma las brillantes perspectivas de la Ciencia, ni echados en su corazón todos los amores, serian bastantes á llenarlo. ¿ Qué sabio dijo: *basta*, en el curso de sus tareas, ni descansó satisfecho en lo que consiguió saber ? El descubrimiento de un astro perdido en las sole-

1 Joan., XVII, 3.

2 Act., II, 28.

3 Psalm., XXXV, 9.

4 Ibid.

5 Rom., V, 17; Apoc. XXII, 5.



dades del espacio, hizo barruntar la existencia de otros, y despertó el deseo de calcular sus elementos; los gigantescos soles son estrellas de constelaciones inmensas, y la imperceptible nebulosa aparece como archipiélago de mundos ante los ojos del astrónomo extasiado, y nunca los navegantes de lo infinito lograron llegar á las columnas, más allá de las cuales está vedado al hombre dirigir el curso de sus investigaciones científicas; y si de los cielos bajamos á la tierra, si del mundo infinitamente grande, pasamos al infinitamente pequeño, veremos al hombre empeñado en conocerlo con el mismo afán, y obligado á confesar su ignorancia con las mismas decepciones. Cada día brotan del seno de la tierra indescifrables enigmas, como cada día el labrador que hunde su arado en los solitarios campos donde en otros tiempos se alzaron ciudades famosas, descubre jeroglíficos y medallas que reforman con sus datos las narraciones de la Historia; la vida se fracciona y se divide en maravillosos organismos, para quienes una gota de rocío es habitación tan holgada como el Océano para el cetáceo desmesurado, y nunca la inteligencia plegó sus alas, ni se confesó vencida, ni hubo sabio que al tiempo de morir no pudiese repetir la exclamación de Goethe: ¡Luz, luz!

Lo que sucede á la inteligencia, vése repetido

en el corazón, constantemente atormentado por insaciables deseos. Lienadle, si queréis, de todos los amores, y dejadle que apure la copa de todos los placeres; hacedle vivir enamorado de su familia, con la ternura de la más cariñosa de las madres; poned en él el patriotismo de un romano y la caridad de un santo, y si, después de haberlo henchido de las más castas emociones, os llegáis á él para auscultarlo, os convenceréis de vuestra impotencia y del insondable abismo que llevamos en el pecho, y de cómo el corazón está hecho á la medida de la inteligencia. Y si estos nobilísimos amores no bastan á satisfacerlo, ¿qué será cuando ese corazón se inflame con el fuego de las pasiones, y busque en la posesión de los honores y de las riquezas su paz y su descanso?

Hubo en Jerusalén un monarca opulento mimado de la fortuna; su sabiduría quedó en proverbio, y sus palacios no tuvieron semejante; *allegó el oro cual si fuera estaño y la plata como plomo*<sup>1</sup>; nada negó á sus ojos que sus ojos desearan, ni hubo deleite que no gustase, ni regalo que no fuese suyo; de lejos volvían sus naves cargadas de riquezas, y le ofrecían los reyes presentes de piedras preciosas y pájaros de vistosas plumas; sentado en trono de marfil, recibía brillantes em-

<sup>1</sup> Eccli., XLVII, 20.



bajadas, y como oráculo dictaba sus sentencias, y sin embargo, cuando fué llegado el tiempo de que su corazón hablase, para enseñanza de las gentes, dejó escritas estas palabras memorables:

*Vanidad de vanidades y todo es vanidad y aflicción de espíritu*<sup>1</sup>.

Elocuentemente describió los misterios del corazón humano San Agustín, que si buscó como Salomón en los placeres terrenales el descanso de su alma, como él tuvo que confesar sus desencantos, y recorriendo todas las criaturas, por ver si alguna de ellas apagaba la sed de felicidad que le abrasaba, todas á una voz le respondieron que era más grande el objeto de sus querencias, y que hasta que á él no llegase, en vano se afanaba buscando el sosiego que la naturaleza entera, con todas sus maravillas, era incapaz de darle. No lo encontró en la belleza corporal, ni en la bondad transitoria, ni en la luz á los ojos agradable; no en la gustosa fragancia de las flores, ni en la dulzura de la miel, ni en las suaves melodías de la música; la tierra y el mar se lo negaron; el aire y las aves que lo cruzan le respondieron que estaba más arriba; los astros centelleantes confesaron su impotencia, hasta que al fin, remontándose sobre toda la naturaleza y so-

<sup>1</sup> Eccle. I, 2, 14.

bre todos los espíritus, llevado en alas de la contemplación, llegóse al trono de Dios, y allí encontró lo que buscaba. Resplandeció en su interior una luz que no ocupa lugar; percibió un sonido que no lo arrebató el tiempo; sintió una fragancia que no la esparce el aire; saboreó un manjar que nunca se consume, y comenzó á poseer un bien que nunca se deja por fastidio<sup>1</sup>. « Mi corazón, exclamaba, ha estado inquieto hasta descansar en Vos. Solo Vos le habéis dado la paz, porque sois mi Dios, y en Vos se encuentra la satisfacción eterna. »

Así, señores, llevamos en nuestra propia naturaleza los presentimientos de nuestro fin, y ese es el sello con que Dios ha marcado la obra maestra de su poder; esas son las voces elocuentes con que la razón confirma las enseñanzas de la fe, y esas las esperanzas que nos hacen despreciar los males de la vida, y todo lo que es como ellos mutable y pasajero. Admitida la inmortalidad del alma, ningún sistema religioso, ninguna escuela filosófica ha desarrollado las consecuencias que se siguen de la supervivencia de los espíritus, de una manera tan completa y al mismo tiempo tan racional, como el Cristianismo; nadie ha sabido establecer el orden moral sobre base tan sólida,

<sup>1</sup> Confesiones, lib. X, c. VI.



ni ha explicado mejor las chocantes anomalías que se observan en el mundo, donde la Providencia de Dios, respetando la libertad humana, tiene que consentir muchas veces el triunfo del mal y la opresión del bien, la injusticia y la tiranía, el error y el vicio, la persecución de la virtud y la prosperidad de sus perseguidores. La vida futura es para nosotros el reinado de la justicia, el restablecimiento del orden, la recompensa indefectible de los buenos y el castigo perdurable de los malos, la luz que aclara el caos de la Historia y la clave que descifra todos sus enigmas. Dios es paciente, tolera el pecado, permite que los inocentes sean castigados, les deja llegar hasta la muerte ultrajados y desconocidos, porque Dios es eterno, porque esta vida no es la vida verdadera, porque *no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura*<sup>1</sup>.

Poner la mano en este dogma para desnaturalizarlo, es lo mismo que trastornar las leyes por que se rige el mundo de las almas, y negarlo vale tanto como arrancar al corazón sus más caras esperanzas. « Quien en este mundo de angustia y de pecado combate por la verdad moral, es seguramente más fuerte cuando cree que, pronto ó tarde, se apoderará de su ser una visión de feli-

<sup>1</sup> Hebr., XIII, 14.

cidad y de paz, del mismo modo que quien trabaja en la cumbre de una montaña, persevera con más valor en su tarea, cuando más allá de las nieves y de las rocas ve humear el hogar de su descanso<sup>1</sup>.» Así, la madre de los Macabeos, alentando á sus hijos al martirio, decía á uno de ellos: *Ruégote, hijo mío, que mires el cielo y la tierra y todas las cosas que están en ellos, y que entiendas que Dios lo hizo todo de nada, y del mismo modo el linaje de los hombres. Y así se hará que no temas á este verdugo; mas antes recibas la muerte hecho digno de tus hermanos, para que con ellos yo te reciba en aquella misericordia*<sup>2</sup>.

Los que ya no creen en la existencia de la otra vida, tienen necesidad de buscar en esta el Paraíso; cruzan como Israel el desierto, sin acertar á fijar sus tiendas; el tedio les consume; todos los placeres acaban por fastidiarles, y, abandonados á sí mismos, sin profeta que les guíe, cuando piensan estar cerca de la felicidad, la encuentran defendida por dificultades más terribles que la espada de fuego del Querubín puesto por Dios en la puerta del Edén. ¿Qué sería de la humanidad sin la esperanza del cielo? ¿A qué catástrofes nos conduciría el convencimiento de nuestra desgracia? Si nos comparamos con los animales, son

<sup>1</sup> Huxley, cit. por Dailhé, *Apol. scient.* p. 445.

<sup>2</sup> II Mach. VII, 28, 29.



más felices que nosotros: no tienen penas por lo pasado, ni el cuidado de lo porvenir; el instinto nunca les engaña, ni sus placeres les causan remordimiento; no les atormenta la duda, ni el temor, ni el deseo, y la muerte de sus semejantes no les hace derramar lágrimas. Una pradera fecunda es para ellos un jardín de delicias: la hierba crece debajo de sus pies, sin que se hayan tomado el trabajo de sembrarla; el arroyuelo que serpentea por el valle, les ofrece una bebida deliciosa; nacen amaestrados para luchar por la existencia, y la naturaleza les provee de vestido y de defensa. Ellos serían los reyes de la Creación, si el hombre no tuviese otro destino que el dolor y el sufrimiento. Pero cuando Dios nos convida á la Pascua interminable de la gloria; cuando sentimos alentar en nosotros un espíritu inmortal, capaz de conocer á Dios y de amarle, llamado con vocación divina á la posesión de un reino que nunca tendrá fin, entonces el dolor se transfigura, los quebrantos del corazón son fugaces meteoros que no pueden eclipsar el sol de nuestra dicha, el mundo es pequeño para satisfacer nuestras legítimas ambiciones.

Mas ¿cómo podrá una inteligencia finita conocer á Dios como es? ¿Qué pupila podrá resistir los resplandores de la verdad absoluta, ni en qué corazón cabrá sin que se rompa, el amor del

Sumo Bien? Si los pálidos reflejos de la belleza soberana hacen enloquecer á los mortales, ¿qué será contemplar al arquetipo de todas las hermosuras, y tener delante de los ojos al ideal supremo de todas las bellezas? *Gracia de Dios es la vida eterna*<sup>1</sup>, y solo Dios puede levantar á las almas de la miseria y del polvo, para colocarlas entre los príncipes de su pueblo<sup>2</sup>; obra exclusivamente suya es la glorificación del hombre<sup>3</sup>, y Él, que iluminó nuestra frente con la lumbre de su rostro<sup>4</sup>, sabrá dilatar nuestras pupilas y ensanchar el corazón para que, sin destruir nuestra naturaleza, pero elevándola á un orden sobrenatural, bebamos en el torrente de sus delicias, y con su misma luz le veamos<sup>5</sup>.

Ahora conocemos á Dios por la fe, de Él nos habla la naturaleza; en cada una de sus criaturas dejó estampada la huella de su poder; los cielos publican su gloria, y el mar su inmensidad; con caracteres de fuego escribió su nombre en el firmamento, y eco de su voz es el rumor de las tempestades; las galas con que se visten los campos son despojos de sus celestes atavíos, y polvo de sus pies la muchedumbre de las estre-

1 Rom. VI, 23.

2 Psalm. CXII, 7, 8.

3 *Summa Theol.* I, q. XII, a. 2.

4 Psalm. IV, 7.

5 *Ibid.* XXXV, 9.



llas. *Ahora le vemos como en espejo y en enigma: entonces le veremos cara á cara. Ahora le conozco en parte, más entonces como yo soy conocido*<sup>1</sup>.

Vamos á Dios guiados por la esperanza: la voz de sus profetas nos mantiene, *nos hemos alegrado en lo que ellos nos han dicho: iremos á la casa del Señor*<sup>2</sup>; contamos los días de nuestro destierro, y no nos atrevemos á entonar el cántico de nuestra libertad, mientras vivamos en tierra extraña. El temor de perderle es el único temor que nos espanta: con el arma siempre al brazo peleamos sus batallas, y no hay dificultad que nos arredre, si venciéndola nos acercamos á Él. Entonces le poseeremos, será para siempre nuestro, moraremos en su mismo Tabernáculo, y por los siglos de los siglos entonaremos sus divinas alabanzas.

Amamos á Dios por la caridad, pero ¡cuán frios son nuestros amores comparados con su bondad! ¡Qué pobremente correspondemos á sus finezas, y qué escasos son los dones que podemos ofrecerle! Las almas privilegiadas que se sintieron inflamadas por la centella del amor divino, llamaron en sus cantares á la muerte, por no poder vivir ausentes de su patria y lejos de su amado; corrieron en pos de la fragancia de sus aro-

1 1 Cor., XIII, 12.

2 Psalm. CXXI.

mas, y de virtud en virtud fueron ascendiendo hasta llegar al heroísmo de la santidad, mas nunca se dieron por satisfechas, y todas á una voz repitieron las palabras del Profeta: *Me saciaré cuando aparecerá tu gloria*<sup>1</sup>. Entonces la caridad será perpetua, y el que venciére se sentará con Dios en su trono, y saboreará el maná escondido<sup>2</sup>, encontrará al objeto de sus amores, y le poseerá para no dejarlo nunca<sup>3</sup>; apagará su sed en las fuentes de la vida, y acompañará al Cordero en sus interminables bodas.

El premio de las virtudes será el mismo que las dió é hizo promesa de ser el galardón de ellas. La fe será pagada con la visión beatífica; la esperanza con la posesión inamisible, y la caridad con el amor eterno. De estos manantiales brotan todas las delicias de los bienaventurados, y de estos ríos salen las aguas que riegan el Paraiso; porque, «allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza, y honra sin contradicción. Allí será, dice San Agustín, verdadera la gloria,

1 Psalm., XVI, 15.

2 Apoc., II, 17.

3 Cant., III, 4.



donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al que la mereciere, ni se dará á quien no la mereciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado... Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro; la compañía muy buena y agradable; el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo, siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan, y todos siempre alaban á aquel Sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan en su gloria <sup>1</sup>.

Si los grandes espectáculos de la naturaleza nos arrebatan, ¿qué será conocer al Señor de ella? Si la serenidad del cielo tachonado de estrellas eleva nuestro espíritu, ¿qué será contemplar á Aquel que tiene suspendida de sus manos la tienda de la noche, y alumbró su pabellón con lámparas de oro? ¿Qué serán los palacios del Rey Todopoderoso, que dió espumas á la mar, murmullos á los torrentes y transparencia á los arroyos; que viste á los lirios del campo con más lujo que se vestía Salomón en los días de su

<sup>1</sup> Fr. Luis de Granada, *Lib. de la oración y meditación*, cap. XV.

grandeza, y cruza los espacios en carroza de serafines?

Mejor es, señores, enmudecer y confesarnos oprimidos por la pesadumbre de su gloria; mejor es adorar en silencio sus bondades y disponernos á la conquista de su reino, que no es fácil el camino, ni son llanas las avenidas que á él conducen. *El reino de los cielos padece violencia y los valientes lo arrebatan* <sup>1</sup>, y es preciso que nos mantengamos firmes en la fe, perseverantes en la virtud, invencibles en la tentación, sumisos á los mandamientos de Dios, obedientes á la voz de su Iglesia; es preciso, que con las manos llenas de buenas obras, vayamos á recibir el premio y la corona, que no se dan sino á quien *legítimamente pelear* <sup>2</sup>.

He llegado, señores, con la ayuda de Dios, al término de mi trabajo; pobre como es, ha merecido de vosotros una atención que nunca olvidaré, y que muy bien demuestra la docilidad con que respondéis á los llamamientos del Prelado venerable que instituyó estas Conferencias, y el interés que en vosotros despierta cuanto se relaciona con la fe. Ya lo habéis visto: ningún temor

<sup>1</sup> Matth. XI, 12.

<sup>2</sup> II Tim., II, 5.



deben causarnos los adelantos de la Ciencia; antes por el contrario, firmes en nuestras creencias, los aplaudimos cuando son de buena ley, y de ellos nos servimos para demostrar la sinrazón con que se nos ataca, y la vanidad de los antagonismos que se quieren suponer, entre la doctrina revelada y los conocimientos naturales. Es cierto que la Religión no ha necesitado, para propagarse, del auxilio de la Ciencia, pero sería inferirla el más grave de los ultrajes, decir que solo puede conservarse en el seno de la ignorancia.

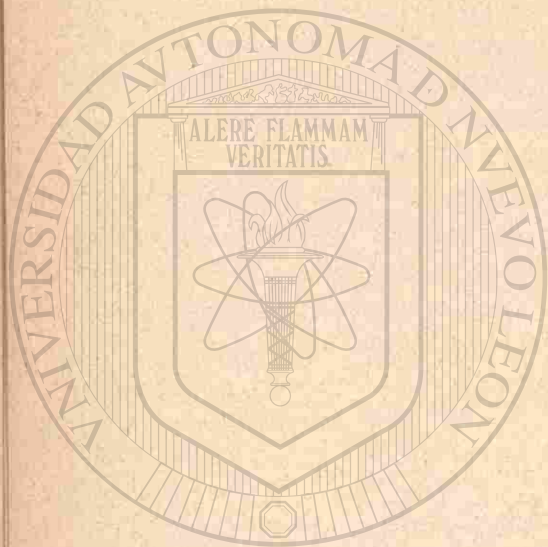
Antes de bajar las gradas de esta cátedra, desde donde os he dirigido la palabra, permitidme que en acción de gracias, eleve a Dios la sentida plegaria con que cerró Kepler sus obras astronómicas.

« ¡Oh, Tú, que por los resplandores con que has iluminado la naturaleza, elevas nuestros deseos á la luz divina de tu gracia, para que un día seamos transportados á la luz eterna de tu gloria! Yo te doy gracias, Señor y Creador de todas las cosas, por el gozo que he experimentado en los éxtasis á que me condujo la contemplación de la obra de tus manos. He compuesto un libro que contiene la suma de mis trabajos, para proclamar delante de los hombres la grandeza de tu poder. ¿ Me habré dejado llevar de las seducciones de la presunción, en presencia de las bellezas admira-

bles de tus obras? En cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar la extensión infinita, me he esforzado en conocerlas lo mejor que pude. Si alguna cosa se me ha escapado que sea indigna de Ti, házmela conocer, para que pueda borrarla. »

FIN





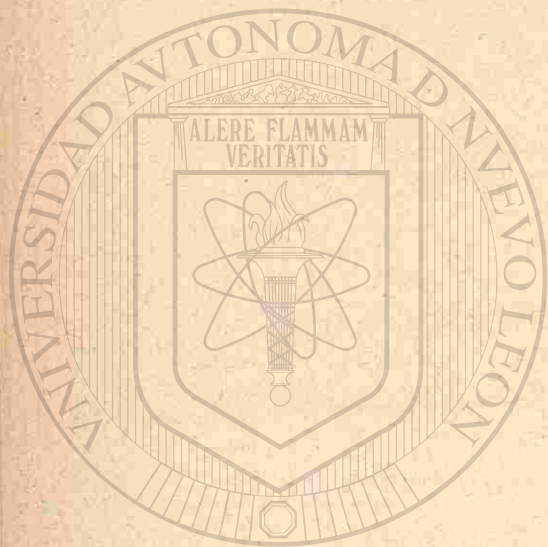
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	Páginas
PRÓLOGO .....	vii
CONFERENCIA PRIMERA	
El problema de la vida ante la Religión y la Ciencia. . . . .	1
CONFERENCIA SEGUNDA	
El origen de la vida.....	31
CONFERENCIA TERCERA	
El principio vital del hombre . . . . .	57
CONFERENCIA CUARTA	
La materia y el espíritu.....	87
CONFERENCIA QUINTA	
La libertad y el determinismo . . . . .	113
CONFERENCIA SEXTA	
La inmortalidad del alma . . . . .	145
CONFERENCIA SEPTIMA	
La resurrección de los cuerpos . . . . .	173
CONFERENCIA OCTAVA	
La vida futura.....	205





## ERRATAS

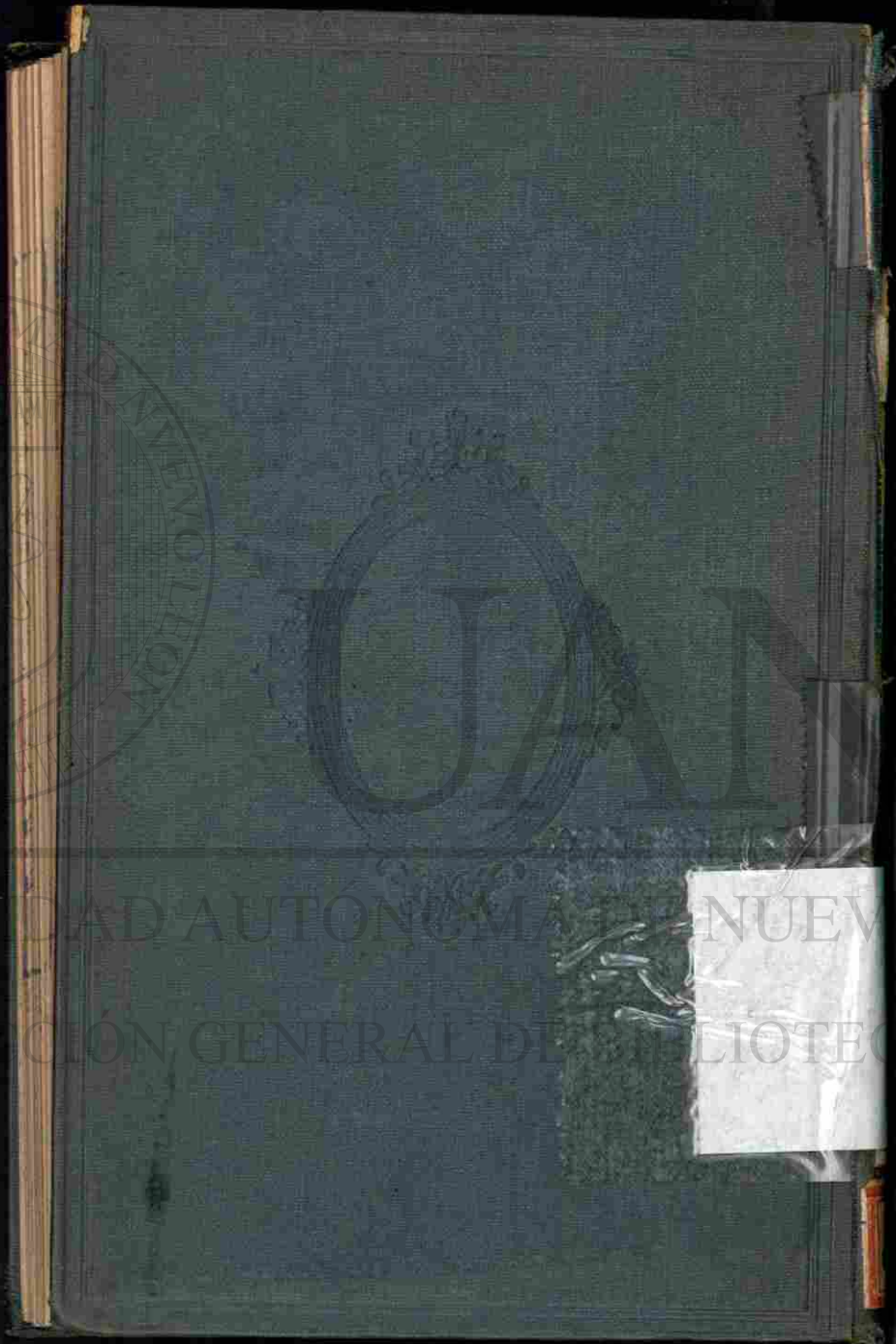
PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
12	9	las	los
26	13	nutritiva	sensitiva
65	9	gerarquía	jerarquía
84	24	por lo	de lo
90	28	Océano	Océano
91	27	sensata	sana
136	25	metemáticas	matemáticas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

JAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA